

JAIME EYZAGUIRRE

chile en el tiempo



 EDICIONES NUEVA UNIVERSIDAD

Jaime Eyzaguirre

CHILE EN EL TIEMPO

RMB



Colección Universidad y Estudio
EDICIONES NUEVA UNIVERSIDAD
Universidad Católica de Chile

Cubierta de Jane Holmes
Proyectó la edición
Mauricio Amster

Chile en el tiempo
© Jaime Eyzaguirre
Inscripción N° 41.796

Impreso en los Talleres de la
Editorial Universidad Católica
Lira 140, Santiago, Chile

INDICE

<i>Palabras Preliminares</i>	7
Iberoamérica, continente de comparsa	9
Algunos rasgos íntimos de O'Higgins	18
España de Dios	23
Chile en el tiempo	27
Sangre y dolor de España	48
El alma barroca de nuestro siglo XVII	62
Signo e imagen del medioevo	69
Prolegómenos a una cultura hispanoamericana	74
Muerte y resurrección de Israel	81
Chile en el ocaso del siglo XIX	107
Croquis del fundador	142
América, meta de la caballería	150

PALABRAS PRELIMINARES

"La Historia es a manera de un espejo en el cual Dios se contempla desde la Eternidad y sacia su sed infinita de gloria", escribió en una ocasión Jaime Eyzaguirre. "A esta gloria, añade, es convidada la creatura, que guía amorosamente la Divinidad en su peregrinación terrena con delicadeza de Padre".

Y en cada una de las creaturas que inmersa en el tiempo es guiada por mano solícita se cumple el plan providente. Porque "hemos sido lanzados el uno sobre el otro del fondo de la Eternidad por la mano de un Discóbolo infalible, en un punto determinado, para que una cosa misteriosa, infinitamente agradable y necesaria, fuera cumplida en nuestro planeta", nos dice León Bloy.

Es así como cada hombre tiene una misión propia y específica que cumplir, un testimonio que sólo él ha de dar, una palabra que sólo él puede pronunciar al mundo.

Y si todo hombre tiene su misión, indispensable en cuanto única, a la que ha de ser fiel si no quiere consumir su propia desgracia, así también los pueblos han de dar al mundo su propio testimonio. Y para hacerlo han de apoyarse en su propio ser. Porque "¿cómo se puede decir algo verdadero, algo original, algo auténtico, se pregunta en una de sus obras Jaime Eyzaguirre, si se es infiel a las propias esencias? Si el abandono de la vocación personal condena al irremisible fracaso, ¿qué puede esperarse sino esterilidad y anquilosis como fruto de los desvíos colectivos?"

Y si cada pueblo ha de aportar al mundo su propia palabra, así ha de hacerlo también nuestra patria, así ha de hacerlo Hispanoamérica. Para lograrlo debemos volver la mirada a la propia esencia, ahondar en la propia entraña. Porque mucho tiempo la hemos dejado abandonada a sí misma, adorando extraños ídolos, recorriendo

caminos que no son los nuestros. A la vista están los resultados. "En más de cien años de "vida libre", Iberoamérica no ha dicho una sola palabra que merezca recordarse, agrega Jaime Eyzaguirre. Su andar vegetativo y rastrero ha logrado concitarle el desprecio universal".

Es necesario, es urgente adentrarnos en el conocimiento de nuestra propia identidad, reconciliarnos con nuestro propio ser nacional. Porque, continúa Jaime Eyzaguirre, "el diagnóstico de las posibilidades de un pueblo brota del conocimiento de su vida. Ignorarla, cortar arbitrariamente el curso de su desarrollo, injertar en él de manera indiscriminada influjos exóticos, es poner en peligro su existencia".

A ello están destinadas las páginas que siguen. Que las lea el que desee ahondar en el alma nacional.

Son páginas escritas por quien supo en lo personal dar su testimonio de verdad al mundo. Porque Jaime Eyzaguirre fue maestro de la Verdad. Quienes somos sus discípulos podemos afirmarlo. Y su fidelidad a su propia vocación lo hacía exclamar con tristeza al observar a Iberoamérica entregada a manos extrañas, a imitaciones extranjeras: "Nos duele Chile, la patria chica. Nos duele Hispanoamérica, la patria grande".

Pero quien desee recoger lo que en estas páginas se dice, ha de saber que ya no es hora de esperar. El tiempo apremia. Hemos de defender nuestra propia esencia en trance de desaparecer. "Ya se agolpa el instante de la definición o la muerte", nos advierte Jaime Eyzaguirre.

Sean estas palabras la única presentación que tengan las páginas que siguen. En esta hora sólo nos queda avanzar por la ruta que su autor nos dejara esbozada. Sólo así podremos abrirle a nuestra patria el porvenir.

Jaime Silva Mac Iver

IBEROAMERICA, CONTINENTE DE COMPARSA

Ya va pareciendo un lugar común el prodigar las esperanzas sobre el destino de la América hispana. Los diti-rambos no faltan para hacer el encomio del continente de admirable unidad histórica que se exhibe como reducto firme y cerrado de la democracia. Pero la correspondencia entre los epítetos optimistas y la realidad, está aún por verse. Somos de los que creemos en la gran misión de esta América india y española, pero nos hallamos persuadidos asimismo que apenas se esbozan aún las bases y fundamentos en que descansará la benéfica acción común de sus pueblos. Porque hasta la fecha nos vamos contentando con un triste papel de comparsas, sin pensar en el fondo valioso de nuestras reservas espirituales que dan derecho a trazarnos una línea propia y genuina.

Iberoamérica agoniza oprimida por un inmenso complejo de inferioridad. Muy metido lo llevamos en la sustancia y muy fomentado por intereses extraños que desean mantenernos siempre en la misión pasiva y gris de tierra de sometimiento y explotación.

Pero no puede ser ésta nuestra línea. Las colonias españolas del Nuevo Mundo no pasaron por la sangrienta guerra de independencia para cambiar de amos y entregar el dominio de sus riquezas, llave de su libertad efectiva, en manos mercenarias y apátridas. No cortamos los lazos con la Madre para recibir en cambio cadenas de galeote. Y esta es la verdad. Hoy, como condenados de otros tiempos, debemos remar en galeras extrañas y re-

montar aguas ajenas, dando el sudor y la vida de nuestro pueblo en aras de un capitalismo internacional cínico y despiadado, que nos persigue con el corazón seco de un Shylock y el látigo humillador de un negrero.

Y, sin embargo, grande y digna es nuestra raíz histórica para acabar en un remate tan servil. ¿No es ya tiempo de creer y vivir la gran verdad de que nuestros pueblos fueron acunados al amparo de la más excelsa cultura que ha conocido la historia de Occidente?

Preciso es que recordemos que América íbera nació con el derecho internacional y el derecho del trabajo. La España del siglo de oro, a la par que iba engendrando a la civilización los nuevos territorios ultramarinos, forjaba con la ayuda de sus teólogos y moralistas todo un lineamiento jurídico que junto con regular y restringir los casos de la legitimidad de la guerra y afirmar la convivencia de los pueblos y el derecho de comunicación y comercio, reglamentaba de manera elevada y minuciosa el derecho obrero, dando normas admirables sobre las condiciones del trabajo, el justo salario y la asistencia social. América española tiene el privilegio exclusivo de haberse dado inicialmente a la historia del mundo, a la sombra de dos principios fundamentales: la hermandad y convivencia de las naciones, base del derecho internacional y el respeto a la dignidad humana, fundamento del derecho del trabajo. Y la inmensa culpa de Iberoamérica no radica en otra cosa que en el olvido de este valioso acervo moral, en nada agotado en sus fecundas posibilidades, pero tristemente pospuesto por ideologías exóticas de lejana importación o serviles entregas a intereses ajenos.

Pero digamos también con inmensa satisfacción que Chile va siendo hasta ahora uno de los pocos que se defienden del papel de comparsa esclavizada. Seguramente

su línea no es aún todo lo radical que se quisiera, pero ya es bastante firme y elevada si se miden los halagos, las presiones y hasta las amenazas a que ha de hacer frente con ínfimos medios. El Gobierno de Chile ha defendido hace poco en Río de Janeiro la personalidad y el honor de una nación libre, no dando por otra parte la espalda a los verdaderos deberes de solidaridad continental. Y esta actitud ha encontrado la acogida interior de todos los sectores y partidos, flotando por encima de las tendencias más opuestas para apreciar el conflicto la unánime aspiración de preservar a la patria de los horrores de una guerra extraña.

No nos interesa por ahora averiguar quién puede exhibir un mejor título de justicia para su causa en la lucha a muerte que se desarrolla en el Pacífico: si los Estados Unidos, a quienes sorprendió un artero ataque en Hawai encontrándose los delegados japoneses en plenas negociaciones de avenimiento en Washington; o el Japón que debía hacer frente desde hace meses, por imposición de Norteamérica, a un bloqueo económico que lesionaba aspectos vitales de su existencia. Lo que sí nos parece indudable es que en esta guerra de Oriente apenas pueden alegarse argumentos ideológicos y que por sobre todo ella es el resultado de una competencia económica e imperialista de antigua data.

La rivalidad yankee-nipona no es cosa de hoy, ni ha nacido al calor de la lucha entre los principios democráticos y totalitarios. Es posible que este antagonismo de ideas haya precipitado los acontecimientos, pero nadie puede negar que el recelo entre ambos países existía tiempo atrás de la aparición del fascismo en Europa y que su verdadera causa ha de buscarse en la progresiva carrera de expansión de los Estados Unidos por la costa

del Pacífico y en los deseos del Japón de dominar en el Asia. Precisamente fuera y no dentro de América es donde se encuentra la raíz de la desavenencia.

A los Estados Unidos, como a todas las naciones prósperas y ricas, les llegó también la hora de los sueños imperiales. En un comienzo satisfizo su apetito en las tierras inmediatas, y así caen en sus manos los territorios de Texas, California y Nuevo México. Después extiende la vista por el mar, y el pabellón de las estrellas flamea de repente en Samoa. En Hawai, algunos norteamericanos establecidos como colonos promueven cierto día una revolución, destronan a la reina indígena Liliokalani y eligen presidente al yankee Mr. Dole, que solicita la desincorporación de la isla a los Estados de la Unión. Es el eterno procedimiento de las minorías conspiradoras que hoy se rebautiza con el nombre de quintacolumna. Y el caso de las Filipinas, ¿necesitaremos recordarlo cuando aún sobrevive la generación que fue su testigo? Primero se susurran dulces promesas de libertad política del archipiélago a los oídos del jefe separatista Aguinaldo, a fin de obtener el apoyo de su partido en contra de España, y después, terminada la guerra y cobrada la palabra por el ingenuo, viene la lapidaria declaración del Presidente Mac-Kinley en el meeting de Océanograve: "Donde el pendón americano ha sido una vez plantado, allí quedará".

La línea expansionista del Japón no ha sido menos rápida y voraz. Desde 1854, en que, a consecuencia de la amenaza de ocho navíos de guerra norteamericanos se resignó a abrir sus puertos al comercio con la raza blanca, el imperio del sol naciente abandonó su tradicional letargo y, asimilando veloz la civilización europea, se lanzó a

una desbocada tarea de conquistas. El primer país que hubo de sufrir su ataque, y sin previa declaración de guerra, fue la China, que perdió la isla de Formosa y debió aceptar la nominal independencia de la Corea controlada por el Japón. Le tocó en seguida a Rusia, cuya escuadra fue torpedeada sorpresivamente en Port Arthur y que perdió esta ciudad y tuvo que resignarse a ser expulsada del mar de la China y a tolerar la anexión definitiva de Corea al Japón. Por último, éste se incorpora por sí y ante sí las antiguas posesiones alemanas de Oriente que al término de la Gran Guerra le habían sido confiadas bajo mandato, y en la lucha contra China, que aún se prolonga, crea para su beneficio el estado títere de Manchukuo.

En este avance por tierras y mares, el Japón tenía pronto que chocar con otro movimiento de expansión. Los Estados Unidos, potencia no asiática, habían a su vez llegado, como ya lo hemos dicho, por sucesivas conquistas a las puertas del país y comenzaban a entorpecer su plan de hegemonía. El antagonismo de ambos intereses resultaba tan evidente que el encuentro armado entre las dos fuerzas imperialistas era un hecho de todo punto irremediable. Los Estados Unidos que hace menos de noventa años abrieron a su comercio los puertos del Japón con la ayuda de su flota de guerra, han querido consolidar su supremacía económica en el Pacífico amarillo; el Japón, por su parte, ha deseado el control exclusivo del Oriente y, parodiando la doctrina Monroe, ha proclamado, frente a la penetración norteamericana, el principio de que el Asia es para los asiáticos. El bloqueo económico decretado por los Estados Unidos en contra del imperio nipón había de ser la señal de la ruptura. A ésta ha respondido el afectado con su repentino ataque a

Pearl Harbour, confirmando así su triste tradición de agredir sin previa declaración de guerra.

Era de esperar que pronto comenzara a producir sus resultados la máquina del panamericanismo en que los últimos años había trabajado activamente prodigando becas e intercambios, barrenando la unidad religiosa, base de la unidad nacional, por medio de la penetración protestante, remitiendo avalancha de turistas súbitamente enamorados de los países de habla española. Ya el ambiente estaba preparado y ahora los Estados Unidos agredidos podían con éxito desplegar la bandera de la solidaridad continental y denunciar como argumento conmovedor para los incautos la necesidad de defender la democracia en peligro.

¡Solidaridad continental! ¡Democracia en peligro! Cuánta especulación y cuánto derroche de palabrería hueca para ocultar otras finalidades. ¿Solidaridad continental americana cuando se trata de una lucha fuera del continente, de un choque de dos imperialismos en el Asia? ¿Peligro de la democracia, cuando ésta ya ha sucumbido o no es más que una burda caricatura en buen número de Repúblicas del Nuevo Mundo?

Algunos países, en su celo por ganar la voluntad del coloso del norte, se apresuran a declarar la guerra al Japón antes que el propio agredido. Otros, más cautos, se limitan a conceder a Washington el trato ventajoso de nación no beligerante. Y todos resuelven enviar a Río de Janeiro sus Cancilleres, menos el afectado por la guerra que no tiene para qué molestar al suyo con tal viaje, pues tendrá sobrados voceros en la reunión para su tesis panamericanista. Y allá, a la sombra del Cristo del Corcovado, que extiende desde lo alto sus brazos de paz, y en local

de un Parlamento clausurado por la dictadura, se habla de defender la democracia y se proponen medidas para arrastrar al continente a la guerra irremediable.

Sólo dos naciones entre las veintiuna representadas en la asamblea —Chile y la Argentina— han resistido con denuedo la maniobra envolvente hasta lograr que la exigencia de ruptura continental con los países adversarios de los Estados Unidos se transformara en una mera recomendación subordinada a las circunstancias propias de cada Estado y a la ratificación de sus Congresos. Nada más antidemocrático y lesionador de la libertad que esta tentativa de forzar a un país soberano a adoptar una determinada línea política, encaminada sólo al beneficio de tercero. Pero aún más, nada más criminal que arrastrar a una contienda extraña a una nación como la nuestra, dotada de una extensa costa enteramente vulnerable, sin recursos para afrontar una resistencia armada y con un pueblo debilitado y empobrecido que sería objeto de la más atroz de las masacres. No creemos que haya derecho de acusar a Chile de enemigo de la solidaridad continental, porque se niegue a participar en exactitudes que ponen en peligro su existencia misma. Los Estados Unidos miran celosamente por sus propios intereses y nadie puede imputárselo. Nosotros queremos hacer otro tanto, convencidos como ellos que la caridad ha de comenzar por casa. Y no se pretenda tampoco buscar simpatías o con-comitancias totalitarias para desfigurar así el fondo verdadero de nuestra actitud. Chile es uno de los pocos países americanos que pueden pronunciar sin sonrojo el término democracia. Y nos basta para ello exhibir como argumento la línea de nuestro pasado, en que no se enseñorearon jamás como mal endémico los caudillos de-

magógicos y tiranuelos que hicieron de la historia de otras naciones hermanas un escarnio de la libertad y del derecho.

Nuestra discreta actitud, no debe llevarnos, sin embargo, a una errónea pasividad y confianza. El Japón nos sabe vulnerables y está demasiado enterado de las riquezas minerales que para fines bélicos extraen los Estados Unidos del suelo de Chile. Y nosotros, que conocemos la tradición del imperio de Oriente, pensamos con fundamento que una dudosa neutralidad chilena no le servirá por cierto de obstáculo para emprender en cualquier momento un ataque sorpresivo a sus puertos y plantas mineras. Debemos prepararnos para toda eventualidad y unir nuestros esfuerzos con los de los demás países del continente en pro de una defensa común. La idea lanzada por el Gobierno de Chile de coordinar los Estados mayores de las naciones americanas es tan acertada como urgente, ya que así se cumple con una necesaria política preventiva sin incurrir para nada en actitudes de provocación que desdican con nuestra invariable línea de paz y armonía y con la más sana y elevada prudencia patriótica.

Abrigamos la esperanza de que esta lección de cordura y altivez que ha dado Chile a los países hispano-americanos, vaya preparando el camino a una efectiva solidaridad continental, que libre a nuestras repúblicas del papel de meras comparsas y las coloque todas unidas, en un pie de respetable igualdad frente a las grandes potencias. Porque, no es el sacrificio servil a los intereses de un capitalismo imperialista ni los cultos ideológicos de la raza o de la clase, todos en conjunto extorsionadores de la dignidad humana, los que pueden conducir a un leal entendimiento entre los Estados de América. La anhelada

armonía sólo podrá brotar de la vuelta común a los grandes principios ancestrales que se enraízan en nuestra historia de hermandad y colaboración de las naciones y de respeto a la persona humana, imagen de Dios.

Mayo de 1942.

ALGUNOS RASGOS INTIMOS DE O'HIGGINS

Desde el advenimiento de la era independiente, el antiguo palacio de los gobernadores del reino había experimentado algún remozo. O'Higgins cuidó de introducir ciertos adelantos que pudo apreciar en sus años de estudiante en Europa. Y así, en las salas pobremente alhajadas aparecieron alfombras escocesas sobre el suelo enladrillado, relojes franceses y porcelanas en las mesas, y estufas de hierro de Inglaterra para substituir a los antiguos braseros. El mismo Director, a pesar de su sencillez, acabó por acogerse a los atractivos de un suntuoso lecho de finas maderas y forro de seda, elaborado por el ebanista francés Víctor Athanase Gendrin, al precio de seis mil francos.

Ninguno de estos avances suntuarios en medio de la rusticidad colectiva significaban para O'Higgins el paso a una vida muelle y regalona. Su horario de trabajo había llegado a transformarse en una esclavitud abrumadora y desesperante. Estaba ya en pie a las seis de la mañana y permanecía en su mesa de despacho hasta las once de la noche, sin más intervalos que las horas de comida y la siesta. Algunas veces solía bajar de la sala al patio interior, donde daba un breve paseo y dirigía cariñosas reconvencciones al "periquito" y a la "cotorrita" de su madre, trenzados en frecuentes reyertas y a los que reconciliaba colocándolos sobre sus hombros o la mano. Los llevaba consigo hasta la mesa y les preparaba por sí mismo el alimento. Siempre tenía allí a su lado a la chinita de su madre, una huérfana valdiviana de ocho años traída del

sur en 1817 y a quien dio por nombre el de Petronila Riquelme. También era su invitada otra indiecita pehuenche, salvada como la anterior de perecer en la guerra. Era una vieja costumbre de sus años de hacendado de las Canteras, donde con frecuencia tuvo de comensales a caciques de Arauco, con quienes departió en su propia lengua. Varios le habían seguido a la guerra y en el sitio de Chillán el fiel Venancio Coñuepán, no dejó de alentarle en los momentos amargos con su dicho pintoresco y favorito: "Pachenchá no más".

Los años parecían detenerse ante doña Isabel Riquelme que conservaba aún buena parte de su belleza de juventud. El amor hacia el hijo tenía los caracteres de una verdadera idolatría y fácilmente podía advertirse en la mirada de complacencia con que le observaba a cada instante y escuchaba sus palabras. Doña Rosita, visiblemente menos agraciada que su progenitora, era baja y algo gruesa como don Bernardo y la común tosquedad de sus facciones unida a su ademán un poco imperioso, hacía que la llamaran "el general con polleras". Era apasionada por la música y amiga del comerciante danés Carlos Drewetcke, buen violoncelista que hizo ejecutar en su honor en la Plaza de Armas, con ocasión de uno de sus cumpleaños, una sinfonía de Beethoven y un cuarteto de Mozart. En cuanto a las representaciones dramáticas, rara era la noche que faltaba a ellas y más de una vez la acompañaba don Bernardo, deseoso de buscar una sana distracción a sus agotadoras tareas de gobierno.

El edecán del Director, don Domingo Arteaga, había tomado sobre sí la tarea de dotar a la capital de una sala de espectáculos más digna que el pobre local de la calle de las Ramadas, frente al puente de palo. Al fin pudo

inaugurarse en un edificio decente en la Plazuela de la Compañía el mismo día que zarpaba al Perú la expedición libertadora. Tenía el teatro un amplio escenario sobre cuyo telón aparecía estampada en letras de oro una estrofa que el ingenio de Vera y Pintado, el poeta oficial, había concebido mientras asistía con distracción a una misa:

*He aquí el espejo de virtud y de vicio;
miraos en él, y pronunciad el juicio.*

Cabían en la espaciosa sala unos mil quinientos espectadores, repartidos en la platea, dos órdenes de palcos y la galería, donde se dejaba entrar gratuitamente a los soldados. A la derecha del proscenio estaba el palco del Director Supremo adornado de sederías con los colores nacionales; y frente a él con colgajos similares, aunque más modestos, el del Cabildo de Santiago.

Las representaciones se iniciaban con el himno nacional de Vera y Pintado, al que había puesto música don Manuel Robles, buen violinista y torero, a la vez que diestro del billar y del volantín. Corrido el telón aparecía en escena alguna de las piezas de moda: el "Catón de Utica", de Addison; el "Otello", de Shakespeare, o "La jornada de Maratón", de Guérault, que había traducido el argentino don Bernardo Vélez Gutiérrez para su representación en Buenos Aires en las festividades del triunfo de Chacabuco.

El primer actor era el español Francisco Cáceres, sargento de la guarnición de Valdivia hasta la toma de la plaza por Cochrane y a quien el edecán Arteaga, organizador del teatro, había transformado de prisionero en

artista. Su gloria no tuvo competidor hasta la venida de Luis Ambrosio Morante, oriundo de la banda oriental, que acabó por desplazarle en el corazón del público después de una encarnizada batalla. Lucía Rodríguez, la primera dama, contaba con muy buena acogida y tan acostumbrada parecía estar al inevitable aplauso, que cuando en cierta ocasión la concurrencia mudó de actitud y le prodigó una rechifla, la cómica, volviéndose furiosa al auditorio, le lanzó el más grueso exponente de su vocabulario. El alboroto que se armó fue grande. Lucía acabó en la cárcel, aunque no por largo tiempo, pues a los pocos días el público versátil la reclamaba y aplaudía de nuevo.

Pedro Pérez, Isidro Mozas y Hevia, eran los graciosos de la comparsa y en "Los locos de Sevilla" se habían hecho irreemplazables. ¿Y quién podía competir con Angel Pino en su papel de traidor?

Los espectadores estaban ya tan incorporados al mundo de la fantasía que seguían con singular empeño y emoción los movimientos de la escena. Intervenían a menudo en el tema mismo del drama, alentando a gritos a los actores, tomando apasionado partido por la causa de uno u otro y acompañando sus bailes con tamboreo. Si alguno de los personajes parecía buscar en vano la clave de algún secreto, pronto le llegaba ésta a voz en cuello desde la galería impaciente, y si en el proscenio se perseguía con afán a un hombre escondido, no faltaba quien dijera fuerte: "Está bajo la mesa".

Se representaba una noche el "Otelo". El Director Supremo asistía con su familia y las indiecitas de su regalo. En la platea tres soldados de bayoneta calada cumplían su misión habitual de resguardar el orden. De repente uno de ellos advierte que bajo el palco del Jefe del Es-

tado un "gringo", contraviniendo la expresa prohibición, ha encendido un puro y se apresta a fumarlo con toda calma. Se le acerca entonces y le llama la atención sobre su falta. Mas, luego de alejarse, ve que el británico sigue echando sus bocanadas de humo. De nuevo va hasta él, el agente de la autoridad para reconvenirle y ahora en forma más enérgica y amenazadora. Pero nada consiguió sino enfurecer de tal manera al "gringo" que acabó éste por lanzarse sobre el fusil del soldado, procurando arrebátárselo de las manos. El teatro dio un vuelco y ahora el escenario pasó a la platea. El tremendo pugilato que se armó entre los dos hombres por la posesión del arma recogió la atención de todos los presentes, desde el "roto" de la galería y el aristócrata del palco, hasta el propio moro de Venecia que en el proscenio deja de celar a su esposa para sólo seguir con creciente intensidad el desenlace de este drama espontáneo y verídico. Mientras los contrincantes se revolcaban en el suelo con furor disputándose la codiciada presa, los gritos de los espectadores cooperaban a su enardecimiento.

O'Higgins, con visible nerviosidad, veía el honor nacional comprometido en la pelea y sin poder contenerse por más tiempo, irrumpió desde su palco con voz sonora como general en campaña: "¡Cuidado muchacho con que te quiten el fusil!". No fue necesario más para que el soldado, sacando nuevos bríos, lograra en un acto supremo recuperar plenamente el dominio del arma hasta tumbar con ella al "gringo" de un soberbio culatazo. Concluido así el combate con victoria para Chile, "Otello" prosiguió como si tal cosa.

ESPAÑA DE DIOS

Acaso fuera de Rusia no exista en esa tierra de Europa, tan visitada por la emoción histórica, otro pueblo que España en que el problema de Dios haya llegado a constituirse en eje polarizador de toda la existencia colectiva. No es que al alemán, al francés o al italiano les falte la inquietud religiosa. Allí está el rico tesoro espiritual que han acumulado desde siglos para mostrar lo contrario. Sólo que en estos pueblos lo religioso ha permanecido más bien en el plano de los valores intemporales, mientras que en España se ha inyectado en la carne misma nacional, hasta hacerse componente impostergable y decisivo de la vida concreta.

Con la Edad Moderna el hombre europeo produjo la ruptura entre el mundo de la gracia y el mundo de la naturaleza y se lanzó a experiencias culturales por entero secularizadas, mientras el español siguió guardando su postura interior intacta y mantuvo por mucho tiempo su empeño de integrar la cultura en el plan de Dios, sintiéndose a la manera de colaborador apasionado del advenimiento de su reino. Y así, cuando el determinismo pesimista de Lutero triunfaba en Alemania, la teología de la esperanza, de la misericordia y de la libertad vencía por manos españolas en Trento; y cuando Descartes inauguraba en Francia el imperio de la razón, Don Quijote deambulaba por los caminos de Dios quebrando lanzas y cosechando zurras por la razón de la sinrazón, por el triunfo del loco amor sobre la fría y calculadora inteligencia.

Porque el español no es el superhombre de Nietzsche, ni el hombre-idea de Hegel, ni el hombre bueno por naturaleza del pastoril Juan Jacobo. Es el concreto descendiente de Adán, de carne y hueso, sujeto a la tentación, propicio a la caída y capaz de salvarse por la obra de la gracia y de la libertad.

Francia, Alemania o Italia, como conglomerados históricos, pueden realizar, sin detrimento de su esencia misma nacional, formas de cultura independientes de Dios. España, en cambio, podrá estar con Dios o contra Dios, pero jamás sin Dios. Para que tengan valor, para que sus formas culturales se salven del olvido y del desgaste de los años, tendrán que llevar la impronta de ese combate entre la luz y las tinieblas, de esa angustiada brega entre el nuevo Jacob y el Angel del Señor, que es la nota característica de su existencia. No por otro motivo, al fin, perduran los lienzos místicos de Zurbarán junto a los caprichos procaces y hasta blasfemos de Goya, el éxtasis celeste de Juan de la Cruz al lado del mundo de tentación y de caída de la Celestina y del Tenorio. Porque la vida de España es la lucha del hombre por la salvación de su alma elevada a la categoría de historia nacional.

Como está trabado en una guerra que traspasa el tiempo, el español no puede en definitiva capitular frente a las solicitudes de lo contingente. Su vida es un continuo coger y dejar las cosas; asirse con pasión a una estructura para arrojarla al día siguiente con hastío y horror; buscar siempre en las criaturas aquella imagen de lo absoluto que sólo es capaz de llenarle y satisfacerle, y abandonarlas, en seguida, cuando confiesen su cortedad y limitación.

Es el gesto de un Raimundo Lulio o de un Francisco de Borja que se apartan de la belleza humana, cuando la

ven sujeta a la caducidad, a la muerte. Es la postura indómita de un Unamuno que proclama la guerra civil como actitud permanente; que no tiene descanso, porque nada le puede llenar; que vive en la oposición, porque busca en vano en lo que le rodea algo capaz de apagar su infinita sed de lo absoluto.

Nada hay más extraño para el español que la necia fe en el personal valer. El es el implacable ariete de su propio mundo interior, la negación de sí mismo, la entrega abierta y apasionada, sin aguardar retorno ni recompensa, la viva actitud evangélica de perder el alma para ganarla.

España está siempre en tono de agitación, nunca en postura definitiva, acabada. Sabe que está de paso, que su plenitud no es de aquí abajo, que su complemento definitivo está fuera del tiempo, aunque más de una vez en el tiempo haya visto acercarse a sus manos el reino de Dios. Por eso, en todas las latitudes de su historia, ha estado ella enfocada, con rara uniformidad, hacia la muerte, como coronación de la vida o como meta del desencanto, a esa muerte tras la cual no queda en pie más que una cosa definitiva e imperecedera: Dios.

Esa amarra indestructible con el Eterno le sirve tanto para hacer de sus guerras ardorosas cruzadas o de su pintura un continuo instrumento apologético, como para quemar iglesias, profanar imágenes y gritar las más atroces blasfemias. Y es que en cada una de estas contradictorias posturas hay una manifestación de fe en la existencia de Dios, porque nadie lucha con lo que no existe. Para otros pueblos se ha dado el ateísmo filosófico o el suave y elegante agnosticismo de la "ilustración". Pero para el español no están las posturas académicas. El es el hombre existencial, la agonía en persona. Sólo puede entregarse al odio o al amor, jamás a la tibia indiferencia

o al frío cálculo de la razón. De ahí que estén de más las teorías intelectuales y las fórmulas especulativas para explicarse España. A España no se la puede *entender*. A España se la *vive* o se la tiene en frente como un libro sellado.

España no es una fórmula política, ni una escuela pictórica, ni una moda literaria. No es el aire de Velázquez, el ingenio de Cervantes, el soneto perfumado y ondulado de Góngora, el áureo plateresco de Salamanca, el Estado de Felipe II o el pensamiento jurídico de Vitoria. España está sin duda en estas y en otras manifestaciones de la estética o del pensamiento, pero está allí sin detenerse, sin agotarse. Lo propio de España es su postura interior, el fuego apasionado que la guía y la devora, el hambre nunca satisfecha de bien y de verdad. España es el eterno peregrino del absoluto, el buscador incansable de la justicia trascendente en medio del mundo ahito de sí mismo y de sus artificiales creaciones. De ahí el vano esfuerzo de los prestidigitadores de la razón para incluirla en el marco frío de su sistemática. A España se la coge por el corazón, no por la cabeza. Porque España no es una idea sino una efusión de amor.

CHILE EN EL TIEMPO

Con los pueblos trasplantados por los Incas al sur de su imperio, llegó hasta el valle de Quillota, a fines del siglo xv, el nombre de Chile y allí se detuvo aguardando el momento de su historia. En estas latitudes todo vegetaba inconexo y sin objetivos. Pescadores del litoral, agricultores del centro, cazadores y guerreros del mediodía, jalonaban la prolongada y esbelta faja entre la mole andina y el mar océano, sin reconocer jamás nexos espirituales y políticos. El extenso territorio era como una vasta columna invertebrada, carente de sentido y unidad. Entonces nadie soñó, dentro del alma primitiva y sin horizontes del aborígen, en hermanar tribus dispares e insuflar una sola alma al disgregado cuerpo. Y, sin embargo, allí estaba ese nombre de Chile, que en la lengua vernácula significaba médula, como una advertencia y un llamado a la construcción de un espíritu nacional y a la forja de una historia. La mente aborígen, circunscrita y tribal, no alcanzó a medir la perspectiva. Quedó la tarea para un hombre y un pueblo venidos de un mundo distante y maduro. Se llamaban Pedro de Valdivia y España.

LA FUNDACIÓN

Para que nazca una patria no bastan suelo y habitantes. Se necesita un arquitecto, un guía, una mente superior que se sobreponga a los obstáculos, que lime los antagonismos y coordine las voluntades hacia metas comunes y

altos ideales. Se requiere, además, una *élite* capaz de secundar con eficacia la voz de orden del jefe.

Con Pedro de Valdivia llegó la mente creadora y, junto a él, los brazos ejecutores del gran sueño. Soldado de los tercios imperiales de Carlos V, se había acuñado en una escuela de sacrificio, de valor y de gloria. Era estratega consumado, político sagaz, con despuntes de estadista. Midió con su intuición el luengo territorio y lo vio uno e indivisible, desde la ardiente arena del desierto hasta el frío extremo magallánico. Y con voluntad de hierro, sobrepuesta al obstáculo incesante, fue plantando aquí y allá, como semilla benigna, los núcleos de pobladores.

Así nacieron Santiago, La Serena, Concepción, Villarrica, La Imperial, Valdivia... Por estas vías hallaron ingresos la cultura espiritual y la civilización material del Occidente. Se abrieron paso el cristianismo y el derecho, las estructuras políticas y administrativas, las letras y las artes. Iglesias, cabildos, escuelas, comenzaron a alzarse al amparo de las empalizadas de los pequeños villorrios, donde también se cuidaron los primeros animales domésticos y la simiente de nuevas especies vegetales. Soldados, eclesiásticos, concejales, maestros, artesanos, comparten la existencia difícil. Porque la obra de transfusión cultural se hizo a la vera de una lucha cruenta e incesante. Y si el aborigen del centro acabó pronto por plegarse a la voluntad del fundador, los araucanos del sur del Itata lo resistieron con fiereza indomable.

Cayó Valdivia en la brega y tras él, años más tarde, uno de sus sucesores, Oñez de Loyola. Pero los desastres, lejos de amainar la voluntad, ayudaron a templarla. Se amaba lo difícil, lo imposible. Y nadie pensó en retroceder.

Fue un momento en que el dolor y la belleza, el sacrificio y el arte, se dieron cita para empujar la vena del poeta. Ercilla y Oña, Toledo y Arias de Saavedra, en octavas de bronce, fijaron para siempre el recuerdo de la hazaña. Antes que Chile, sólo la Hélade había nacido a la historia acunada por el canto de las musas.

EL TIEMPO DIFÍCIL

La sorpresa de la indiada, que arrebató la vida en 1598 al Gobernador Martín García Oñez de Loyola, abre un período de desastres que se prolonga sin interrupción a lo largo de todo el nuevo siglo. Las ciudades del sur son abandonadas y el repliegue de los castellanos llega hasta el Bío-Bío. Una interminable lucha se traba en esta zona, que pasa a constituir la frontera entre el Reino de Chile y el Estado de Arauco. Los ocasionales instantes de tregua, pactados en las juntas o parlamentos, no alcanzan a reponer el tremendo desgaste. Se consumen vidas y vidas, y la hacienda real está exhausta. Vienen refuerzos humanos y económicos de fuera para mantener el frente de batalla. Chile es un inmenso déficit para la monarquía española.

Sin los estímulos de una riqueza fácil, como la lograda en México y el Perú; alejados de los centros de abastecimientos; separados por distancias inmensas de Europa y oprimidos por desiertos, cordilleras y mares, los españoles sólo encuentran en Chile campo para su fervor caballeresco y su sed no apagada de gloria.

Al norte del Bío-Bío la vida camina austera y morosa. El trabajo de las haciendas permite la subsistencia. El contacto cada vez mayor entre los españoles y la población indígena pacífica, que ayuda en las labores del cam-

po y de las ciudades, facilita el incremento del mestizaje. Una legislación abundante, de fuerte sentido cristiano, corre al encuentro de la codicia y se empeña en salvaguardar los derechos humanos del trabajador indígena. Las letras se empujan por sobre la barrera de obstáculos y dan un prosista inigualado en el jesuita Alonso de Ovalle.

Pero no todo es paz y tranquilidad en la zona libre de la acometida araucana. Santiago cae derribada por un terremoto y piratas ingleses incendian La Serena. Reconstruir, comenzar una y otra vez de nuevo, es la nota de un siglo en que se enlazan el infortunio y la voluntad de subsistir.

LA ADOLESCENCIA

Con el siglo XVIII llegan vientos de paz y estabilización. El esfuerzo general, dirigido antes casi exclusivamente a la guerra, puede ahora diversificarse en actividades más positivas. Al predominio de la vida rural sucede el incremento de la vida urbana. Los habitantes, dispersos en su mayoría en los campos, van siendo agrupados de preferencia en poblaciones. Así se atiende mejor la administración de la justicia y el desarrollo de la cultura. Esta recibe estímulo con la llegada en 1748 de un núcleo de jesuitas alemanes, entre los que vienen pintores, orfebres, escultores y artistas de mérito. La misma congregación religiosa da considerable impulso a la enseñanza y posee bibliotecas importantes en sus diversas casas. Será ella quien dé a Chile su primer teólogo, Manuel Lacunza, y su primer naturalista, Juan Ignacio Molina. Pero la expulsión que sufre en 1767, por orden real, de todos los dominios españoles, importa un gran revés en el proceso

de desarrollo de la cultura nacional. No obstante, por esos años, ha entrado a funcionar la Universidad de San Felipe, en la capital del reino, a la que acuden hasta alumnos de otras regiones de América; y se crean sucesivamente el Colegio de San Carlos y la Academia de San Luis, la última encaminada a impulsar las actividades prácticas del comercio y de la ingeniería.

El siglo camina esencialmente por una vía realista y práctica. El fomento de las obras públicas, el estímulo de la actividad mercantil y el desarrollo y ampliación de los cultivos agrícolas, preocupan a gobernantes y súbditos. La autorización concedida por Carlos III para que los dominios de América puedan comerciar libremente con la metrópoli, favorece el contacto económico y espiritual con la Madre Patria. Los viajes de criollos adinerados para educarse en la península o gestionar allí ventajas burocráticas, se hacen cada vez más frecuentes. Una inmigración selectiva afluye, por otra parte, desde la metrópoli a Chile. No la componen ya, como antaño, hombres de armas, sino funcionarios y comerciantes. Vienen de la región norte de España, en especial de Santander, Logroño, Vascongadas y Navarra. Su espíritu disciplinado, sobrio y emprendedor, afín a un siglo esencialmente práctico y constructivo, como también sus vinculaciones en España y la mayor cultura que poseen frente al medio en que actúan, acaban por entregarles, en corto plazo, la hegemonía de la sociedad chilena. Así como la obra primera de la colonización fue tarea principal de extremeños, andaluces y castellanos nuevos, la tarea de consolidación correspondió de preferencia a vasco-navarros y a castellanos viejos.

A lo largo del siglo XVIII el alma criolla había ido experimentando una progresiva maduración. Sea por los viajes realizados a España u otros sitios de Europa, sea por la influencia mayor de los libros, el hecho es que se capta en Chile el espíritu crítico que caracteriza a la época. Hombres como José Antonio de Rojas, Manuel de Salas y Juan Egaña, siguen a fines del siglo la corriente de los "ilustrados" españoles, hostiles a una tradición envejecida y resueltos partidarios de reformas en el campo administrativo y económico. A esta actitud crítica, que pondera el atraso material de España y América, se agrega un acentuado localismo, nacido, no sólo de la innata propensión regionalista del español, sino y más que todo, de las condiciones geográficas de América y particularmente de Chile, capaces de crear unidades territoriales bien diferenciadas de la lejana metrópoli. Por otra parte, la estructuración jurídica de la monarquía hispanoamericana hace del Nuevo Mundo, no una tierra perteneciente a la nación española, sino una unidad política con personalidad propia, ligada directamente a la corona castellana a través del rey común. Este regionalismo de raíz jurídica, geográfica y hasta psicológica, engendra una tensión entre los criollos y los peninsulares. Los primeros, como nacidos en América, pretenden excluir cada vez más a los españoles del goce de los cargos administrativos y de la Iglesia. Los segundos, por su parte, se empeñan en mantener su hegemonía y utilizar a América como un campo de explotación económica.

El antagonismo adquiere en Chile caracteres moderados, que no alcanzan en ningún momento a alterar la convivencia, y deja intacta la fidelidad de los criollos a

la corona. El prestigio de la reyecía y la lealtad que ella provoca no sufren mengua con el ocasional abuso de alguno de sus representantes. Cuando en 1780 dos franceses ilusos aspiran a dar un golpe para independizar Chile, no hay quién los siga en su propósito. Y en 1806, al ser atacado Buenos Aires por los ingleses, los criollos chilenos testimonian su entusiasta adhesión a los porteños que defienden esas tierras para el monarca común.

LA HORA CRÍTICA

Pero en 1808 ocurre un hecho inesperado. Los franceses invaden España, deponen al rey legítimo, Fernando VII, e intentan colocar en el trono a José Bonaparte. Los españoles reaccionan ante el ataque artero. A la par que la defensa armada, llena de heroísmo y pasión, corre la resistencia política en juntas locales que acaban por congregarse en un solo organismo, el Consejo de Regencia, con sede en Cádiz.

En Chile, como en otros sitios de América, lo ocurrido en la Madre Patria ha causado estupor. El impulso unánime es de repudio a los franceses y de adhesión al rey cautivo. Pero, ¿qué hacer en tal coyuntura? Unos piensan que hay que prestar acatamiento al Consejo de Regencia y no alterar las estructuras existentes. Son los burócratas temerosos de perder sus cargos y los partidarios de una dependencia incondicional de España. Otros, en cambio, sostienen que desaparecido el rey, único nexo entre Chile y la metrópoli, toca al pueblo, como ha ocurrido en la península, darse un nuevo gobierno. El primer grupo se aglutina en torno a la Real Audiencia, el más alto tribunal del reino y órgano consultivo del Gobernador. El

segundo encuentra su tribuna en el Cabildo de Santiago, vocero tradicional de los anhelos de la comunidad.

La activa gestión del Alcalde, Agustín de Eyzaguirre y del Procurador de la ciudad, José Miguel Infante, logra cristalizar en la convocatoria de una asamblea de destacados vecinos para el 18 de septiembre de 1810. Allí los resistentes a toda innovación son silenciados y se proclama una Junta de Gobierno presidida por el anciano criollo Mateo Toro Zambrano, Conde de la Conquista. Dentro del nuevo órgano político la mayor influencia la van a tener el vocal Juan Martínez de Rozas y los secretarios José Gregorio Argomedo y Gaspar Marín.

LA SEPARACIÓN DE LA MADRE

La pacífica transformación ocurrida ha puesto en manos de los criollos los destinos de Chile. Su afán, en un principio, no va más allá de ejecutar algunas reformas anheladas. Entre ellos el espíritu de fidelidad al rey cautivo se conserva; sólo que a imitación de los liberales de la península, cuyas proclamas y escritos conocen, aspiran a encuadrar el poder monárquico dentro de una ley constitucional. La reunión en 1811 de un Congreso de diputados de los distintos pueblos de Chile obedece a estos propósitos de innovación siempre operantes en el marco de la fidelidad.

En verdad, pocos y muy secretos fueron hasta 1812 los partidarios de la total independencia de Chile. Uno de ellos, Bernardo O'Higgins, bebió en Londres las enseñanzas separatistas del venezolano Francisco de Miranda. Pero su limitada influencia social no le había permitido avanzar en el proselitismo. Fueron los acontecimientos los

que hicieron de esta postura solitaria una actitud compartida por muchos.

La ilusión puesta en las promesas del Consejo de Regencia de una política más abierta y liberal para América, acabó en completo desengaño. En el fondo los peninsulares se empeñaban en mantener la hegemonía sobre los habitantes del Nuevo Mundo y miraban con profundo recelo sus pujos autonomistas. Los criollos fueron comprendiendo cada vez más que en nombre de un rey cautivo, cuyo retorno no parecía divisarse, se pretendía someterlos de manera incondicional al poder de los burocratas españoles. Pero, ¿no se había dicho una y mil veces que las Indias pertenecían a la corona de Castilla y no a la nación española? Y entonces, ¿en virtud de qué principio podían alegar primacía y jurisdicción los súbditos de la península sobre los súbditos de América?

Un paso abierto hacia el reformismo radical significó la presencia en el poder de José Miguel Carrera. Joven audaz, con garra de caudillo, se adueña del mando a través de sucesivos golpes militares y enfila la política por un rumbo más extremo. Le sirve de soporte intelectual fray Camilo Henríquez, difusor apasionado de los ideales democráticos de Rousseau, desde las columnas del periódico *La Aurora de Chile*. El pulso de la revolución adquiere celeridad y los adversarios son silenciados. Pero el virrey del Perú, José Fernando de Abascal, por medio de sucesivas expediciones militares nutridas en el sur de Chile, se propone ahogar la llama subversiva.

Acostumbrados cada vez más al ejercicio del poder, como también al goce de las ventajas ya alcanzadas, los reformistas no se resignan a perder ni lo uno ni lo otro. La lucha armada enardece los ánimos y extrema las po-

siciones, precipitando a los criollos a un franco separatismo.

La pugna dramática y cruenta se extiende por varios años. Como jalón heroico, prendido en el nombre de O'Higgins, queda el sitio de Rancagua, en que sucumbe momentáneamente el ideal de la patria libre. Después viene el exilio tras la cordillera de los soldados vencidos, que preparan en Mendoza la resistencia, ayudados por su Gobernador José de San Martín. Y, al fin, las acciones de Chacabuco y Maipo, que sellan la independencia de Chile.

LOS TANTEOS DE LA INEXPERIENCIA

La emancipación de España fue un hecho súbito, impedido por circunstancias exteriores del todo inesperadas. Lo que habría llegado, de seguro, en una fecha más distante y a través de un desarrollo más lento, se produjo con increíble celeridad. Los criollos, que entraban recién en una etapa de maduración, vieron a los hechos adelantarse a este proceso y se hallaron con el poder en las manos sin la necesaria experiencia para manejarlo.

A diferencia de otros sitios de América, la guerra de la independencia no conmovió en Chile las estructuras sociales. La lucha fue aquí corta y suave; faltaron, en general, la represalia y el sentimiento de venganza. Elementos que habían resistido a la revolución, luego de triunfar ésta, fueron incorporados en la tarea estructuradora del nuevo Estado. Quedó así la aristocracia intacta en su constitución y en su influencia, lo que ahorró a Chile las sangrientas conmociones de otros países del continente, que vieron quebrantada su *élite* y alzados los estamentos inferiores. Pese a su inexperiencia política, era la aristo-

cracia chilena la única clase capaz de tomar el Gobierno, no sólo por su hegemonía económica y social y su mayor cultura, sino también porque exhibía ciertas virtudes cívicas y domésticas de verdadera importancia: el cariño al suelo patrio, la fuerte cohesión familiar, el espíritu de trabajo y disciplina. Era realista y práctica y poco permeable a las inquietudes intelectuales. Se movía mejor en el plano de los hechos que en el de las ideas, y su brújula no era la filosofía de los libros, sino el sentido común.

Entre los años 1817 y 1830, la vida política se mueve en tanteos y fracasos. Con limpieza y buena intención, Bernardo O'Higgins pretende, sin lograrlo, organizar el país al amparo de una dictadura militar personalista. Su caída abre paso a los ideólogos con fórmulas mágicas extraídas de los libros o importadas de países distantes. Juan Egaña, nublado por la lectura de la filosofía racionalista del siglo XVIII, fabrica un esquema jurídico que, por abstracto y ahistórico, se estrella con la realidad. José Miguel Infante se empeña en aplicar a un país de tradición unitaria el régimen federal de Norteamérica. Y José Joaquín de Mora, enamorado del modelo francés, sueña con el trasplante del esquema teórico de sus libertades a un pueblo de distinto nivel cultural e idiosincrasia.

La inestabilidad y el desconcierto hacen crisis en 1830. El sentido de horror a la anarquía y al militarismo, que comenzaban a vislumbrar su paso destructor, barrió con los falsos espejismos de los ideólogos hasta imponer un criterio realista. Pero no fue sólo el espanto al vacío lo que arrancó a la aristocracia de su pasividad o contemporización, sino también la súbita presencia, en la hora decisiva, de un hombre que supo conjugar las reservas

nacionales hasta entonces inoperantes. Era Diego Portales.

LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO

Así como Valdivia fue el constructor de la nacionalidad, Portales lo fue del Estado. En uno y otro caso, la intuición del genio, asociada al vigor de la voluntad, rehuyeron el canto de sirena de las utopías y afirmándose sobre los elementos de la realidad, supieron construir una obra que superó el momento y se encarnó en la historia.

Distante de la pedantería libresca y de la idolatría de las fórmulas extranjeras, el Ministro Portales se volvió lleno de fe a la entraña de la patria para extraer de allí la fuerza de su obra. Nace así una nueva fórmula del existir político, de contenido jurídico y arraigo nacional.

Chile, falto de educación cívica, no podía permitirse de inmediato el lujo de un régimen democrático. Antes había que crear espíritu de disciplina y de orden a través de un gobierno civil, impersonal y fuerte, integrado por elementos de intachable virtud. No el culto admirativo del hombre, esencia del caudillaje y de la dictadura, sino el respeto a las normas objetivas del derecho, debía ser el soporte de la estabilidad estatal. Cuando el legalismo se transformase en hábito, habría llegado la hora de la república liberal y democrática, en que todos tuvieran parte.

Un hondo sentido nacional, una profunda confianza en las posibilidades de Chile y en su destino en el mar, integraron esta construcción política. En ella su arquitecto no estuvo solo. Le acompañaron Manuel Rengifo, Mariano Egaña, Andrés Bello, Joaquín Tocornal. Y le entregaron su plena confianza como ministro angular tres presiden-

tes: José Tomás Ovalle, Fernando Errázuriz y Joaquín Prieto.

Con la Constitución de 1833, el país alcanzó su estructura definitiva: nació el Estado de Derecho. Con el triunfo militar sobre la Confederación Perú-Boliviana, en 1839, definió su personalidad inconfundible en el concierto americano y aseguró su dominio en el mar.

Chile entraba en la mayor edad.

LA ERA DE LA EXPANSIÓN

El decenio gubernamental de Joaquín Prieto (1831-1841) consolidó el Estado, afianzó la independencia nacional y permitió al país, en los cuarenta años siguientes, enfilarse seguro por rutas de amplio desarrollo. Era como un islote de paz y de orden en medio de una América anarquizada.

La educación y la cultura adquieren impulso con la apertura, en 1843, de la Universidad de Chile, guiada por la mano de Bello, la llegada de sabios europeos, como Domeyko y Philippi, la fundación de escuelas científicas, artísticas y técnicas, y la nueva Ley de Instrucción Primaria de 1860. La legislación avanza con el Código Civil, que adoptan otros países del continente, y los de Comercio, Minería y Penal. La economía se entona con el auge minero, el estímulo en la agricultura y la ampliación del comercio. Líneas de navegación unen el puerto de Valparaíso, primero del Pacífico Sur, con los países europeos; y vías férreas cruzan progresivamente el territorio nacional. La bandera de Chile flamea en la zona inhóspita de Magallanes; se colonizan las provincias de Valdivia y Llanquihue; y el empuje llega hasta los desiertos del

norte, donde se descubre y explota el salitre y otros minerales.

Fue este acelerado poderío de Chile el que concitó el roce con los países próximos. El Perú y Bolivia se aliaron secretamente en su contra. Estalló en 1879 la guerra en circunstancias desiguales. Con menores recursos económicos, de hombres y de armas, pero con una gran fe en su destino y una gran unidad interior, Chile entra en acción. Fue una brega dramática, de contornos grandiosos, en que a los triunfos resonantes se mezclaron inmolationes heroicas de profundo contenido interior. Arturo Prat, Ignacio Serrano e Ignacio Carrera Pinto, que desaparecen con los suyos antes que capitular, quedan como enseñas de una raza que valoriza más el testimonio que el éxito.

El valor, la fe y la disciplina militares agregaron a la soberanía chilena ricos territorios en el norte y afianzaron el sueño de Portales de dominio en el Pacífico. La indiferencia y falta de visión diplomáticas, en cambio, abandonaron por esos mismos años la extensa Patagonia a la República Argentina, cerrando así a Chile su expansión al Atlántico.

EL SENTIMIENTO LIBERAL

Entre los años 1831 y 1861, que comprenden los gobiernos decenales de Prieto, Bulnes y Montt, la autoridad presidencial se ejerce de una manera vigorosa. En realidad no hay más que un partido, el Conservador, que se confunde con el régimen y cuya declaración de principios es la Constitución de 1833. Pero al amparo de la estabilidad política, de la libertad ordenada, del incremento de la cultura y del mayor contacto con los medios

europeos, van surgiendo en el país nuevas tendencias ideológicas. La revolución francesa de 1848 y el socialismo utópico hallaron aquí un símil fugaz y romántico en la "Sociedad de la Igualdad" de Santiago Arcos y Francisco Bilbao, y en su fallido motín de 1851. El espíritu liberal dominante en la Europa de entonces, caló, en cambio, de manera más honda y tuvo en José Victorino Lastarria un difusor ardiente y convencido. Al término del gobierno de Montt la crisis ideológica estaba planteada: el poderoso conservantismo se escinde en dos grupos, y las nuevas tendencias se canalizan en dos partidos de sucesiva creación: el Liberal y el Radical.

La preocupación política, antes enfocada a altos objetivos nacionales, se desplaza ahora apasionadamente a los debates de tipo religioso. Las llamadas "cuestiones teológicas" comienzan ya a inquietar en el decenio de Pérez y acaban por absorber la atención de los partidos en los gobiernos de Errázuriz Zañartu y de Santa María. En este último culminará el debate con la dictación de las leyes de cementerios laicos y de matrimonio civil.

Pero su discrepancia en el terreno de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, no impide a los partidos políticos encontrar un punto de coincidencia en el deseo de reducir el poder presidencial.

En efecto, el espíritu de la antigua aristocracia, recogido en el Partido Conservador, se muestra reactivo a los gobiernos fuertes, que sólo acepta en momentos de amenazadora crisis. En 1817, el miedo a la anarquía la hizo confiar el mando a O'Higgins; de nuevo en 1830 el caos la alineó junto a Portales; y en 1851, la amenaza subversiva de la "Sociedad de la Igualdad", la entregó en manos de Montt. Un instinto primario de libertad, de distante extracción vasca y castellana, la hace añorar los gobiernos

colegiados y mirar como bastiones de resistencia del estatismo a los municipios. El Cabildo indiano, sepultado por la centralización republicana, vuelve a rebrotar en la "comuna autónoma" propiciada con ardor por Manuel José Yrarrázaval.

Del otro lado el liberalismo de importación europea, socavará asimismo con tesón las bases del Ejecutivo omnipotente. Los cambios que se introducen en 1874 en la Carta Fundamental y la adopción de prácticas parlamentarias inglesas, como las interpelaciones y votos de censura a los Ministros de Estado, van quebrantando la hegemonía presidencial y abriendo paso a una mayor intervención del Congreso en los asuntos gubernativos.

Este proceso, que caminó sin obstáculos empujado por unos y por otros, tuvo, sin embargo, en su curva final, un sesgo dramático y sangriento. Por singular paradoja, el curso de los hechos vino a rebotar violento en un hombre que, como diputado, había activado el creciente parlamentarismo. Idealista y romántico, José Manuel Balmaceda agitó desde la juventud la bandera de la reforma constitucional y de las libertades. Pero ese mismo espíritu romántico le llevó en el poder a identificarse con la patria y a resistir como ataque a su persona la más mínima reducción de su autoridad. En mandatarios conciliadores y suaves, como Pérez y Pinto, la final declinación del poder presidencial se habría producido, de seguro, en forma casi insensible. Con Balmaceda, el proceso desembocó en una guerra civil y en el suicidio del Presidente.

LA CRISIS PARLAMENTARIA

Así como la revolución de 1830 marcó por sesenta años el rumbo de Chile, la de 1891 imprimió un nuevo sello a

las actuaciones nacionales por espacio de seis lustros. La crisis de la autoridad presidencial y el predominio del Congreso abrieron camino al manejo irresponsable de los grupos y rebajó los altos objetivos de la política al nivel de los intereses de círculo. La máquina gubernativa se vio atascada en su marcha por los continuos cambios ministeriales. La administración operó lenta y falta de directivas seguras. La política internacional, abocada a serios problemas con los países limítrofes, careció de una línea estable y firme. El régimen hacía estériles los mejores propósitos y anulaba, a menudo, las iniciativas presidenciales de bien público.

No obstante, la honradez y el buen sentido de los mandatarios lograron paliar, en parte, los inconvenientes del sistema. El orden jurídico se mantuvo inalterable y la paz internacional no sufrió quebranto. El sentido legalista, inyectado por la generación portaliana, orientaba aún todas las actuaciones y penetraba, por la mayor cultura, en nuevos estratos de la sociedad.

LOS GRANDES REAJUSTES

A medida que avanza la educación y crecen la industria y el comercio, la hasta entonces incipiente clase media adquiere contornos de mayor importancia. Su toma de conciencia corre pareja con el declinar de la antigua aristocracia y las primeras manifestaciones colectivas del proletariado. Los obreros de las minas y de las fábricas, faltos de protección legal, vegetan en condiciones depresivas. Su suerte preocupa poco a los partidos históricos, donde sólo algunas figuras solitarias, como la del conservador Juan Enrique Concha Subercaseaux, vocero del

pensamiento social-católico, y la del radical Valentín Letelier, propiciador de un Socialismo de Estado, reclaman una legislación protectora y humana para el trabajador. Un nuevo partido, el Democrático, que recluta miembros en el artesanado, busca la reforma social a través de un proceso evolutivo. Sin embargo, su actitud no satisface a sectores más extremos del mundo asalariado, que comienzan a adherir al credo del anarquismo o del socialismo marxista. En los primeros años del siglo veinte, las huelgas en la zona norte y en las grandes ciudades alcanzan rasgos violentos. Pero los políticos, enfocados en el juego parlamentario, no palpan la urgencia de una reforma y se satisfacen con medidas de orden policial.

Un año y un nombre marcan una nueva y decisiva etapa en el proceso histórico chileno: 1920 y Arturo Alessandri. Es el momento en que las fuerzas reformistas de la clase media escalan el poder. Es la hora de un caudillo que, con audacia, embiste contra las estructuras que considera envejecidas y encara resuelto la reforma política y social.

Salido de las clases dirigentes y del riñón del parlamentarismo, Alessandri se vuelve contra éste y toma el pendón de las reivindicaciones obreras. Su verba cálida y emotiva conmueve el ambiente y lo saca de la rutina y el quietismo. En el choque de los encontrados intereses y de las pasiones, las barreras jurídicas se derrumban y hay instantes de grave desconcierto. Era natural que un reajuste de envergadura no se llevara a cabo sin alguna resistencia y que ayudara a la inestabilidad la falta de experiencia política de la clase media. Pero el alumbramiento de una amplia legislación protectora del trabajo, como así mismo el de la Carta Política de 1925, que sepulta el régimen parlamentario y devuelve la autoridad

al Presidente de la República, lograron realizarse sin conmociones sangrientas.

De igual manera se irá imponiendo en los años siguientes un progresivo socialismo del Estado. Ya no es posible detener la transformación en marcha. Pero el país, que no ha perdido su idiosincrasia legalista, prefiere avanzar por la senda de la evolución y no de la violencia. El buen sentido dominante parece apartarse, a la vez, del egoísmo estático y de las impacencias peligrosas. Camina, sí, pero sin apresuramientos, ahorrándose desastres y choques generadores de odios inextinguibles.

LA ALBORADA DEL ESPIRITU

A la consolidación del Estado y la reestructuración de la sociedad, que aparecen como notas singulares de Chile entre 1810 y 1960, cabe añadir en el mismo tiempo un proceso de desarrollo de la cultura que se ha hecho más acelerado en los últimos ochenta años.

Sin duda que en este punto cupo una misión especial a Andrés Bello, que abrió en los espíritus juveniles la inquietud por el saber e impartió por más de veinte años, desde el Rectorado de la Universidad de Chile, un magisterio indiscutido. El apoyo del Estado a esta última corporación le ha permitido realizar una amplia labor en todo el país y que ha desbordado al resto de América. A su lado, como fruto de la libertad de enseñanza, garantizada invariablemente por la legislación, se han ido levantando otras casas superiores de estudio, como la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Concepción. La primera de ellas, fundada en 1884 gracias al celo de Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas y del tribuno Abdón Cifuentes, constituye el más alto expo-

nente del esfuerzo realizado en Chile por la Iglesia, desde el primer día de su historia, en favor de la cultura. Por algo pudo decir Vicuña Mackenna que la instrucción ha tenido en el país por mantillas las sotanas de los clérigos.

La inclinación de los chilenos al género historiográfico, que se advierte sin ruptura en los siglos españoles, encontró un fuerte estímulo en Bello. A él se debe la formación en el siglo XIX de una escuela de historiadores de ejemplar solvencia científica que alcanzó altos niveles con Barros Arana, Amunátegui, Medina, Errázuriz y Bulnes. Pero la literatura de creación anduvo tarda en sus pasos y pocos hombres de mérito podrían añadirse en esa centuria a los de Pérez Rosales, Jotabeche y Alberto Blest Gana. Menéndez y Pelayo subrayó esa natural propensión del chileno al cultivo historiográfico y su anemia y retraimiento en otros géneros. Para el ilustre polígrafo ello podría atribuirse a la influencia disecadora del positivismo, aunque siempre queda por averiguar si este último hallaría acogida indiscriminada en un pueblo de desbordante imaginación creadora.

Sea lo que fuere, el hecho es que el espíritu práctico y realista de los chilenos no daba mucha cabida, hasta el término del siglo XIX, a la fecunda bohemia de los artistas, y a lo más se limitaba a copiar con desgano los modelos foráneos. Rubén Darío, que había palpado el ambiente, escribió por entonces a sus amigos desde otras latitudes: "Tomen, coman; pero piensen, tengan poetas y artistas". No fue necesario repetir este llamado de urgencia, porque muy pronto se produjo en las letras y las artes un vuelco increíble. Diego Dublé Urrutia reivindicó para Chile el derecho a una poesía propia y tras él con el cambio de siglo, Pezoa Véliz. Con súbita madurez brota una escuela de rasgos inconfundibles, que logrará

cimas de universal respeto con Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Pedro Prado.

Junto a la poesía, la pintura saltó del triunfante academismo de Pedro Lira a la paleta impresionista de Juan Francisco González y abrió paso a los noveles acuarelistas. El empuje sacó también del atasco a la novela con D'Halmar, Latorre, Edwards Bello y Barrios. Pero, sobre todo, reveló las posibilidades del cuento, que en su limitado espacio logra asir la intuición fugaz y breve de una raza que no se explaya y prolonga en sus momentos creadores. Será el género de Federico Gana, de Manuel Rojas, de Marta Brunet, de Salvador Reyes y de las últimas y promisorias corrientes juveniles.

La música, en fin, siempre grata a los oídos chilenos, halla cauces de acierto con Enrique Soro, Pedro Humberto Allende, Domingo Santa Cruz, Alfonso Letelier y Juan Orrego.

Chile ha comenzado a descubrirse a sí mismo, a sacar de su entraña íntima, posibilidades inéditas e increíbles. A sus valiosas conquistas en el campo político y social, ha agregado el hallazgo de la creación espiritual, y si aún queda en varias zonas rezagado y en actitud de simiesca contemplación de lo extraño, no cesa en su anhelo de buscar otras vetas. Serena y equilibrada, la patria parece caminar por encima de las crisis económicas y de los sismos golpeadores, hacia metas más promisoras y fecundas.

SANGRE Y DOLOR DE ESPAÑA

Metralla, incendio, cuerpos que se desploman y retuercen. Oro en el cielo de verano. En la tierra, rojo de sangre. En todo, la bandera de España.

¿Uno de tantos pronunciamientos militares? ¿Una de tantas revoluciones sin sentido? ¿Acaso la ambición incontentada de unos pocos que quieren imponerse sobre la mayoría libre que resiste?

No. El instante de España dice algo más que todo eso. Pero, es preciso advertirlo, quien no haya ahondado en el alma española, quien no haya penetrado hasta en los abismos de su complejidad maravillosa, no puede ser capaz de captar todo lo que hay de doloroso y trágico en el momento histórico de ese pueblo.

No se ama lo que no se conoce y para llegar a entender el carácter ricamente matizado del español hay que echar por la borda cientos de prejuicios acumulados en el subconsciente americano por la sostenida propaganda de más de un siglo.

Penetrar en el psiquis español, comunicarse el golpe de su pulso, sentir, en suma, con España, es tarea que impone ante todo desinterés, desapego, voluntad y algo también de corazón. Y a todo ello se invita al lector de estas páginas si quiere seguir en ellas un esbozo de peregrinación en que el amor, hermanado con el frío razonar, ha querido esparcir a manera de hitos en el camino breves reflexiones que muevan a inquirir con más hondura en el alma de España.

De idealismo y de realismo se forja el complejo espíritu español. Idealismo que le impulsa a vivir y superar la leyenda homérica, a afirmar en los cuatro puntos del planeta la verdad católica y el sentido del honor. Realismo que pone el acento en lo cínico, lo prosaico y lo sensual. Son antítesis que viven una al lado de la otra, sin jamás compenetrarse y absorberse. Son elementos que al turnarse en la primacía del instante histórico no hacen desaparecer ni aniquilan al contrario.

Así, junto a los auto sacramentales, prolongación de los "misterios" del medioevo y exponentes del teatro cristiano más vigoroso que haya existido, aparece el ligero entremés saturado de realismo, gracia y color. Y ambas expresiones dramáticas son vividas y sentidas por el pueblo español porque constituyen la irradiación de las multiformes facetas de su personalidad.

No otra cosa que esta convivencia de tan poderosos contrastes puede anotarse en la pintura hispana. El Greco, que aunque extranjero supo asimilar la idiosincrasia peninsular, es el más genuino exponente del idealismo, a la vez que el último sobreviviente de la era gótica. Su técnica, construida a base de resplandores sin graduación, de contrastes de color, la extrae él de las vidrieras de la vieja catedral toledana. Por sus telas de sabor medieval desfila la nobleza castellana, adusta, grave, señorial, con su jubón negro y alba golilla. Nadie como él ha sabido expresar en el pincel ese anhelo supraterráneo del hidalgo de aquellos tiempos. El solo cuadro del entierro del conde de Orgaz bastaría como prueba de este aserto. Los personajes se hallan allí transfigurados; nada les atrae como aquella visión de la gloria celeste que se levanta ante sus ojos. Arrebatados por el éxtasis místico, las figuras se

estilizan; lo corpóreo y material va eliminándose para dejar sólo paso al alma que enloquecida de amor se expande al encuentro del Hacedor.

*Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero,*

podría estamparse con Teresa de Jesús al pie de esta tela que traduce tan maravillosamente lo que la doctora abulense y Juan de la Cruz vivieran y escribieran con su encendida pluma.

Si dentro de la pintura el Greco es la expresión acabada del idealismo, ha de buscarse la convivencia de este elemento con el realista en el pincel de Murillo. Sus "Inmaculadas", claro está, que afirman en María su rango de Madre de Dios, pero no olvidan por ello su carácter de mujer, en el cual el artista se complace en colocar un marcado acento andaluz. Sus cuadros de costumbres y la admirable caracterización de los mendigos sevillanos, son potentes trozos de la vida real que sólo encuentran su equivalencia en las páginas del Quijote.

Elegancia, distinción, señorío y un sello de ponderado y ecuánime realismo sabe transportar Velázquez a sus telas. Sin dejarse arrastrar por abstracciones ni subjetivismos, capta fielmente el natural y hasta cuando aborda temas mitológicos no deja por ello de imprimir en los dioses del Olimpo un marcado acento humano.

Y en fin, la nota extrema del realismo puro e hiriente, corrosivo y despiadado, cínico y desnudo, como el Don Pablos de Quevedo, el pícaro Guzmán de Alfarache y la Celestina, la pone sin segundo el Goya de los "capri-

chos", de los picadores y majas, de la estúpida dinastía de Carlos IV.

Idealismo y realismo son los contrastes del alma de España que buscan también perpetuarse separadamente en el monumento arquitectónico. Juan de Herrera inmortaliza en el Escorial, mezcla de monasterio y palacio, en clásico estilo, el ascetismo del reinado de Felipe II. Viene después la prepotencia del elemento realista que encuentra su adecuada expresión en el barroco, de genuina rai-gambre española, y domina por último en el siglo XVIII el churrigueresco, mueca de desesperación del carácter nacional descompuesto y decaído.

¿Y qué decir de la música española? Cuán admirablemente conviven también en ella los dos términos extremos del genio peninsular. Desde Victoria, que perpetúa las armonías gregorianas, hasta Manuel de Falla que atrapa con éxito la pasión moruna del albaicín granadino, pasando por el "Corpus Christi en Sevilla", de Albéniz, muestra acabada de la coexistencia de la pasión sensual y el arrobamiento místico, nada exhibe mejor que la música lo que ama y odia el corazón de ese pueblo de artistas. Sin detenerse por mucho tiempo en un tema, se lanza ella a otros imprevistos, haciendo gala de los contrastes y de la riqueza de matices extremos. Música humana como ninguna es ésta que contiene las miserias y grandezas, las penas y alegrías, los nobles ideales y las bajas tendencias. Música de antítesis que tan bien sabe albergar el amor divino de Juan de la Cruz como dar cabida a la pasión libidinosa de Juan Tenorio.

La convivencia de estos factores extremos, idealismo y realismo, hacen del español un pueblo personalista.

El arraigado sentido personalista del español no ha podido ser propicio al establecimiento de un Estado omnipotente y poderoso, y en cambio se ha inclinado a la constitución de organismos inferiores como los municipios y las cortes, donde el anhelo de libertad bien entendida del pueblo ha encontrado la adecuada forma de expandirse. No está de más advertir que las Cortes de León y Castilla, con la representación de los tres Estados datan de 1188 y 1250, mientras el Parlamento inglés y los Estados generales de Francia sólo inician sus funciones en 1297 y 1302, respectivamente. En cuanto a la importancia de los municipios en la salvaguardia de las libertades, basta sólo recordar que fue en los de América, mero trasplante de los peninsulares, donde se incubó el movimiento de emancipación.

El que la vida política española no se encuentre toda ella refugiada en el Estado explica el fenómeno paradójico, ya advertido por varios observadores, entre ellos Madariaga, "de que España, en su conjunto, representa un valor menor del que podría esperarse de la suma de los valores individuales de los españoles".

Lógica resultante de ese mismo personalismo es el arraigado sentimiento de dignidad del español. Para él las clases no constituyen ya castas cerradas e inaccesibles, generadoras de humillantes despotismos. Los grupos sociales no se superponen para dominarse, sino que conviven en un mismo plano de hermandad y colaboración. Si hay una dignidad del duque, también hay una dignidad del mendigo, porque las clases, más que una diferencia económica, encierran un profundo sentido ético, un modo distinto de apreciar la vida, un camino propio para abordar la meta común.

Lejos está todo esto de envolver, sin embargo, una tendencia democrática. La democracia, de genuino origen francés, es la negación de lo jerárquico y como tal se esfuerza en nivelar a todos para abajo, que es lo mismo que decir, procura igualar en la inferioridad. El español, entretanto, no pretende destruir las diferencias de clases, sino que busca la manera de superarlas en un común deseo de elevación. Y si llega a abolir las categorías sociales, como lo hace en las Provincias vascas, lejos de implantar entonces la mezquina y deprimente uniformidad plebeya, exalta la igualdad de todos en la nobleza.

El personalismo despierta también en el español una fuerte conciencia de su poder. Ni los obstáculos ni los peligros le detienen ni le arredran en la prosecución de su objetivo. Es un dominador de la vida a quien no amedrentan los más duros reveses, y es también un sojuzgador de la muerte a cuyo encuentro corre para echarle a la cara su desprecio. ¿No es acaso este anhelo de superar lo imposible lo que mueve a Cortés a quemar sus naves, a Pizarro a persistir en su terquedad de la Isla del Gallo y a Palafox a repetir en Zaragoza el heroísmo de Numancia?

Este anhelo de afirmación de la personalidad hace del español todo un hombre en el más completo y noble sentido de la palabra. Nada hay para él, fuera de Dios, comparable con la elevada categoría y el poder del hombre. Todo el arte hispano converge en torno suyo. Si Albéniz dedica sus composiciones musicales a Navarra, Sevilla, Córdoba y Granada, no es que pretenda captar la naturaleza de esos lugares, que le tiene sin cuidado, sino tan sólo inquirir en el alma de sus habitantes, coger al hombre. Si, por otro lado, Pinazo, Zubiaurre y Romero de Torres, se detienen ante el huertano de Valencia, ante el

marinero vasco o ante la gitanilla cordobesa, no será por cierto para coger en ellos el particularismo regional de trajes y ademanes, que subyuga a los turistas, sino para penetrar en la hondura psicológica del material humano. Porque para el pintor español, la chula, el torero, la moza del cántaro, el fraile o el contrabandista, no son simples maniqués, portadores de arreos más o menos pintorescos o exóticos, sino seres vivos que ocultan bajo tan superficial investidura todo un cúmulo de encontradas pasiones y tendencias. De ahí que la naturaleza, el paisaje, poco o nada digan al artista español ante este tema único y avasallador que es el hombre.

La estratégica ubicación de la Península Ibérica que, conforme al bello decir de la griega Alexandra Everts, es "proa de Europa, puente hacia el Africa, eco del Asia, etapa de América"; la variada y multiforme serie de naciones que la han invadido y que con su policromía étnica han logrado aportar ricos matices al carácter español; en fin, la idiosincrasia personalista de este último, generadora de su elevado concepto de la dignidad humana, hacen de la raza española una raza síntesis y de cada uno de sus miembros un tipo universal.

Esta circunstancia debía capacitar como a ninguno al pueblo español para recibir y asimilar en toda su magnífica integridad el dogma católico. El año 589, cuando el rey Recaredo, con todo el Estado visigodo, abjura de la herejía arriana y abraza espontáneamente la verdad católica, la materia prima universalista del español encuentra su forma sustancial.

Desde entonces, España comprende, por sobre todas las cosas, que su misión en la historia es ecuménica y que por sobre los estrechos límites del ideal nacionalista

debe ella exaltar la primacía del universalismo cristiano. Si el español batalla ocho siglos contra la morisma, aplasta a los turcos en Lepanto y lleva sus huestes a las regiones de América y las Filipinas, no lo hace entonces impelido por un simple afán de guerrear, ni al impulso de una burda ambición imperialista. Lo que en estas empresas obra de cerebro, motor y brújula, es el deseo de mantener y acrecentar la cristiandad, de esparcir el Evangelio, de comunicar a los pueblos la buena nueva de que todos los hombres han sido creados a imagen y semejanza de Dios y han sido redimidos por la sangre de Cristo. Porque fue también España la que en 1546, por boca de Diego Laínez, afirmó en el Concilio de Trento, contra la herética opinión luterana, de que a todos los hombres les ha sido dada la gracia necesaria para su salvación; como siglos atrás, en el Concilio de Nicea, por medio de su Obispo Osio de Córdoba, había condenado el error arriano y exaltado la pureza y universalismo del dogma católico. Y no hay que olvidar, por último, que preciosos frutos de tan arraigada convicción universalista y firme sentido de hermandad fueron también la legislación social de Indias y el derecho internacional, con que los reyes castellanos, Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, supieron anticiparse a los problemas que para nuestra época anémica de ideales y de atrofiada fe resultan insolubles.

Por muchos siglos supo España poner en su política el acento vital de lo ético. Mientras los holandeses, para abrir a su comercio los puertos del Japón, convienen en pisotear ante sus naturales el crucifijo; mientras los ingleses asesinan a mansalva a los indígenas de la América del Norte para hacerse paso en su dominación; mientras la Francia de Francisco I se alía con el turco antes de

hacerlo con Carlos V, que le propone la acción común contra el enemigo de la Cristiandad, y mientras la Francia de Richelieu alienta visiblemente la escisión religiosa en la tierra de Lutero para de esta manera aniquilar el poderío de la casa de Austria, la España de los Reyes Católicos, de los Carlos y de los Felipes, manda al extremo oriente a Francisco Javier a anunciar la buena nueva, confunde su sangre con la de los indígenas de América y crea para su cultura colegios y universidades, envía a Alemania sus teólogos para orientar a los desviados en la fe y, a costa del porvenir de su economía y de su agricultura, expulsa del territorio, en nombre de la unidad religiosa, a judíos y moriscos, siguiendo con ello la máxima del Evangelio de "que si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti, pues mejor te está el perder uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno" (Mat. V, 29).

Por eso ha podido exclamar con razón Ramiro de Maeztu que "la Hispanidad no es en la historia sino el Imperio de la fe".

Hay una escena en la vida del Caballero de la Triste Figura en la que va envuelto todo el sentido de la tragedia que de algunos siglos a la fecha arrastra consigo el pueblo español.

Trábase cierto día entre el hidalgo y su escudero fuerte disputa y al cabo, el último, en el deseo de sacudir el yugo de su amo, da con éste, de una zancadilla, a lo largo del camino, pónale la rodilla derecha sobre el pecho y le sujeta fuertemente las manos, "de modo que ni le dejaba rodear ni alentar". "¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te demandas?", le dice entonces el maltrecho Don Quijote. Y Sancho, sin impacientarse, le

responde, parodiando a Dugescclin: "No quito ni pongo rey, sino ayúdome a mí, que soy mi señor".

Un día también el pueblo español, en fuerza de oír que se habla en el extranjero de su inferioridad y de ver a las demás naciones hacer mofa de sus principios, llega a dudar de sí mismo, a creer que toda la ruta de su historia ha sido errada y que está en su deber de rectificarla, imitando para ello servilmente los modelos transpirenaicos. Hasta allí España había dado la primacía a la inteligencia sobre la voluntad, sin aniquilar esta última; al espíritu sobre la materia, sin desprenderse de la segunda; a Don Quijote sobre Sancho, sin eliminar al escudero. De esa manera había logrado forjar el carácter personalista que la hiciera apta para escribir la historia universal. Pero desde entonces los valores se trastocan, se invierte el orden natural de las cosas. Lo inferior se subleva contra lo superior, lo material se libera de la tutela de lo espiritual y trata de reducir este último elemento a la impotencia. Don Quijote cae vencido por Sancho y el reinado del individualismo estático y feroz sucede al imperio del personalismo dinámico y de hermandad.

El ideal católico, forma sustancial de la raza, deriva en una mera ritualidad externa y mecánica, vacía de verdadero contenido. Para la clase alta va él sirviendo de opio capaz de adormecer las justas peticiones del proletariado que ya comienza a bullir amenazante. Para el pueblo sirve de mera válvula de escape de su incontenible espíritu supersticioso. Para otros, llega a constituir una adecuada forma de emprender carrera brillante, a la vez que bien retribuida. La deformación del elemento

humano de la Iglesia, si bien deja incontaminado lo que dentro de ella hay de divino —su dogma y su moral—, sofoca por entero la corriente de caridad que otrora vitalizara el catolicismo español y lo constituyera en el motor y centro de la vida nacional.

Y vienen en su reemplazo los ideales extranjeros. "Bajo la influencia extranjera y en particular francesa —anota Louis Bertrand, escritor distinguido a la vez que francés honrado— perdió el alma española su unidad moral y aún su unidad intelectual, que en el reino del arte y en el del pensamiento habían creado obras sin par. Ideas exóticas la combaten, ideas que serán el fermento de las próximas revoluciones, que conmoverán durante todo el siglo XIX y los tiempos actuales a la Península Ibérica".

Desde el siglo XVIII no dice España al mundo una palabra nueva y duradera que no sea por boca de los continuadores de su tradición: un Menéndez Pelayo, un Balme, un Donoso Cortés, un Vázquez de Mella, un González Quintero. Lo demás que lucubran sus escritores, al margen de la fuente madre y llevados de su servil imitación del modelo francés, bien podría desaparecer y destruirse sin que nadie lo echara de menos.

De la vida política se puede decir otro tanto. Saliéndose de sus moldes seculares, se emplaza ella por rutas extrañas. Será Felipe V quien iniciará con la dinastía borbónica la labor de aniquilar la autonomía regionalista, que trae sus raíces de la historia, para imponer en su reemplazo un centralismo artificial importado de Francia. Y serán las posteriores generaciones de mediocres las que rematarán la obra de arrasar por completo con las viejas

instituciones autóctonas de inspiración personalista, para pretender imponer sobre sus ruinas otras de postiza manufactura francesa y marcado acento liberaloide.

Emancipado así el pueblo español de lo espiritual, va cada vez descendiendo al más incontenible y grosero materialismo. Como el cuerpo débil capta fácilmente una y otra enfermedad, así la España anémica de espíritu, intoxicada primero de liberalismo francés, atrapa al fin el virus del marxismo ruso. Después de todo, ¿no es ésta la trayectoria fatal de la infección materialista?

El amor a Dios, del cual fluía la dación del hombre a sus semejantes, encuentra un sustituto en el culto desmedido del yo, que mira en el prójimo un rival, un enemigo. Lo inmediato, lo meramente humano y contingente, es elevado a la altura de lo necesario y eterno. La misión del hombre sobre la tierra cesa de tener proyecciones trascendentes. Todo queda reducido al breve instante del vivir.

El Estado, que para el personalista tenía la misión de aunar las voluntades en torno a la prosecución del bien común temporal y facilitar a los hombres el cumplimiento de su último fin, no obedece a nada al desaparecer estos objetivos. Para el individualista, que ha reducido el horizonte de su vida a lo contingente, resulta el Estado un obstáculo en sus planes de expansión egoísta, como lo había sido antes la religión frente a su anhelo insatisfecho de libertinaje. Por eso, el español degenerado es ante todo un enemigo de la disciplina y con ello un antiestatista mortal. Si el marxismo ruso logró exacerbar en él la lucha de clase y afirmarle en el culto a la materia, no pudo en cambio inculcarle su rígida estructuración polí-

tica y económica. Después de todo, un Estado de base soviética exige, si no disciplina, al menos servilismo y pasividad. Y lo que en realidad tiene cabida en la España descompuesta es el ansia de aniquilamiento de toda autoridad, divina y humana, y la implantación del más absoluto y desnudo anarquismo. De ahí que el español moderno, bestia feroz que ha abjurado de Dios y de los hombres, sólo se sienta feliz en el caos.

Siglos ha que el mundo vive a espaldas de lo que ocurre en España. Pero he aquí que de improviso la Península transfórmase de nuevo en el punto céntrico de todas las miradas de la tierra. Como antaño, con árabes y turcos, vuelve hoy día a jugarse todo el porvenir de la civilización. Y ahí está la misión de la raza: aparecer en la historia en los instantes en que está de por medio la afirmación o negación de un principio fundamental. Destrozada está España en su interior; dividido su pueblo. Pero ello no importa. Del sepulcro del Cid brota un grito de cruzado, una orden imperiosa que mueve a la raza a salir de su letargo y a coger, como otrora, la espada y la cruz con faz iluminada.

Mientras muchas naciones yacen sin ánimos para repeler el mal o pactan cínicamente con el error, España es la única que a riesgo de aniquilarse por entero se rebela contra la barbarie, desentierra el sagrado signo redentor y sabe decir al mundo que, mientras quede uno de sus hijos en pie, no se abatirá sin lucha el espíritu cristiano de Occidente.

Por eso, quien se detenga ante la entrega total que hoy hace España de sí misma en aras de la civilización, quien contemple la magnitud de su sacrificio reparador

de los pecados de los hombres, ha de persuadirse que tras el instante de purificación llegará para ella un espléndido y vigoroso renacer.

Porque, pese a todo, sigue España siendo la misma.

EL ALMA BARROCA DE NUESTRO SIGLO XVII

Los ojos de Felipe II se han apagado junto con su siglo y el tiempo nuevo trae estremecimientos en la recia textura del alma colectiva. Por cien años estuvo en el cénit el sol de España, pero ahora, sin dejar de fulgir avasallador, ostenta insólitos visos de blandura. Como preludiando la inminencia de un atardecer, la claridad, antes una, va diversificándose progresivamente en variados matices y el contraste entre las luces y las sombras, que fue casi imperceptible, marca ya su fuerte acento de abismos.

La cruzada ardorosa por salvar la Europa hermanada bajo el signo católico, toca a su fin. El Occidente en definitiva no ha escuchado la voz castellana y se enfila resuelto por otras sendas, dejando atrás con su palabra al heraldo del medievalismo. Queda así España en la soledad, pero no en un desamparo tranquilo y resignado, sino en tormentosa lucha contra sí misma, sufriendo un alma taladrada de dudas y anhelos encontrados. Es la hora de las tremendas compulsas y del angustiado análisis del yo, en que comienza a vislumbrarse el temor de una equivocación en la sustancia.

El ideal y la realidad los había visto el español marchar en un haz tan apretado que a veces no pudo descubrir entre ellos la juntura. Pero ahora se van disociando y con peligro de tornarse irreductibles. La misión universal de la raza está en tela de juicio y con ella el motivo determinante del ser político. El Estado, como ejecutor de la voluntad ética colectiva, va teniendo cada vez menos ra-

zón de existir, y la región, por un tiempo superada, vuelve a recobrar su presencia con ímpetus disgregadores. Los lazos de altísima finalidad que antes forjaron la comunidad nacional, se quebrantan poco a poco. Portugal huye del imperio, Cataluña también lo pretende y hay sublevaciones en Vizcaya y Andalucía. ¡Qué distante resulta ya la trompa épica de Acuña, cantora de imperial triunfo y poderío! Ahora es el llanto elegíaco de Quevedo el que se oye bajo la bóveda en grietas:

*Miré los muros de la Patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.*

El hombre ha olvidado su serenidad, y de esa sobria y ascética tristeza del hidalgo que sabe perder, descubierta por el Greco en la mirada de Rodrigo Vázquez, se está pasando a la angustia incontenida, a las lágrimas patéticas del San Pedro de Zurbarán. Hay amargura, desengaño. Se ignora por qué se vive y si la vida merece ser vivida. Ya no es el perder la vida terrena para ganar la celestial, como en el

*Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero,*

del siglo XVI, sino el ver esta existencia vacía de sentido, cual fantasma engañoso, lo que a Calderón preocupa en nueve dramas distintos. Es un inquirir apasionado que agita el alma, que irrumpe en todas sus manifestaciones y quiebra la línea tersa de la plástica y del lenguaje. Ellos

se retuercen ahora en mil volutas, como buscando en vano, por múltiples caminos, la anhelada solución siempre huidiza. Así también se extreman en este hurgar agónico los contrastes del alma española, cargándose de un lado el ascetismo con los tintes sanguinolentos de las flagelaciones, y yendo del otro la sensualidad y el lujo hasta cimas nunca vistas. El caballero andante no tiene ya cabida y encuentra en el Quijote su tránsito simbólico. De su espíritu aventurero hace ahora escarnio el pícaro, héroe del hampa, mientras su concepto puro y desinteresado del amor sucumbe en las garras egoístas de Don Juan, el libertino.

No podía sustraerse América al nuevo tono de la vida española, y de México a la antípoda de Chile se extenderían sus trazos encontrados de luces y de sombras. En las sedes virreinales comenzaría a bullir la cortesanía exuberante y los templos y palacios de Puebla, Quito y el Cuzco, alejándose de la gravedad primera, se abandonarían al goce de los retablos y al ritmo contorsionado de las columnas. Más corto iba a ser Chile en sus expresiones, porque el cariz guerrero de la tierra y la parquedad de los medios era para frenar todo vuelo imponderable. Pero aquí también pondrá su planta la nueva modalidad española y en el culto del amor se expresarán los contrastes del alma barroca.

Cuando Juan Zapaca Inca vino del Cuzco a pintar al convento grande de Santiago la vida del "Poverello", recogió en una tela las dos faces opuestas de la pasión dominante. San Francisco ha muerto y su cadáver es conducido en devota procesión. A su lado, caminan tristes los monjes, y un caballero santiaguista, portador de un cirio, eleva con mística unción sus ojos a lo alto. Cien años antes habría podido figurar en el entierro del Conde

de Orgaz, del Greco, donde tantos hidalgos adustos alzaban arrobados su vista hacia los misterios de la gloria. Pero aquí él es el único que escudriña el cielo, y en vano, porque ahora éste se niega a revelar su secreto y permanece hermético. Otras luces, que no son precisamente las divinas, vienen, en cambio, al encuentro de la escena. Desde el fondo, una ventana abierta hacia el mundo, perfila nítida una plazuela de amplios portales. Allí unas damas salen a los balcones para mirar a los galanes que a sus pies pasean con apostura. Dentro, solo y hasta con desamparo del cielo, camina el amor divino. Fuera, desenvuelto, se agita el amor humano. El amor divino va con la muerte, en trance de desaparecer, de enterrarse. El amor humano juega alegre y seguro con la vida que le pertenece.

En la lucha de los dos amores, el más alto, aunque en retirada, no deja de testimoniar su presencia. El siglo deberá aún sorprenderse de los postreros fulgores del ascetismo. Un Martín de Aranda Valdivia y un Horacio Vechi, misioneros jesuitas, entregarán alegres sus vidas en manos de la ferocidad araucana que quisieron doblegar por la fe. Un gobernador, Martín de Mujica, ordenará repartir sus bienes entre los damnificados por el terremoto de Santiago, aspirando sólo a conservar un hábito franciscano para mortaja. Años después de muerto se encontraría aún incorrupta la diestra con que ejerciera la magnificencia y la caridad. En fin, un Alonso de Ovalle, preferirá al goce de un pingüe mayorazgo la sotana jesuita y, deleitándole la contemplación de la belleza, irá, no obstante, a buscar la compañía repugnante de los negros esclavos para servirles.

En la fe religiosa que permanece intacta y arraigada va, no obstante, decreciendo el espíritu heroico. El mun-

do comienza a deslizarse en claustros y altares y a dejar en ellos prendida la marca de sus atracciones. El adorno de los templos se trueca en rivalidad de las órdenes. Unos muestran sederías chinescas y otros hermosos retablos, y el de la Compañía de Jesús, en el decir de Ovalle, "parece todo una lámina de oro". Cristo, María y los Santos, con sus imágenes realistas, de faz trágica y sangrante, como el Señor de la Agonía de San Agustín, o vestidas de ricas telas como las muchas estatuas de Nuestra Señora, pierden el velo del misterio y se tornan con sus rostros expresivos, familiares y accesibles. También las procesiones demuestran la acentuada humanización de la fe. En la Semana Santa se multiplican sin fin y siempre con un sello de marcado dramatismo. Así, la Virgen de la Soledad es conducida por la cañada de Santiago en completo silencio, apenas interrumpido por el golpe contrito de los pechos. De súbito la imagen se anima, parece buscar a su Hijo y al no encontrarlo y presentir su triste fin, se lleva a los ojos un paño como para enjugar el llanto. Entonces irrumpe la música y con ella las manifestaciones conmovidas del pueblo.

El siglo, al humanizar en extremo la figura de los santos, acaba por sentir la urgencia de buscar en el simbolismo el contrapeso a la espiritualidad perdida. Los autosacramentales, en que se glorifican de manera abstracta los misterios cristianos, conducen a este fin. Pero también aquí llegará el humanismo a introducir, junto a la exaltación de los dogmas, el recuerdo de los dioses de la mitología pagana. Las fiestas que dispone en 1633 el gobernador Lazo de la Vega, para agradecer a San Francisco Solano su mejoría, llevan muy marcado este acento del barroquismo.

Frente a estas manifestaciones puras o contaminadas

del amor divino, el amor humano se ensancha y reclama un sitio de honor como la más preciada conquista del siglo. Al fin, la centuria precedente, llena de la épica, sólo había vibrado ante los azares y triunfos de la caballería, y Ercilla se cuidó de decir en los primeros versos de *La Araucana* que el objeto de su poema era destacar el valor y las proezas "de aquellos españoles esforzados" y

*No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados;
ni las muestras, regalos y ternezas,
de amorosos afectos y cuidados.*

Ahora, en cambio, Francisco de Pineda Bascuñán saldrá por los fueros del pospuesto amor humano y en su "Cautiverio Feliz", enmarcado en un clima semipastoral, recordará la pasión que supo inspirarle a la hija del cacique Maulicán, su apresador en el combate de las Cangrejas. Idilio, más que platónico, imposible, en que el amado busca en la fría pasividad un broquel para su continencia que, como nuevo don Quijote, teme ver amenazada.

Pero el amor no va a quedar constreñido, de grado o por fuerza, a los solos límites de la idealización. Los reclamos de la carne harán también en él violentas desgarraduras y esta sociedad, en que al decir de Fray Gaspar de Villarroel, "no hay quién no se escandalice que una mujer hable con un hombre en la calle", se entregaría a menudo al adulterio. Es cosa para conmover a la Audiencia y los Obispos; pero sus esfuerzos no logran impedir que a veces el vicio salpique los mismos estrados del supremo tribunal y llegue hasta la santidad de los altares.

Epoca del sosiego perdido, del salvarse y desaparecer continuos, en que las rutas disonantes ofrecen su atractivo de vértigo a la búsqueda de la verdad y la belleza. Sor Juana Inés de la Cruz, la musa mexicana, había dicho

*Que es una línea espiral,
no un círculo, la armonía,*

y todo el siglo de España y América haría de la engañosa paradoja el norte de sus ensueños. Epoca del desdoble cruel de la realidad y el ideal, en que el sol del imperio ya baja del cenit y las últimas águilas austríacas se esfuman en la noche embrujada. Hora que no se va sin dejar el taladro de la duda y en que el desengaño pone su hiel hasta en la pluma limpia del vate cautivo, Pineda Bascuñán. Hora que para éste suena a desarraigo, a trueque de todos los valores acogidos y en que, implacable

*...el tiempo mueve
lo que firme parece al pensamiento.*

SIGNO E IMAGEN DEL MEDIOEVO

En la movida superficie de la historia occidental emerge durante la alta Edad Media el primer intento de cultura cristiana.

Puede ella presentarse como la respuesta dada por el genio latino al mensaje cristiano. Ciertamente que en su materia prima no es extraño el elemento germánico, pero su aporte resulta todavía escaso y tímido. Lo que domina, lo que le da el estilo a esta primera concreción temporal de lo cristiano en Occidente, es el sentido latino de armonía y orden, depurado de su primitiva frialdad e inmanentismo. La incursión que allí ha realizado el elemento cristiano ha traído consigo un equilibrio entre la pasividad de las formas clásicas y la dinamicidad y trascendencia de la fe.

La iglesia románica es la manifestación de este nuevo sentido de la vida. Sus columnas engarzadas por los arcos de medio punto que conducen al altar, dan la sensación de que los diversos miembros del cuerpo social se encaminan unidos hacia Dios. También su pensar y querer. Es la liturgia. Esta oración común, unitaria, objetiva, viene a ser para el hombre románico lo que el arco de medio punto para las columnas de la catedral: el ligamento que lo une con sus semejantes en una paz poderosa que es la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo.

La cultura románica guarda correspondencia con el espíritu benedictino entonces dominante. Esencialmente objetivo y mesurado, contempla los misterios de Cristo con ausencia de sentimentalismos; toma al hombre en su

ubicación terrena y sin desprenderlo de la vida corriente inyecta en el mismo un hálito de eternidad. De esta manera, el hombre románico, sin abandonar su existencia, ni someterse a pruebas heroicas, incuba en la vida normal el reino de Cristo. Pero la cultura románica, expresión de unidad, de armonía, de orden, de jerarquía de los valores, debía resultar estrecha para el alma germánica, abierta de suyo a lo cósmico y enfocada a lo metafísico. Una nueva cultura, la gótica, que coge el dinamismo ilimitado y violento del germano, viene a sustituir la medida y el equilibrio latinos.

Si la cultura románica es en esencia una cultura horizontal, la gótica en cambio es vertical. La aspiración de eternidad emerge aquí vigorosa. En la formación del espacio dentro de la catedral gótica y en el sostenimiento misterioso de las bóvedas va contenido el anhelo de infinitud de la intuición mística, la huida presurosa del hombre de las estrecheces del tiempo a las liberaciones y amplitudes de lo eterno. Pero, como advierte Wörringer, la catedral gótica no sólo es mística sino también escolástica. El hombre gótico no necesita de la razón para engendrar su fe, pero se vale de la razón para confirmarla. El objeto de la filosofía, al decir de Santo Tomás, era "imprimir en el alma el orden total del universo y de sus causas". Si la mística había alcanzado a la divinidad en un vuelo maravilloso de amor, la escolástica debía conducir al mismo punto a través del razonamiento. De esta manera ambas llegan a idéntico resultado, pero por diferentes caminos. Y mientras el interior de la catedral gótica es un elogio a la ascensión mística, el exterior, con su complicado sistema de arbotantes y contrafuertes, que apoyan y sostienen el peso de las bóvedas, es una imagen de la escolástica. Interior y exterior de la catedral,

empleando distintos recursos, llevan a la misma sensación de lo infinito, como mística y escolástica, a través de diversos caminos, desembocan en Dios.

Mientras el hombre románico respetó la naturaleza y mantuvo la distinción nítida entre lo temporal y lo eterno, el hombre gótico intentó el esfuerzo paradójico de concretar lo infinito, de cogerlo en el marco de lo tangible. Y la catedral gótica tenía así que dar la sensación de obra inacabada, de algo que, iniciado en la tierra, se escapaba pronto al hombre de las manos para esfumarse en el azul sin límites. Esta carrera de la cultura gótica tras la plasmación de lo infinito debía operar en su seno un movimiento progresivo de deshumanización. El equilibrio producido por el engarzamiento en el hombre de la naturaleza y de la sobrenaturaleza acaba por quebrarse. El cristiano se aparta de aquella como de una fuente de pecado; quiere huir de sí mismo y esconderse en el regazo de Dios. La envoltura corporal es el emblema de una cárcel en que se estrecha y atormenta a esa partícula de lo divino que es el espíritu y toda la vida cristiana se resuelve así en un continuo pugnar del alma esclavizada que busca desasirse de su cadena para volar a las cimas trinitarias. Matías Grünewald ha expresado como pocos en el arte, ese estrangulamiento desesperado, esa repugnancia del hombre a la naturaleza caída.

El impulso de ensanchar el factor divino a costa del elemento humano y de los medios naturales, debía acabar por anular totalmente el papel del hombre, por arrebatárle su libertad, por sumirlo en la impotencia de influir en su destino y llevarlo a proclamar, con la herejía protestante, la doctrina de la fe sin obras como única fuente de salud.

La decadencia de la cultura gótica no produjo, sin em-

bargo, una resultante uniforme. Ya en los tiempos de esplendor de esa cultura hubo exponentes como Santo Tomás de Aquino, que representaron la armonía perfecta de la naturaleza y de la sobrenaturaleza, y hubo también otros como San Francisco y el Giotto que, lejos de rehuir a la naturaleza como fuente de pecado, se acercaron a ella para glorificar en la misma la obra maravillosa de Dios. Pero también en ese retorno a los valores humanos llega a operarse un proceso de desequilibrio. El hombre, al dirigir cada vez más su mirada al mundo circundante, ha ido generando en el curso de la Edad Moderna su emancipación gradual de la dependencia divina, ha acabado por olvidar a Dios y sustituirle en su papel de Providencia.

Una expresión plástica de este cambio sufrido por el hombre en su tránsito de los tiempos medios a los modernos, la proporciona la visión comparativa de la escultura gótica con la escultura renacentista. La escultura gótica es el fruto de la vida interior aplicada a la piedra. Lo material, lo corpóreo, juega en ella poco o ningún papel. Es la expresión de lo espiritual, de lo trascendente lo que allí se busca. Su valor no es aislado, sino en función del conjunto arquitectónico. Su importancia estriba en el hecho de estar incorporada a una unidad indivisible que es la catedral. En cambio la escultura del Renacimiento constituye en sí misma un todo, una individualidad independiente. Lo que en ella se advierte es el culto de las formas humanas, el predominio de lo natural liberado de todo trascendentalismo y abstracción. La cultura renacentista adquiere un valor en sí, desvinculado del conjunto, a igual que el hombre moderno que al romper los vínculos de la vida social y religiosa afirma su propia y particular exaltación.

Contra las amplias visiones medioevales, el alma del tiempo nuevo ha venido a oponer delimitadas concreciones particularistas. Ya no es lo eterno y trascendente, sino lo contingente e inmediato lo que absorbe e inquieta. Pero esto no puede llenar al hombre de inagotada receptibilidad, que sufre la estrechez opresora del tiempo y que en la apostasía de hoy ve cortados todos los cables de la esperanza. "De este mal —ha dicho con razón Paul L. Landsberg— sólo pueden curar al hombre moderno las palabras maravillosas de la liturgia que, fielmente conservadas durante siglos, comienzan hoy a adquirir nueva resonancia: "Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum. Amén". En esta sencilla frase litúrgica está el enlace con lo eterno, que el hombre de la Edad Media sentía y que tanta falta nos está haciendo a los modernos".

PROLEGOMENOS A UNA CULTURA HISPANOAMERICANA

El reino de Dios, principio y fin de la historia, es un proceso unitivo que se refracta en el tiempo en diversos estadios, correspondiendo a la Epoca del Hijo, preparada desde ahora por el Espíritu Santo, la máxima expresión del plan dentro del tiempo. Ella es, pues, el término de la historia e importa la concreción de la cultura objetiva. Pero el hombre, que a imagen de la Divinidad ha de guiarse por el amor, que es impulso poderoso de comunicación y actividad, no puede sin traicionarse a sí mismo esperar pasivamente la realización del ideal objetivo de cultura. Sobre él descansa la grave obligación de anticipar en cierta manera con la caridad el establecimiento del reino de Dios, de correr a su encuentro y trasplantar del venero ilimitado de la cultura objetiva el máximo de valores al plano del tiempo. Sin duda que la verificación plena del ideal no la alcanzará nunca el hombre por sí mismo, pues es tarea reservada al Verbo. Pero su correspondencia de amor a este último quedará medida por la mayor similitud que con la cultura objetiva del reino de Dios tenga la expresión que haya sabido darle a la vida social. "La tarea, pues, que le incumbe al cristiano en su actividad temporal —ha resumido con razón Maritain— no es la de hacer de este mundo mismo el reino de Dios, sino de hacer de este mundo, según el ideal histórico exigido por las diferentes edades y, si puedo decirlo, por las mudanzas de éste, el lugar de una vida terrestre verdadera y plenamente humana, llena de defectos, seguramente, pero también llena de amor, y cuyas

estructuras sociales tengan como medida la justicia, la dignidad de la persona humana, el amor fraternal, y que por tanto prepare el advenimiento del reino de Dios de una manera filial, no servil, esto es, por el bien que fructifica en bien, no por el mal, que al ir a su lugar propio, sirve al bien como por violencia". ("Humanisme intégral", p. 44).

Corresponde de esta manera al hombre la misión de elaborar una cultura que contenga en germen los grandes valores de eternidad, de dar en el tiempo concreciones al orden objetivo. Pero la idea de orden, que implica perfección, trasladada al plano temporal pierde su sentido absoluto. El ser, para considerarse perfecto, necesita alcanzar la posesión de su fin y el hombre no adquiere este último sino en el reino eterno de Dios. En el plano meramente temporal e histórico el ser racional puede conseguir sólo una perfección relativa, mas no la plena que le está reservada para la eternidad. Por otra parte, el hecho de hallarse dotado el hombre, a diferencia de los demás seres, de libertad, da ocasión a que abusando de la misma, viole las leyes divinas y se aparte del orden objetivo. De ahí que toda expresión subjetiva de la cultura no pase de ser más que un ensayo inacabado y defectuoso. En él tendrán que convivir el trigo y la cizaña, porque el tiempo de la separación aún no ha llegado. La mayor o menor similitud del esfuerzo cultural con el modelo objetivo dependerá, pues, tan sólo de la mayor o menor caridad y fidelidad a la Gracia de parte de sus forjadores.

Las concreciones del ideal de cultura no revisten, por otra parte, caracteres de identidad, sino de simple analogía. Al hombre, de suyo circunscrito en su poder, no le es dado agotar la riqueza multiforme de la Divinidad. El

santo, que al albergar con máxima fidelidad en el débil vaso de su cuerpo una llamada del amor divino, ha conseguido anticipar en el límite de lo posible las categorías del reino, no ha logrado sino coger uno que otro aspecto de la indefinible Trinidad. Ningún santo agota la especie y la unidad de Dios parece esparcirse con deleite en los múltiples tipos de santidad. Y así como lo santo no se da dentro de un tipo idéntico sino en el margen de lo analógico, las culturas cristianas, de las cuales el santo es la obra más acabada de perfección y en quien mejor se refleja su estilo propio de vida, si bien se entrelazan en la unidad de los principios que las mueven, difieren en las formas de realización concreta que dan a los mismos. Mirada desde el ángulo objetivo, la cultura cristiana es sólo una; observado en cambio el panorama histórico, donde el hombre forja la dimensión subjetiva del ideal, fácil es reconocer en él tipos diversos de cultura cristiana con sus modalidades propias y su genuino e inconfundible estilo. La cultura románica, la cultura gótica y la cultura hispana de los siglos XVI y XVII son otras tantas expresiones del común anhelo sentido en diversas edades y en diversos pueblos de trabajar de manera filial en el advenimiento del reino de Cristo.

Siendo la forma sustancial de toda cultura cristiana de estirpe universalista, ella no está ligada a ninguna época ni a ningún pueblo determinados. Cultura cristiana es sinónimo de vida humana sobreelevada por la Gracia y, por consiguiente, es capaz de florecer en cualquier clima histórico. Pretender circunscribir la forma cristiana a un tipo de cultura, al punto de creer que no es posible asimilar en toda su intensidad el elemento cristiano si no se da éste en un determinado envase cultural, es desconocer su origen divino y rebajarlo a un mero valor inte-

lectual, producto del hombre. La materia prima de una cultura es de arraigo genuinamente humano y como tal, mudable. La suma de factores filosóficos, políticos, económicos, científicos y artísticos que la constituyen, pueden sufrir las mayores modificaciones. En cambio la forma sustancial cristiana es algo intangible, que trasciende a las variaciones del tiempo y se conserva siempre como un instrumento vivo de activación de la materia prima humana cualquiera que sean las modalidades de ésta.

Descendiendo de los principios generales a toda cultura, que hemos esbozado apenas en estos apuntes, a la esfera de su aplicación en la realidad histórica de América, podemos constatar que tan sólo en los tiempos coloniales despuntó en estas latitudes el intento de una concepción universal y humana de la vida, alentada por la savia del cristianismo.

La cultura hispana produjo en las tierras vírgenes de América una floración particularísima. Más vigorosa y perfecta que las formas de vida indígenas, no aniquiló, sin embargo, a estas últimas, sino que incorporó al propio patrimonio la suma de sus valores esenciales. De esta manera, la policromía española, al trasplantarse al Nuevo Mundo y absorber el elemento autóctono, adquiere un matiz de expresión más lozano y exuberante. Comienza poco a poco a despuntar en el vasto imperio ultramarino un sentido del vivir y un estilo de existencia de relieves nuevos que sin llegar a emanciparse de la cultura hispana mantiene con ésta una correspondencia filial análoga a la de los primeros pasos del gótico respecto de la cultura románica. Lo hispanoamericano, lo indiano, alcanza en la precisión de sus contornos a dar el milagro de los templos y palacios de México y Potosí,

de Quito y el Cuzco; a entrelazar el ojo castellano de Alonso de Ovalle con el paisaje chileno; a anhelar con el genio de Manuel de Lacunza la realización completa del reino de Dios; a producir la emoción y el movimiento de las tallas quiteñas del Padre Carlos y de las telas de Miguel de Santiago y de Gorívar; a guiar la pluma del Inca Garcilaso en los "Comentarios Reales" y de Juan Ruiz de Alarcón en las letras del tinglado; a formar, en fin, el escenario de divina heroicidad de Rosa de Lima, de Martín de Porres y de la Azucena de Quito.

Cultura en mera gestación, la hispanoamericana no logra su deseada madurez. La ola de apostasía de los propios valores, que viene de la Madre Patria, va segando el fuego interior de su espíritu, y la independencia política ha de concluir por dar muerte a los últimos impulsos de fecundidad. Al excluir todo lo español y al abjurar del común patrimonio recibido, las noveles naciones van aflojando poco a poco sus lazos hasta constituir lo que con amarga ironía se ha llegado a denominar los Estados desunidos de América.

Y el vacío de la unidad vital ha pretendido llenarse con la ficticia y mecánica invención del panamericanismo. Para el hispanoamericano carente de fe, la doctrina Monroe debía presentársele como un refugio en su inferioridad. Sugestionado de su impotencia acabaría por confiar su defensa a manos más fuertes. De esta manera, al abdicar de su independencia espiritual y al borrar dentro de sí el sello de lo propio e inconfundible, vino a parar en mero apéndice de la gigantesca usina yankee.

Pero el intento panamericano de infundir en el cuerpo del Quijote un alma de mercader debía traer a la postre una reacción de falso e incompleto contenido. La exaltación del indio como forma de la cultura americana, tal

es el canon sustantivo de la nueva tendencia. Rehúye la tutela anglosajona en un legítimo impulso de libertad, pero a la vez abandona y desconoce lo español como factor determinante en la convivencia de los pueblos del Nuevo Mundo. Y nada resulta, después de todo, más necio y ajeno a la realidad histórica americana que esta actitud indigenista que, tras su apego a lo autóctono, estático por esencia y carente de visión universalista, pretende expulsar del solar americano el factor hispano, olvidando que él se ha adentrado por proceso de siglos y ha llegado a constituirse en elemento medular. Desdeñar las nobles raíces españolas que vinieron a injertarse de manera tan decisiva en la realidad americana, es destruir algo del propio ser, es negarse a sí mismo, es rehusar al fin el sello perenne de la universalidad católica que trajo consigo la cultura hispana y que es supuesto indispensable de toda unión entre los pueblos y de un verdadero respeto a la persona humana.

La América española tuvo conciencia de sí misma cuando vivió en el imperio la línea de su destino histórico. Tan sólo entonces hubo en ella verdadero sentido de unidad, de unidad vivificadora y fecunda que nacía del interior, no de cohesión panamericana que, como artificial, mecánica e impuesta desde fuera, es motivo de esterilidad y servilismo. Contra un indigenismo romántico y marxista, contra un panamericanismo imperialista y sin alma, cabe pues oponer la confiada afirmación del patrimonio hispanoamericano. Pero no se trata de remontar la corriente de la historia. Los acontecimientos del pasado están yaidos para siempre. Lo que cabe es abandonar los caminos mercenarios y actualizar, no de manera idéntica sino analógica, los valores eternos que alimentaron en América el único esbozo de verdadera y genuina cultura continen-

tal. Y esa es la tarea básica de la nueva generación católica, obligada a infundir en las relaciones sociales, por encima de los prejuicios políticos, de razas y de clases, un hálito de honda justicia y de viviente caridad.

MUERTE Y RESURRECCION DE ISRAEL

Toda la vida de Israel emerge de la unidad divina, se funde en las esencias de la eternidad. Ningún otro pueblo de la tierra puede decir como él que su historia es la historia misma de Dios. Sus movimientos, sus actitudes se realizan en un tan íntimo contacto con la vida de la Divinidad que con razón ha de advertirse en ellas un huir de las fluctuaciones y contingencias del tiempo, para clavarse de manera perpetua en la inmutabilidad de Dios. Y así como para Dios todo se resuelve y acontece en un solo acto, para Israel su historia se confunde con el continuo presente divino. Su símbolo e imagen acabada es el profeta, ese hombre que es nudo atador en un presente interminable de la edad ya ida con la esperanza del futuro. Sus movimientos serán al servicio de Dios o sus obras contra Dios, pero nunca puede rehuir Israel estar con Dios. Su mismo nombre le viene de la fuerza para afrontar al Eterno. Cuando Jacob lucha hasta el amanecer contra el Angel del Señor, éste le dice: "No ha de ser ya tu nombre Jacob, sino Israel; porque si con Dios te has mostrado fuerte, ¿cuánto más prevalecerás contra los hombres?" (Gen. XXXII, 28). He aquí el misterio del pueblo judío, duro de cerviz y resistente a los designios de Dios, que no hallará paz, como Jacob su Padre, hasta que exclame con éste al término del combate: "He visto a Dios cara a cara y mi vida ha quedado en salvo".

La vocación de Israel parece haber nacido con el mundo. Hay ya en los hijos de Noé toda una predestinación, todo un señalamiento de rutas de acentuada diversidad. En Canaán el hijo de Cam, se ensañará la maldición del Patriarca, que hasta hoy pesa sobre sus descendientes africanos: "esclavo será de los esclavos de sus hermanos". Sem, el antecesor de los judíos, recibirá en cambio, una bendición especial; le será a él confiada la guarda de la revelación divina, la conservación de la verdad religiosa: "Bendito sea el Señor Dios de Sem". A Jafet, padre de los arios, le es a su vez prometida la expansión universal, el dominio sobre la faz de la tierra; pero el conocimiento del verdadero Dios lo irá él a encontrar a la casa de Sem: "Dilate Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem" (Gen. IX, 24-27).

En el transcurso del tiempo la profecía de Noé va adquiriendo contornos de mayor precisión. Ha de ser en la persona de Abraham, uno de los descendientes de Sem, en quien Dios acentuará la promesa de segregar para sí, de reservar para su servicio la cimiento que de él nazca. "Estableceré, le dice el Señor a Abraham, mi pacto entre mí y entre ti y tu posteridad después de ti en la serie de sus generaciones, con alianza sempiterna, para ser el Dios tuyo y de la posteridad tuya después de ti" (Gen. XVII, 7). Y en otra oportunidad le agrega: "En un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gen. XXII, 18). El camino del futuro ya está trazado: el Señor ha ungido a toda una generación y la ha predestinado para engendrar en su seno al Mesías, que ha de manifestarse y someter bajo su cetro a todos los demás habitantes del orbe. Por eso el mismo

Dios, para señalar la importancia de la promesa hecha al Patriarca de Ur, cambia a éste su nombre de Abram, que significa "padre excelso", en Abraham, que quiere decir "Padre de muchos pueblos" (Gen. XVII, 5).

No se funda la dilección de Dios por la raza de Abraham en los particulares méritos de ésta, sino en un escoger gratuito de su voluntad. "Sólo conocí a vosotros —dice el Altísimo— de todos los linajes de la tierra" (Amós. III, 2). Entre los sucesores del Patriarca no es a Ismael ni a Esaú a quienes el Señor escoge por herederos de la promesa, sino a Isaac y a Jacob, para indicar bien claramente que la filiación sacerdotal, que la elección por El practicada no se subordina a los dictados de la carne, a los humanos derechos de primogenitura, sino que arranca de su sola y absoluta voluntad. Y porque no son obras ni virtudes las que fundan la promesa, sino el querer libre de Dios, éste exige una adhesión incondicional, una confianza ciega en su palabra: "Creyó Abraham y reputósele por justicia" (Gen. XV, 6)¹.

Israel ha de ser un pueblo de servidores del Altísimo, una nación sacerdotal, una grey de santos: "Puesto que soy el Señor Dios vuestro, sed santos vosotros, pues que yo soy santo" (Lev. XI, 44). Para sostener en su camino

¹ "Dios justifica por la fe como canal de la gracia. La inmutabilidad de la fe aparece sobre todo en la justificación del Padre de los creyentes: "Creyó Abraham y reputósele por justicia"... No dice que la fe sea el equivalente de la justicia, porque entonces esta imputación sería de derecho, siendo que es, según él, un acto gratuito (Rom. IV, 16)... Dios no reconoce la equivalencia entre la fe y la justicia, pero la acepta por gracia; su misericordia llena el déficit. Sin embargo, como sus dones no son ilusorios, la justicia imputada por él al hombre llega a ser en verdad cosa y propiedad del hombre"... (F. Prat: *La théologie de Saint Paul*, vol. II, págs. 296-297).

a este peregrino de eternidad, para señalarle la ruta que ha de desembocar en la salud del Mesías, le ha sido dada la Ley. Ella no sustituye a la promesa, ni puede en manera alguna superarla. Es tan sólo una brújula en la larga noche de espera. Sus mandamientos son los hitos que van diseñando la senda, que van preservando de las caídas y emboscadas del enemigo. La ley es tan sólo un medio, es algo negativo; pero el pueblo israelita, que busca concreciones humanas y carnales de los designios de Dios, la eleva al rango de fin y olvida su filiación de gracia y la justificación de Abraham por la fe, para imaginarse santo y puro por la virtud de la sangre. En él comienza a incubarse un deseo de dominio temporal, una ambición de superación política sobre todas las naciones de la tierra. Quiere también como ellas tener un caudillo, un jefe, un rey y olvida que está llamado a más altos designios, que el triunfo que el Señor quiere de ellos es de índole trascendente y no sensual, que, en fin, Dios lo ha reservado para sí, lo ha destinado para erigir en él su trono de justicia y de paz. Cuando Gedeón vuelve victorioso de su lucha contra Madián, los israelitas quieren proclamarle como rey; pero él, que había penetrado en el destino suprahumano de su pueblo, contestó: "No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo; sino que el Señor será quién domine sobre nosotros" (Jueces VIII, 23). Pero las estructuras terrenales siguen atrayendo y sugestionando al pueblo. "Constitúyenos un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones", le dice al anciano juez Samuel. Y cuando éste comunica con pesadumbre al Señor los deseos de Israel, oye de Dios estas hondas palabras que involucran la revelación de todo un inmenso plan que el orgullo humano pretendía frustrar: "Escucha la voz del pueblo y condesciende a todo

lo que te pide porque no te han desechado a ti, sino a mí para que no reine sobre ellos" (I Sam. 5 y 7). Tendrán monarcas los judíos, conforme a sus deseos "de ser como todas las naciones", pero también la voluntad de Dios se cumplirá: el Cristo, el Mesías prometido, retoñará de la simiente real: a él dará el Señor "el trono de David su Padre y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin" (Luc. I, 32).

Sin fuerza para soportar la tiranía de pueblos dominadores, anhelante de gozar de una libertad que vengara la opresión sufrida y enceguecido por la ambición de humano poder y las ansias de hegemonía política, Israel suspiraba por el Mesías vencedor y se alimentaba con las promesas de triunfo derramadas por sus profetas. Es verdad que junto a las predicaciones de la victoria del Mesías, aparecían también claramente consignadas las de sus dolores y su muerte. Pero estas últimas debían quedar oscurecidas y olvidadas frente a las primeras. De manera casi insensible había llegado Israel en su mente carnal a invertir el orden de las cosas y a transformarse, de instrumento del plan de Dios, en monopolizador de las gracias divinas para el logro de sus ambiciosas miras terrenales. De ahí que la presencia de un Mesías pacífico, perdonador, sufriente y humillado, tan sólo debiera producirle escándalo y repulsión.

De nada importó que en Jesús se cumplieran las señales mesiánicas consignadas por los profetas: el nacimiento en Belén: "Y tú, ¡oh, Belén Efrata!, tú eres pequeña respecto de las principales de Judá: de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fue engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad" (Miqueas, V, 2); la milagrosa concepción en el seno de una virgen: "Una virgen concebirá y parirá un hijo

y su nombre será Emanuel" (Isaías VII, 14); el origen de la familia de David: "Y saldrá un renuevo del tronco de José (Padre de David) y de su raíz se elevará una flor" (Isaías XI, 1); el advenimiento en la época de terminación de la regencia judaica: "El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado y éste será la esperanza de las naciones" (Gen. XLIX, 9); el haberse cumplido el plazo fijado desde la reedificación del Templo de Jerusalén después del retorno del cautiverio de Babilonia: "Desde que saldrá la orden que sea reedificado Jerusalén, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas y setenta y dos semanas y será nuevamente edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia" (Dan. IX, 25). Todas estas señales, que lograron ser intuitas en virtud de la gracia de Dios por los corazones puros y sencillos se escaparon a las mentes rebosantes de soberbia. En su ceguera llegaron a suponer desmentida la misión providencial de Jesús con el hecho de su oprobiosa muerte sin imaginar que esos mismos dolores y humillaciones pasarían a constituir la prueba más irrefutable de su carácter mesiánico y del cumplimiento en él de todas las profecías. Porque Isaías había dicho del Cristo: "Será despreciado y el deshecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer: y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él... nosotros le reputamos como un leproso y como un hombre herido de Dios y humillado... conducido será a la muerte como va la oveja al matadero y guardará silencio sin abrir siquiera su boca, como el corderito que está mudo delante del que le esquila. Después de la opresión y condena fue levantado en alto..." (Isaías, LIII, 3-10). David había puesto por su parte, en

labios del divino ajusticiado estas palabras: "Todos los que me miran, hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza, diciendo: En el Señor esperaba; que le liberte; sálvale ya que tanto le ama...". "Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica" (Salmo XXI, 8 y 19). "Presentáronme hiel para alimento mío y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre" (Salmo LXVIII, 22). Y Daniel (IX, 26-27), en fin, había predicho claramente el tiempo de su muerte y la destrucción posterior de Jerusalén: "Después de las setenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo, el cual le negará. Y un pueblo con un caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin será la devastación; y acabada la guerra quedará establecida la desolación".

Pero Israel, que tuvo la misión de esperar al Mesías, que tuvo el privilegio de conocer por revelación divina todas las señales de su advenimiento, se halló frente a él y le desconoció. En vano clama el Deseado, "porque yo vine al mundo y no hubo nadie, llamé y no hubo quien escuchase" (Isaías L, 2). Y al ser desoído por los suyos se dirige entonces El a la gentilidad para comunicarle su salud: "hánme hallado aquellos que no me buscaron" (Isaías LXV, 1). Pueblo sacerdotal, ungido por el Altísimo para servir la esperanza del Redentor, nación de santos en la que había de reinar Dios, reniega Israel de su sagrada investidura y de su destino trascendente, para abrazarse a la corrupta contingencia terrenal. Sobre su dura cerviz se descargará la ira del Rey desechado, hasta que sea llegada la hora en que también se posará sobre ella la dulce mirada de eterna misericordia. Como el Patriarca Jacob, ha de dormirse Israel sobre la piedra por él desechada y que para los gentiles llegó a ser piedra

angular, hasta el día del despertar alborozado en que pueda exclamar como aquél: "Verdaderamente que el Señor habita en este lugar y yo no lo sabía... verdaderamente ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo" (Gen. XXVIII, 16-17).

ISRAEL ENTRE LAS NACIONES

Hay en los libros santos una figura trágica que en su arrastrar doloroso parece llevar prendida la faz angustiada y el quebrado destino de Israel. Sobre la conciencia de ese hombre Caín, se dobla el peso agotador de la sangre inocente y emerge el fantasma sombrío de la injusticia que clama. Quiere librarse de su atroz tormento y entonces huye, huye sin rumbo, con locura y desesperación de salirse de sí mismo. Quiere fundirse entre los demás, perderse en la turbamulta que le desconoce. Pero también allí siente los agudos pinchazos del aguijón y ve venir a cada instante el castigo, la represalia, la muerte. La sentencia del Señor le zumba en el oído día y noche: "La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí... errante y fugitivo vivirás sobre la tierra". Y Caín en las contorsiones de su prolongada agonía interior, gime aterrado: "He aquí que tú hoy me arrojas de esta tierra y yo iré a esconderme de tu presencia y andaré errante y fugitivo por el mundo; por tanto, cualquiera que me hallare me matará". Pero el Señor no quiere el aniquilamiento de Caín, por el contrario, su perduración ha de servir de testimonio viviente del crimen cometido. Por eso responde al fratricida: "No será así; antes bien, cualquiera que matare a Caín lo pagará con las setenas. Y puso el Señor en Caín una señal para que ninguno que le encontrase le matase" (Gen. IV, 10-15).

Como nuevo Caín, Israel, que lleva las manos manchadas con la sangre del justo, es empujado también fuera de su tierra y esparcido por el mundo. Pero, al igual que el primero, no se mezclará ni confundirá entre las naciones, sino que se mantendrá incontaminado como un testigo perenne de la voluntad de Dios.

La predicción de Daniel de que después de la muerte del Mesías un pueblo extranjero vendría a poner sitio y destruir la ciudad y el Santuario de Jerusalén, debía cumplirse a la letra y con los horribles detalles que muchos siglos antes señalara también el legislador Moisés: "Desde un país remoto, del cabo del mundo, hará venir el Señor contra ti con la rapidez que vuela el águila, impetuosamente, una nación cuya lengua no podrás entender; gente sumamente procaz, que no tendrá respeto al anciano ni compasión al niño; y que devorará las crías de tus ganados y las frutas de tus cosechas, de suerte que perezcas; pues no te dejará trigo ni vino, ni aceite, ni manadas de vacas, ni rebaños de ovejas; hasta que te destruya y aniquile enteramente en todas tus ciudades y queden arruinadas en toda tu tierra esos altos y fuertes muros en que ponías tu confianza. Quedarás sitiado dentro de tus ciudades en todo el país que te dará el Señor tuyo, y llegarás a comer el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que te hubiere dado el Señor Dios, por la estrechura y desolación a que te reducirá tu enemigo" (Deut. XVIII, 49-53).

Había llegado para la nación israelita la hora trágica que anunciara Dios por boca de sus profetas: "No tendrá compasión de sus hijos, porque son hijos de fornicación. Puesto que la madre de ellos es una adúltera, ha quedado destruida la que los parió... Por esto yo me portaré de

otro modo... y haré cesar todos sus regocijos, sus solemnidades, sus neomenias, sus sábados y todos sus días festivos... Porque los hijos de Israel mucho tiempo estarán sin Rey, sin caudillo, sin sacrificios y sin altar, sin ephod y sin terafines" (Oseas II, 4, 5, 9 y 11; III, 4). "Convertiré en llanto vuestras fiestas y en lamentos todos vuestros cantares... (a Israel) la pondré de duelo, cual suele ponerse la que ha perdido un hijo único y haré que su fin sea un día de amargura" (Amós VII, 10). "El Señor ha derramado sobre nosotros el espíritu de letargo, cerrará nuestros ojos, pondrá un velo a los profetas y príncipes que tienen visiones. Y las visiones de todos éstos serán para nosotros como palabras de un libro sellado, que cuando lo dieren a uno que sabe leer y le digan: Léelo, responderá: No puedo porque está sellado" (Isaías XXIX, 10-11).

Así dejado de la mano de Dios, el pueblo de Israel debía ser diseminado entre las naciones gentiles, donde viviría en continuo sobresalto y angustia, cumpliéndose de esta manera todas las profecías hechas sobre su enorme castigo: "El Señor, había dicho ya Moisés, te desparamará por todos los pueblos desde un cabo del mundo al otro; y allí servirás a dioses ajenos que ni tú ni tus padres conocisteis, de palo y de piedra. Aun allí entre aquellas gentes no lograrás descanso, ni podrás asentar el pie; porque el Señor te dará allí un corazón espantadizo y ojos desfallecidos y un alma consumida de tristeza. Y estará tu vida como pendiente delante de ti, temerás de día y de noche, no confiarás de tu vida. Por la mañana dirás: ¿Quién me diera llegar a la tarde? Y por la tarde: ¿Quién me diera llegar a mañana? Tan aterrado y despavorido estará vuestro corazón y tan horribles serán las cosas que sucederán a vuestros ojos" (Deut.

XXVIII, 64-67). "Quedarán todos trastornados, desde un mar al otro y desde el Norte al Oriente. Discurrirán de una parte a otra deseosos de oír una palabra del Señor y no la conseguirán" (Amós VIII, 12). "Los dispersé por todos los reinos desconocidos de ellos y quedó su país asolado, sin haber persona alguna que transitase por él. De esta manera convirtieron en un páramo lo que era tierra de delicias" (Zac. VII, 14).

Pero, aunque oprimido y humillado por doquier, el nuevo Caín ha de conservarse intacto entre los pueblos por la expresa voluntad de Dios: "Por orden mía será agitada en medio de todas las naciones la casa de Israel como se zarandea el trigo en un harnero y no caerá por tierra un solo granito" (Amós IX, 9). Y mientras los reinos que la vejan y esclavizan se desmoronan sin dejar rastro y desaparece hasta el nombre de los pueblos que la oprimen, la nación judía, aunque llagada y dolorida, aunque ciega y empecinada en su error, subsiste de manera prodigiosa y en todas partes opera como un germen activador, preñado de inquietud y agitación. Alejada de su línea providencial de pueblo de Dios, se entrega al mesianismo del mundo. Su deseo nunca cumplido de liberación y su sueño continuado de dominio temporal, la hace ser a la vez sacerdote del dinero y profeta de la revolución. "Israel, ha dicho con razón Maritain, se dedica en el orden de la historia temporal y de sus propias finalidades a una obra de activación terrestre de la masa del mundo. Está allá, él que no es del mundo, en lo más profundo de la membratura del mundo, para irritarlo, exasperarlo, moverlo. Como un cuerpo extraño, como un fermento activo introducido en la masa, no deja al mundo en reposo; le impide dormir, le enseña a mostrarse descontento e inquieto en tanto que carece de

Dios”¹. Y es que Israel no ha dicho toda su historia, no ha cumplido toda su misión. Es un sacerdote caído, pero no para siempre; una raíz santa, cuya savia no está agotada. Dio de espaldas a Dios para en vano ensayar la exaltación de un mesianismo carnal. Ha de dejar un día las cadenas del mundo, que mucha sangre y lágrimas le han costado, para remontar en la historia la corriente de eternidad de la que nunca debió salir.

EL RETORNO DE SIÓN

Extraño entrelazamiento el de los destinos de Israel y de la Iglesia. Mientras la ley y la Sinagoga debían preparar la venida del Mesías y cesaron con el advenimiento de éste en su objetivo de existencia y en la razón de su eficacia, la Iglesia toma sobre sí la tarea de conservar, en la espera del retorno del Señor, el tesoro de su divina palabra para repartirla a todos los hombres de buena voluntad. Pero en este período de la siembra, los judíos no permanecen inactivos. “Su caída ha venido a ser salud para los gentiles a fin de que les excite la emulación” (Rom. XI, 11). Si su estructura religiosa ha quedado abolida y sin efecto, el pueblo hebreo, en cuanto tal, no ha sido privado del derecho a gozar algún día de la eterna salud que por su ceguera y endurecimiento pasó a los gentiles. Israel no ha perdido su primogenitura, ni la gentilidad, por su parte, está libre de ser infiel a las gracias recibidas. Y así, mientras “del lado de los cristianos, la Iglesia sigue su vocación divina y no es el Cristianismo, sino la cristiandad, el mundo cristiano, el que ha errado

¹ Jacques Maritain: *L'impossible antisemitisme*. (En “Le Juifs”. Colección: “Présences”, Paris, Plan, 1937):

en lo temporal, sin querer escuchar la palabra de la Iglesia que, al dirigir a los hombres hacia la vida eterna, les pide que hagan avanzar la vida terrestre en el sentido del Evangelio; del lado de los judíos, es Israel como Iglesia, es el judaísmo, el que ha errado en lo espiritual”¹.

Y que el pueblo judío no ha sido repudiado en definitiva por Dios, sino tan sólo apartado por un tiempo, lo prueba con claridad la Escritura. Conforme a las leyes de Moisés, si un hombre tomaba a una mujer y después de cohabitar con ella la despedía y le daba una escritura o libelo de repudio, podía ésta tomar nuevo marido; pero, si también era repudiada por éste, no podía el primero volverla a recibir por mujer suya, “pues quedó amancillada y hecha abominable delante del Señor” (Deut. XXIV, 1). Al prostituirse con los intereses de la tierra, Israel, la esposa del Señor, fue expulsada del tálamo, pero siempre el Divino esposo conservó el derecho de volverla a llamar. Así, por boca de Jeremías le habla: “Comúnmente se dice: Si un marido repudia a su mujer y ella separada de éste toma otro marido, ¿acaso volverá jamás a recibirla?, ¿no quedará la tal mujer inmunda y contaminada? Tú, es cierto, que has pecado con muchos amantes: esto, no obstante, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré” (Jerem. III, 1). Y repite por boca de Oseas a la misma infiel: “Tendrás que esperar muchos días: entre tanto no cometerás adulterio, ni tendrás trato con ningún hombre; y yo también te aguardaré a ti” (Oseas III, 3). La misericordia del Señor, lejos está de haberse agotado para con Israel.

Imaginarse a la Iglesia como un monopolio de los pueblos gentiles, como un privilegio del que les está para siempre vedado participar a los hijos de Israel, nos parece, por otra parte, muy lejos del espíritu y de la letra

de la Escritura. Encontramos en tal actitud una alarmante afinidad con la postura de desdén asumida por este último pueblo frente a las naciones paganas. En ambos casos ha habido una tendencia a convertir la vocación de la gracia, que tan sólo se justifica por la fe, en un privilegio nacido de la sangre. Si el orgullo judaico descansó precisamente en ser la nación hebrea escogida de Dios para conservar la pureza del monoteísmo y la esperanza del Redentor, el orgullo de nosotros los gentiles ha partido del hecho de ser llamados a constituir la Iglesia en reemplazo de los primeros. Pero, si los judíos cegados por su soberbia nacionalista y su anhelo de dominación temporal, no reconocieron en Jesús sufriente y humillado al Mesías prometido y por ello, no obstante su calidad de pueblo escogido, fueron despojados de la primogenitura, ¿no mereceremos también un día los gentiles duro castigo por nuestra infidelidad en la guarda de los incomparables tesoros que nos han sido confiados por medio de la Iglesia? Hondo problema es éste que San Pablo ha dilucidado con claridad en su Epístola a los Romanos, en términos que importan un profético anuncio de la rehabilitación de Israel a la vez que una seria advertencia a la gentilidad ensoberbecida. Los judíos, se pregunta el Apóstol: "¿están caídos para no levantarse jamás?". Y responde categóricamente: "No, por cierto" (Rom. XI, 11). Sin duda, agrega más adelante, dirigiéndose a los gentiles, los judíos, "en orden al Evangelio, son enemigos por ocasión de vosotros; mas con respecto a la elección son muy amados por causa de sus padres" (Rom. XI, 28). En la misericordiosa economía divina la fe de los patriarcas es imputada a manera de mérito a los restos caídos de Israel, porque en medio del destierro y del dolor, "no ha de abandonar el Señor a su pueblo ni dejar desampa-

rada a su heredad" (Sal. 93, 14). Israel es un sacerdote apóstata, pero la unción sacerdotal que él recibió de las manos de Dios es imperecedera, "pues los dones y vocación de Dios son inmutables" (Rom. XI, 29). Por eso dice San Pablo que si las primicias de los judíos, esto es, los patriarcas, son santas, también lo es la masa o cuerpo de la nación; "y si es santa la raíz, también las ramas". Y esa misma raíz es la que sustenta al pueblo gentil, posteriormente llamado por la exclusiva voluntad de Dios y sin mérito alguno de su parte. La raíz de Sem sigue siempre bendita, aunque algunas de sus ramas hayan sido cortadas por su incredulidad y la gentilidad para comunicarse de su savia tendrá que ser injertada por la fe en esta santa raíz, cumpliéndose así la predicción de Noé de que Jafet habitará en las tiendas de Sem. Nada, pues, más injustificado que el desdén de los gentiles hacia los judíos, de los cuales ha provenido la salud. Con razón San Pablo, aludiendo al castigo de Israel y al fundamento en que descansa la vocación de la gentilidad, dice a esta última: "Si algunas de las ramas han sido quebradas y tú siendo acebuche, has sido ingerido en lugar de ellas y has sido hecho participante de la raíz y de la grosura de la oliva, no te jactes contra las ramas y si te jactas sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron quebradas para que yo fuese ingerido. Bien, por su incredulidad fueron quebradas, mas tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, antes teme, que si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco no perdone...". No fueron, pues, desechados los judíos por los particulares méritos de los gentiles, sino por perder la fe. El orgullo de los pueblos paganos de haber recibido la herencia destinada al primogénito Israel carece así de todo fundamento intrínseco. "San Pablo

dice a estos paganos: "Las ramas no han sido cortadas por ti, sino porque ellas no han creído. Tú no tienes nada más que la fe. Tú no perteneces según tu naturaleza a la gran familia de los hijos de Abraham. Si pierdes tu fe, recaes en el salvajismo de tu paganismo. Si como gentil pierdes tu fe, Dios te perdonará menos todavía que a Israel. El gentil que pierde la fe no es absolutamente nada. El judío que no cree en Cristo no cesa, en cambio, de pertenecer al noble olivo de Dios. Las palabras de San Pablo encuentran una terrible confirmación en los tiempos presentes. Los pueblos cristianos que pierden la fe decaen, en verdad, a un grado de barbarie y de pequeñez al que no pueden descender los judíos"¹. El mismo Apóstol, en otro lugar, advierte: "Uno que prevarique contra la ley de Moisés, siéndole probado con dos o tres testigos es condenado sin remisión a muerte. Pues, ¿cuánto más acerbos suplicios, si lo pensáis, merecerá aquel que hollase al Hijo de Dios y tuviere por inmunda la sangre del Testamento por la cual fue sacrificado y ultrajare al Espíritu de la gracia?" (Hebr. X, 29).

Después de tan graves advertencias San Pablo descubre a la gentilidad toda una promesa de rehabilitación para Israel: "No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis acerca de vosotros mismos arrogantes: que una parte ha caído en la obcecación hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado, entonces todo Israel será salvo" (Rom. XI, 17-25).

He aquí el misterio de la restauración de Israel, tan anhelada por los judíos y cantada por los profetas y que, contrariamente al sentido carnal de los contemporáneos

¹ Erik Peterson: *Le mystère des juifs et des gentils dans l'Eglise*. ("Courrier des Iles", 1936, pág. 61).

de Jesús, debía ir precedida, según las Escrituras, por la humillación y muerte del Mesías y había de ser el fruto de una honda transformación interior y de un cambio integral en la mente del empecinado pueblo. Las páginas de los Libros Santos están llenas de esta admirable promesa de la reunión del pueblo judío en la tierra de sus mayores: "El Señor Dios tuyo te hará volver —le dice Moisés— de tu cautiverio y tendrá misericordia de ti y otra vez te congregará de todos los pueblos por donde antes te desparramó. Aunque hayas sido dispersado hasta las extremidades del mundo, de allí te sacará el Dios tuyo y te tomará e introducirá en la tierra que poseyeron tus padres y tú la volverás a ocupar..." Y agrega Moisés este anuncio de simultánea renovación interior: "El Señor Dios tuyo circuncidará tu corazón y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que consigas la vida" (Deut. XXX, 3-6). Jeremías predice otro tanto: "Sabed que yo los reuniré de todas las regiones por donde los habré desparramado en la efusión de mi furor, de mi cólera y de mi grande indignación y los restituiré a este lugar donde los haré morar tranquilamente. Y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Y les daré un corazón y un solo culto; para que me teman todos los días y sean felices ellos y después de ellos sus hijos" (Jerem. XXXII, 27-39). Baruc, con transportes de lirismo exclama: "¡Levántate, oh, Jerusalén! y ponte en la altura y dirige tu vista hacia oriente y mira cómo se congregan tus hijos desde el oriente hasta el occidente en virtud de la palabra del Señor, gozándose en la memoria de tu Dios; porque se partieron de ti a pie llevados por los enemigos; el Señor, empero, te los volverá a traer conducidos con el decoro de hijos del reino" (Baruc VI, 5-6). Ezequiel

pone por su parte estas palabras en labios del Señor: "Yo os recogeré de entre las naciones y os reuniré de los países por los cuales habéis sido dispersados y os daré la tierra de Israel. Y volverán a ella y quitarán de allí todos los escándalos y todas las abominaciones. Y yo les daré un corazón unánime e infundiré un nuevo espíritu en sus entrañas y les quitaré el corazón que tienen de piedra y daréles un corazón de carne para que sigan mis mandamientos y observen mis leyes y las practiquen, con lo cual sean ellos el pueblo mío y yo sea su Dios" (Ez. XI, 17-30). Con el amor misericordioso del que encuentra por fin a la amada arrepentida, el Señor consuela a Israel: "No temas —le dice—, no quedarás confundida, ni sonrojada, ni tendrás de qué avergonzarte; porque ni memoria conservarás de la confusión de tu mocedad; ni te acordarás más del oprobio de tu viudez". Y le agrega esta promesa maravillosa del reinado universal del Cristo que ella deseó y que ahora recibirá alborozada: "Pues será tu dueño aquel que te ha criado, cuyo nombre es el Señor de los ejércitos, y tu redentor, el Santo de Israel, será llamado el Dios en toda la tierra. Porque el Señor te ha llamado como una mujer desechada y angustiada de espíritu, como una mujer que ha sido repudiada desde su tierna edad... Por un momento, por poco tiempo, te desamparé, mas yo te reuniré, usando de gran misericordia. En el momento de mi indignación aparté de mí tu rostro por un poco; pero, en seguida, me he compadecido de ti con eterna misericordia" (Isaías LIV, 4-8). Y la que antes, como esposa lanzada del tálamo, fue objeto de escarnio, llegará a ser motivo de admiración, sin que quede recuerdos de su caída pasada a la vista de su súbita e incomparable exaltación: "Por cuanto estuviste tú abandonada y aborrecida, sin haber quién te frecuen-

tase, yo haré que seas la gloria de los siglos y el gozo de todas las generaciones venideras... No se oirá ya hablar más de iniquidad en tu tierra, ni de estragos, ni de plagas dentro de tus confines; antes bien, reinará la salud dentro de tus muros y resonarán en tus puertas cánticos de alabanza... Ya no serás llamada en adelante la repudiada, ni tu tierra tendrá el nombre de desierta; sino que serás llamada la querida mía y tu tierra la poblada" (Isaías LX, 15 y 18; LXII, 4). "Y al que dije que no era mi pueblo, le diré: Pueblo mío eres tú; y él dirá: "Tú eres mi Dios" (Oseas II, 23-24).

Pero estas categóricas promesas de exaltación y de perdón para Israel y de restauración de su reino, ¿no se han cumplido ya, como sostienen algunos, cuando el pueblo escogido retornó del cautiverio de Babilonia, no quedando ya a la casa de Jacob esperanza de verse reintegrada en sus derechos de primogenitura?

Basta un ligero examen del texto bíblico para penetrarse del error de esta interpretación, que la vuelta de Babilonia fue apenas una pálida y anticipada imagen del prodigioso retorno de los judíos a su patria que algún día ha de verificarse plenamente, porque la palabra de Dios es indefectible. El Antiguo Testamento nos narra que ciento veintidós años después de haber sido llevadas cautivas a Asiria por el rey Salmanazar las diez tribus sistémicas que compusieron el reino de Israel, fueron, a su vez, transportadas a Babilonia por Nabucodonosor las tribus de Judá y Benjamín, que formaban el reino ortodoxo de Judá, dentro del cual se mantenía el templo de Jerusalén, que fue destruido por el invasor. Bajo el reinado de Ciro los judíos cautivos fueron autorizados para reedificar el templo y algunos miles de las tribus de Judá y Benjamín pasaron con este objeto a Jerusalén con Zo-

robabel a la cabeza. Posteriormente, en tiempos del rey Artajerjes, el sacerdote Esdras y después Nehemías, obtuvieron permiso para dirigirse a la tierra de sus mayores con algunos pocos compatriotas a objeto de reconstruir la ciudad santa. La dominación extranjera, a pesar de estas concesiones, no cesó ni un instante y en ella se sucedieron sin interrupción los griegos y los romanos, los cuales, como es sabido, la detentaban a la época de Jesús.

Ahora bien, si se tiene presente que en conformidad a la narración histórica consignada principalmente por los Libros de Esdras (I Esd.: I, 5; II, 1; IV, 1; X, 7-9. II Esd.: VII, 6) y los Paralipómenos (I Par.: IX, 3; II Par.: XV, 9) y confirmada posteriormente por Flavio Josefo y San Jerónimo, el retorno a Palestina tan sólo lo efectuaron las tribus de Judá y de Benjamín y unos pocos de la tribu de Leví y en manera alguna las diez tribus del reino ismático de Israel (que nunca volvieron de la cautividad, salvo individualmente uno que otro de sus miembros), hay que convenir en que las promesas de restauración total de los judíos y de reconciliación de todas las tribus no se han verificado jamás y que corresponde su cumplimiento a una época futura. Para entonces han de ser estas palabras de Jeremías: "En aquel tiempo la familia de Judá se reunirá con la familia de Israel, y vendrán juntas del Septentrión a la tierra que di a vuestros padres" (III, 18); las de Ezequiel: "Sobre mi santo monte, sobre el excelso monte de Israel, dice el Señor Dios, allí me servirán todos los de la familia de Israel, todos, digo, en aquella tierra" (XX, 40); y, en fin, también éstas de Isaías: "En aquel día extenderá el Señor nuevamente su mano... y reunirá los fugitivos de Israel y recogerá los dispersos de Judá, de los cuatro puntos de la tierra. Y será quitado el cisma de Efraín y serán destruidos los enemi-

gos de Judá. Efraín no tendrá envidia a Judá y Judá no hará la guerra a Efraín" (XI, 11-13). Sólo para esta época futura han de convenir también estas predicciones de la restauración de la reyecía judaica y de la liberación absoluta del yugo extranjero, circunstancias ambas que no se cumplieron con la vuelta de Babilonia: "No te dominarán más los extranjeros sino que (los hijos de Israel) servirán al Señor su Dios y a David su rey que yo suscitaré para ellos" (Jer. XXX, 8-9); y asimismo el asentamiento definitivo de los judíos en su tierra, lo que no tuvo lugar a su regreso del cautiverio babilónico, pues, como es sabido, desde la campaña de Tito fueron dispersados nuevamente y hasta nuestros días: "Y no removeré jamás a mi pueblo, a los hijos de Israel de la tierra que les di" (Baruc).

Pero a todos estos testimonios de los antiguos profetas podemos agregar otro de incomparable valor: el del propio Jesús, relativo a la destrucción de Jerusalén por los romanos y a la dispersión de los judíos después de la misma: "Cuando viereis a Jerusalén estar cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su desolación está cerca... Porque días de venganza son éstos en que se han de cumplir todas las cosas como están escritas... Parte morirán a filo de espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse" (Luc. XXI, 20-24). La destrucción de Jerusalén y sus resultados vendrían, conforme a estas palabras de Cristo, a dar realización a las profecías, precisamente porque ellas aún no se habían cumplido y estaban reservadas para este tiempo y no para el ya ido de la conquista de Nabucodonosor y del cautiverio de Babilonia. Esta dispersión de los judíos entre las naciones, no sería tampoco indefinida, sino que precisa-

mente conforme a las profecías aún no realizadas, tendría un plazo: "hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse".

Los profetas también habían determinado la reintegración de los judíos para el fin de los tiempos o de las naciones, que es preciso no confundir con el fin del mundo, pues importa sólo una etapa en la existencia de este último. Jeremías, al anunciar a Israel la gran esperanza de su restauración, dice: "Al fin de los tiempos entenderéis estas cosas" (XXX, 24). Y Oseas, más explícito, estampó: "Los hijos de Israel mucho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin efod y sin terafines; y después de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios y de David su rey y buscarán con temor al Señor y a sus bienes en el fin de los tiempos" (III, 4-5).

San Pablo, continuador fidedigno de los antiguos profetas y oráculo de Cristo entre los gentiles, afirma que "Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado" (Rom. XI, 25). El que "la plenitud de las naciones haya entrado", ¿ha de entenderse en el sentido de que previo a la restauración de Israel habrá una conversión general de todos los pueblos gentiles a Cristo? Jesús dice categóricamente, refiriéndose a esta época: "Aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente; y por la inundación de los vicios se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, ése se salvará. Entre tanto se predicará este Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones y entonces vendrá el fin" (Mat. XXIV, 11-15). Conforme a estas palabras, más o menos al mismo tiempo que se predique en todo el mundo el evangelio se operará un decaimiento general en la fe y cundirá la apostasía, cumpliéndose así

la predicción de Jesús de que "muchos son los llamados y pocos los escogidos" (Mat. XXII, 14). En consecuencia, el plazo que indicara San Pablo como señal de la reintegración de Israel, de que "la plenitud de las naciones haya entrado", ha de entenderse cumplido en "el momento en que el número de gentiles determinado por Dios de antemano haya entrado en su Reino. Cuando todos los gentiles así predestinados hayan llegado a ser creyentes, entonces Israel entero será bienaventurado"¹.

Llegará la hora en que el pueblo judío reconocerá a su verdadero Dios y a Jesús, su Mesías, y ante la traición de la esposa gentil, entregada a la apostasía, Sión, expulsada otrora del tálamo, pero ahora reintegrada por la fe, podrá dar realidad a las palabras de Isaías: "Regocíjate, ¡oh, estéril!, tú que no pares; canta himnos de alabanza y de júbilo tú que no eres fecunda, porque son muchos más los hijos de la que había sido desechada, que los de aquella que tenía marido" (Isaías LIV, 1). Y en ese instante de liberación de Israel, de reivindicación de su nombre entre los pueblos, también encontrarán parte en el júbilo los que tuvieron piedad de la Sión vejada y oprimida, los que sin dejarse arrastrar de los odios de la carne y de los prejuicios nacionalistas estrechos, desbordaron de caridad para con los restos perseguidos de la casa de Jacob: "Congratulaos con Jerusalén —se les dice a ellos— y regocijaos con ella todos los que la amáis; rebotad con ella de gozo todos cuantos por ella estáis llorando, a fin de que chupéis así de sus pechos la leche de sus consolaciones hasta quedar saciados y saquéis abundante copia de delicia de su consumada gloria... Como una madre acaricia a su hijito, así yo os consolaré

¹ E. Peterson; obra citada, pág. 63.

a vosotros y hallaréis vuestra consolación en Jerusalén" (Isaías LXVI, 10-13).

Y no se crea que esta restauración del reino de Israel contradice la enseñanza de Cristo acerca de su reino espiritual. Los Hechos de los Apóstoles consignan que el Señor después de su resurrección se apareció con frecuencia a sus discípulos en el espacio de cuarenta días, "hablándoles —entonces— del reino de Dios" (Hechos I, 3). Además, en esta oportunidad, Jesús "les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras" (Luc. XXIV, 45). Ahora bien, después de haber recibido la enseñanza sobre el reino y de haberles sido abiertos los sentidos para la adecuada comprensión de las Escrituras, los discípulos preguntaron al Maestro, momentos antes de su ascensión: "Señor, ¿será éste el tiempo en que has de restituir el reino a Israel?". Y a esta pregunta que no versa sobre la existencia misma del reino, que no se discute, precisamente porque han recibido al respecto la debida instrucción, sino tan sólo sobre el tiempo en que él ha de verificarse, Jesús les respondió: "No corresponde a vosotros saber los tiempos o momentos que tiene el Padre reservados en su poder" (Hechos I, 6-7). Si la futura restauración del reino de Israel en que creían aun los Apóstoles no hubiera sido más que una vana ilusión, "¿qué cosa más conforme con la divina verdad que sacarlos del error si acaso están en el error?". Pero en realidad no los contradice acerca de la verdad del reino, sino que solamente les advierte que no les pertenece a ellos los "tiempos o momentos que tiene el Padre reservados en su poder". Y aquí debemos notar que no sólo les advirtió que no quisieran buscar cosas superiores a ellos sino que afirmó que aquellos tiempos o momentos al "Padre los tiene reservados en su poder". Si hubiera querido dejar la cosa incierta,

se habría expresado de modo hipotético, v. gr., que el Padre "hubiera querido" determinar en su poder. Hablando de modo afirmativo indica la verdad del futuro reino de Israel cuyo tiempo se reservó el Padre ¹.

El reino de Israel será, pues, reconstituido en una fecha ignorada para las humanas mentes, una fecha que será en todo caso antecedida del olvido de la fe por las naciones gentiles. El cetro que había salido de Judá volverá a renacer. Ya no se oirán las palabras del Señor a Samuel: "No te han desechado a ti sino a mí para que no reine sobre ellos" (I Sam. VIII, 7); ni los gritos de la plebe judaica frente a Jesús: "No tenemos otro rey que César" (Juan XIX, 15). El trono del monarca crucificado y victorioso se alzará entonces sin contrapeso, porque Jesús, según la carne, es hijo de David, y según la generación divina, Hijo del Altísimo, y como a tal le corresponde todo reino y todo poder: "A mí me dijo el Señor: Tú eres mi hijo; yo te engendré hoy. Pídeme y te daré las naciones en herencia tuya y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra" (Salmo II, 7-8); "El Señor Dios le dará el trono de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin" (Luc. I, 32-33). Habrá llegado el momento en que se cumplirá la predicción de Ezequiel en los siglos: "Estableceré sobre mis ovejas un solo pastor que las apacienta, esto es, David, siervo mío: él mismo las apacentará y él será su pastor. Yo el Señor seré su Dios y el siervo mío David será el príncipe en medio de ellas" (Ezeq. XXXIV, 23-24). Entonces se habrá cumplido también para la Sión caída y para siempre restaurada las palabras de Cristo frente

¹ Rafael Eyzaguirre: *Apocalipseos interpretatio litteratis*. Roma, págs. 526-527.

a la Jerusalén ciega de su primer advenimiento: "No me veréis más hasta tanto que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor" (Mat. XXIII, 39); y Jacob, el luchador de siglos, el que con dureza inveterada ha resistido la voluntad divina, podrá exclamar al término de este combate doloroso: "Yo he visto a Dios cara a cara y mi vida ha quedado en salvo" (Gen. XXXII, 30).

Septiembre de 1938.

CHILE EN EL OCASO DEL SIGLO XIX

I. EL TERRITORIO Y LA POBLACIÓN

Hacia el año de 1895, en que se efectuó el séptimo censo general de la población de la República, Chile extendía su largo y esbelto territorio, estrechado entre la mole andina y el mar océano, desde el río Sama, que le separaba del Perú a 17°57' de latitud sur, hasta el Cabo de Hornos situado a 55°59', donde las aguas del Pacífico y del Atlántico se confundían tumultuosas sellando el término del continente americano.

Se calculaba entonces la superficie del país en unos 797.103 km² repartidos en desiertos ricos en minerales, valles propicios a la agricultura, zonas de abundantes bosques, regiones aptas para la ganadería, sierras inhóspitas y desolados campos de hielo.

La vida nacional había que buscarla de preferencia en el valle central, feraz y riente, donde en el curso del tiempo se habían ido alzando las ciudades principales castigadas antaño por el indígena rebelde y ahora y siempre por el golpe sistemático de los terremotos. Cada una de las urbes y villorrios era así un testimonio de perseverancia y un acto de fe de la raza chilena ante la hostilidad del bárbaro y de la naturaleza.

Bastante homogénea en su constitución étnica era la población de Chile, sobre todo si se la ponía en parangón con la de las demás repúblicas hispanoamericanas, aunque la densidad de la misma era baja. Alcanzaba entonces a 2.712.145 habitantes, y el ritmo de aumento era escaso —apenas un 7,31%, entre 1885 y 1895— entre otras

circunstancias, por ser ínfima la inmigración y grande la mortalidad infantil en el bajo pueblo.

Algunas ciudades de provincias, de histórica prosapia, como La Serena, se iban consumiendo de manera paulatina, mientras otras de reciente data, como Temuco, fundada apenas en 1881, en el corazón de la Araucanía, aceleraban su desarrollo. En los últimos diez años Valparaíso, el primer puerto del país y del Pacífico sur, había experimentado un crecimiento de cerca de veinte mil almas, hasta enterar la cifra de 122.447 habitantes, de los cuales el 8% era de extranjeros. Concepción, situada en la margen norte del Bio-Bío y a pocos kilómetros de su desembocadura, se hallaba ya repuesta por entero de la destrucción sufrida por el terremoto de 1835 y en 1895 contaba con 39.837 pobladores, lo que representaba un aumento de 15.657 habitantes en dos lustros. Punta Arenas, la ciudad más austral del globo y el vigía de los derechos de Chile en la antípoda de su territorio, había enterado en 1895 cuarenta y seis años de existencia y después de superar una difícil etapa inicial, entraba en un franco proceso expansivo ¹.

La sede de la actividad política, preocupación favorita del chileno, y de las inquietudes de orden intelectual, que al estímulo de la influencia europea iban tomando vuelo, era Santiago, la capital de la República. Favorecida por un espléndido marco de la naturaleza y un clima en general amable, veía ella crecer su población, no sólo por causa de un proceso vegetativo natural y la llegada de algunos emigrantes extranjeros, sino también por el éxodo que hacia ella hacían los provincianos des-

¹ "Séptimo censo general de la población de Chile, levantado el 28 de noviembre de 1895" (Santiago, 1900-1904).

arraigados y con aspiraciones. Contaba con 256.403 habitantes, cifra próxima al triple de la que había exhibido cincuenta años antes. Recorriendo sus calles era posible seguir sin gran esfuerzo el curso de su historia y captar las influencias que a lo largo de la misma había ido recibiendo. La antigua casona de estirpe española, de anchos y floridos patios y enrejados balcones, defendía, aunque ya en retirada, la nota tradicional y armónica de la ciudad. Junto a ella se abría, en cambio, paso la servil imitación de estilos europeos jamás vinculados a la tierra y hasta orientales, que de manera lamentable restaban personalidad a la urbe. El Congreso estaba disfrazado de templo griego, y sobre el cerro de Santa Lucía, el más bello paseo santiaguino, se erguía presuntuosa la muralla de un castillo medioeval. La plata, el carbón y el trigo habían amasado a lo largo del siglo grandes fortunas y con ellas mansiones palaciegas, por cuyos rostros atravesaba el recuerdo apócrifo de Pompeya, de la Alhambra o de la Inglaterra de los Tudores. En tremendo contraste con estos edificios suntuosos y sin alma, el bajo pueblo yacía en antihigiénicos "conventillos", donde la humedad y la inmundicia ponían a prueba la subsistencia de la raza.

II. LA ESTRUCTURA SOCIAL

Los años corridos desde la separación de España, no habían alterado esencialmente la estructura social de Chile. El espíritu jerárquico de los grupos se mantenía en vigor, como asimismo la hegemonía incontrastable de la aristocracia sobre la incipiente clase media y el elemento popular, sumiso y semianalfabeto. A lo largo de los últimos cincuenta años el núcleo directivo, de exclusiva sig-

nificación agraria, había asimilado a los magnates de la minería y de la banca. Sin los títulos históricos de la vieja aristocracia terrateniente, que arrancaban de la epopeya de la conquista, de las glorias de la guerra de la Independencia y de la ejemplar y prematura tarea de organización de la República, los nuevos integrantes de la alta clase habían, en cambio, ligado su nombre a empresas industriales y económicas de envergadura, y contribuido así, al través de ellas, a dar considerable impulso y adelanto a la vida nacional. El triunfo de la revolución de 1891, que rebajó la autoridad presidencial y entregó el poder en las manos impersonales del Parlamento, favoreció los avances de la naciente plutocracia y le permitió compartir ventajosamente con los terratenientes el cetro de la influencia política.

No sólo la incorporación de estos nuevos elementos hizo decrecer en la aristocracia su fisonomía patriarcal y tradicionalista y le fue proporcionando un matiz cosmopolita. La sugestión ejercida en sus miembros por el espíritu francés, al través de los libros y de los viajes, la alejaron de la vida sobria y modesta hasta entonces llevada, precipitándola en un lujo y refinamiento, que la distanciaron, tanto material como espiritualmente, de las capas populares guardadoras del alma de la tierra.

Este proceso de transformación psicológica, que se fue acentuando con el fin del siglo, coincidió con la gestación y paulatina toma de conciencia de un nuevo grupo social, la clase media, hasta entonces casi inexistente. El desarrollo de la industria y del comercio, el crecimiento de la vida de las ciudades, los progresos de la educación y la afluencia, aunque escasa, de inmigrantes activaron su génesis y ensanche. Los siglos no habían podido dotarla, como en los estamentos similares de la vieja Europa, de

una tradición capaz de dirigir y justificar su existencia, ni acuñar sobre su rostro un sello particular e inconfundible. Improvisada y en formación, ella carecía de fisonomía propia y de valor para afrontar por sí misma el proceso de una maduración original e independiente. El brillo exterior de una aristocracia, que perdía poco a poco sus genuinos valores, la encandiló hasta llevarla a imitar sus modas y actitudes cosmopolitas. De esta manera se vio empujada por una vía artificial, desarraigada de los valores vernáculos y propensa a recibir cualquiera influencia extraña. Por otra parte, la clase alta, arrebujaada en sus prejuicios y sin intuición para captar las transformaciones del tiempo, la hirió con su desdén y exclusivismo y la hizo engendrar, en represalia, un implacable resentimiento que acabaría transformándose en motor poderoso de su acción.

La capa inferior de la sociedad, mestiza en no escasa parte, había experimentado una débil evolución. En los campos mantenía su obediencia y fidelidad incondicionales al patrón, y en general llevaba una vida rutinaria y sin aspiraciones. Aunque los dueños de las grandes haciendas se iban inclinando poco a poco a entregar en manos mercenarias o de arrendatarios la dirección inmediata de los trabajos, y preferían permanecer en la capital, cuando no ausentarse a Europa, quedaban todavía muchos, sobre todo en las tierras interiores de Colchagua y del Maule, que conservaban un estrecho ligamen con sus subordinados. Este contacto personal aseguraba la cordialidad de las clases y hacía más humana y llevadera la existencia humilde de los campesinos.

En este sentido su suerte era muy superior a la de los obreros de las ciudades, que vegetaban faltos de protección y afecto en un medio industrial insensible a

la miseria y el dolor. Por otra parte, la habitación popular urbana, sucia y promiscua, alentaba la zozobra de los débiles principios morales aún subsistentes y precipitaba al jefe del hogar, abúllico, imprevisor y anheloso de alegría, a derrochar el escaso salario en la taberna y el burdel.

Pocos obreros lograban desprenderse de esta vida sin horizontes y superar a la vez la pasividad e indolencia que impedía al pueblo sacar fruto de su natural ingenio. Algunos artesanos libres habían organizado instituciones mutualistas, la más antigua de las cuales, llamada "La Unión", sostenía la escuela nocturna Fermín Vivaceta, siendo la más numerosa la "Sociedad Católica de Obreros de San José". Otros en busca de gratos y legítimos esparcimientos fundaron la "Filarmónica de Obreros". Sin faltar entre ellos algunos de mentes inquietas y resueltos a cultivarlas, la mayor parte no veía otro mundo más allá del rutinario. El analfabetismo pesaba aún fuertemente sobre la clase baja de los campos y de las ciudades, y apenas había disminuido en un 3% entre 1885 y 1895. En esta fecha sabía leer y escribir sólo el 38,1% de la población del país.

III. TENDENCIAS E IDEOLOGÍAS

Las mayores facilidades de comunicación con Europa y la creciente inquietud intelectual despertada por el ensanche de la educación ayudaron al esparcimiento y desarrollo de nuevas ideas. A las tendencias del liberalismo francés, ya asimiladas desde mediados del siglo por gran parte de las mentes directivas, se había venido añadiendo el influjo del positivismo y del cientismo. La tarea que en este sentido realizaron los profesores alemanes con-

tratados para servir en las cátedras del recientemente creado Instituto Pedagógico, fue de profundas consecuencias. Paralela a ella estuvo la acción desplegada por figuras representativas de la inteligencia nacional, como don Valentín Letelier y don Diego Barros Arana, que en la docencia y el rectorado de la Universidad de Chile, se mostraron fervorosos apóstoles de las doctrinas del progreso indefinido y del evolucionismo sociológico. La filosofía escolástica había perdido su influencia en las aulas universitarias y perduraba únicamente en la Facultad de Teología, que no ejercía labor docente. En el campo de la educación secundaria poseía aún una trinchera viva en el colegio de San Ignacio, regentado por los jesuitas, y en el reducido terreno de los tratadistas, un expositor eminente en don Rafael Fernández Concha.

Si los sectores directivos de la inteligencia parecían divorciarse cada vez más del catolicismo, el prestigio de este último en la mayoría de la población era aún muy grande. Los disidentes eran escasos y menos aún los ateos públicos. Sólo veinte personas se declararon tales en el censo de 1895. Sin faltar, por cierto, los creyentes instruidos a fondo en los principios de la fe, buena parte de ellos la conservaban más por un hábito tradicional que por un motivo reflexivo. El clero era, en general, más ilustrado y virtuoso que el de otros países de la América hispana. Reclutado, la mayor parte, en las clases superiores, el sacerdote no sólo no buscaba granjerías en el ejercicio de su ministerio, sino que con frecuencia renunciaba a las positivas ventajas económicas y comodidades que le habrían podido proporcionar su medio social, para introducirse en una vida de privaciones y sacrificios. Su investidura y su cultura le ganaban el respeto y la consideración generales. Aunque su influencia iba decrecien-

do, era aún suficientemente fuerte como para despertar reacciones hostiles de los sectores del libre pensamiento que se abrían camino a través de la educación del Estado y del Partido Radical. En éstos la postura anticlerical era viva y se empeñaba en disputar palmo a palmo a los hombres de la Iglesia el influjo que aún tenían en el campo de la enseñanza y de la política. El debate ideológico tomaba más de una vez un giro enconado, sobre todo cuando hería el prestigio moral del sacerdocio. Dos bullados procesos se siguieron en 1895 ante los tribunales de Santiago como consecuencia de otras tantas campañas difamatorias. Uno partió de la Congregación de los Sagrados Corazones que, frente a las denuncias de supuestos actos inmorales cometidos por algunos de sus religiosos en el colegio a su cargo, exigió de la justicia una investigación total del asunto y obtuvo el sobreseimiento definitivo de la causa por no haberse comprobado delito alguno. El otro proceso lo siguió el Padre Chaboud, Superior de los Agustinos de la Asunción, a quien se imputaba por una joven el delito de violación. A poco andar la investigación judicial, la muchacha se retractó de lo dicho, confesó ser todo una calumnia y corroída por los remordimientos quiso quitarse la vida.

Junto al libre pensamiento, el socialismo y el anarquismo, ayudaban a cercenar la hegemonía de la tradición católica. Eran aún movimientos incipientes, a los que daban alas el pauperismo generado por la naciente industria, la aglomeración urbana y la literatura recibida de los países de Europa. En las ciudades de Santiago y de Valparaíso, sede de las principales fábricas, y en la región minera y salitrera del norte, que albergaba una masa obrera numerosa y falta de protección, los nuevos idearios redentores iban infiltrándose poco a poco. El problema

social, gangrena de la civilización decimonónica, comenzaba a asomarse en Chile. Pocos, muy pocos, sin embargo, lo advertían y menos aún pensaban en buscar un remedio al mal que iría en crecimiento. En los medios directivos la doctrina individualista que habían enseñado maestros de nota como Gustavo Courcelle-Seneuil y don Zorobabel Rodríguez, gozaba de amplio valimiento. El socialismo de cátedra, defendido por don Valentín Letelier, encontraba pocos adeptos, aun en el Partido Radical a que éste pertenecía y donde el magisterio individualista de don Enrique Mac Iver era incontrastable. No obstante apuntaba ya cierta preocupación por el problema social en algunas mentes juveniles de las clases superiores, y de ella eran muestras las memorias para recibir el título de Licenciado en Leyes de don Arturo Alessandri en 1892, sobre "Habitaciones para obreros", y de don Juan Enrique Concha Subercaseaux en 1899 sobre "Cuestiones obreras". La nueva generación, acaso más intuitiva, parecía ir tomando posiciones, desde luego, frente a uno de los temas más graves y angustiosos que se le vendrían encima.

El joven Alessandri, que pronto iba a iniciar su carrera política en el Partido Liberal, destacó en su tesis las graves consecuencias morales que para el pueblo se derivaban de la falta de higiene de sus habitaciones. "En Valparaíso, apuntó, hay a la fecha 543 conventillos con 6.426 piezas, en las cuales viven más de 17.000 pobladores, lo cual arroja un término medio de tres habitantes por pieza. De los 543 conventillos existentes, sólo 203 están en regular situación; los demás son completamente inadecuados para la vida y carecen de las más elementales condiciones que para ella se requieren". En medio de este ambiente repugnante y depresivo no era raro que

cundieran el alcoholismo y la delincuencia. Para contener el desarrollo del mal, era preciso dar al obrero un hogar digno, lo que podría lograrse dotando de amplias facultades para atacar la crisis de la habitación al Consejo de Higiene creado el mismo año de 1892¹.

El desinterés de los poderes públicos y de los políticos de fila por el problema social, fue compensado, aunque de manera pequeña, por la iniciativa privada. Nació ella en buena parte, como eco de la encíclica *Rerum Novarum*, publicada en mayo de 1891 por el Papa León XIII, que señaló la magnitud de la cuestión obrera y precavó de las soluciones propuestas por el socialismo. La voz del Pontífice fue recogida cuatro meses después y comentada en una pastoral por el Arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova, que urgió al Estado a dictar una legislación protectora del obrero y a los particulares a fomentar las asociaciones de servicios mutuos. En su deseo de que se conociese la palabra de Roma, el prelado rogaba a los jefes de talleres e industrias que hicieran circular el texto de la encíclica entre sus operarios².

Como era de prever, en los medios socialistas el llamado del Arzobispo fue recibido con hostilidad. Desde un diario de Iquique contestó la pastoral el agitador Víctor J. Arellano, denunciando a la Iglesia como enemiga del progreso y contraria a la ley de la vitalidad, porque "si todos los hombres se hiciesen frailes y las mujeres monjas, si el voto de castidad no fuera una mentira, en menos de treinta años quedaba concluida la raza humana". Al catolicismo había que oponer la nueva fe socialista, de que él

¹ Arturo Alessandri, *Habitaciones para obreros*. (En "Anales de la Universidad de Chile", tomo LXXXII, pág. 1117 y siguientes).

² Mariano Casanova, *Obras pastorales*. (Friburgo de Brisgovia, 1901, págs. 210-224).

hacía gran elogio. "Su fin mediato —resumía— a la transformación de la humanidad por la justicia, la belleza, la salud, la riqueza, la armonía; su fin inmediato es la extinción del pauperismo, la abolición de la prostitución, la difusión de las luces; la felicidad humana"¹.

Un efecto positivo marcó, en cambio, en algunos sectores católicos la advertencia del Papa subrayada por el diocesano de Santiago. Apenas seis meses después de promulgada la encíclica *Rerum Novarum*, don Melchor Concha y Toro instituyó por escritura pública de 21 de noviembre de 1891 la "Fundación León XIII", con un capital de cien mil pesos, con el fin de adquirir terrenos y construir casas para obreros casados. Se les arrendaba a éstos las habitaciones en un máximo del 10% del valor del terreno y edificio, y al término de diez años de pago puntual de la renta se transformaban en propietarios. Un análogo propósito de fomento de la habitación popular tuvieron la "Institución Sofía Concha", que operó como la "León XIII" en Santiago, y la "Unión Social Orden y Trabajo", fundada en Valparaíso, gracias a la munificencia de doña Juana Ross de Edwards.

Cinco años después de echadas las bases de la "Fundación León XIII", el secretario de su Consejo, don Juan Enrique Concha, joven dotado de profunda generosidad y amor a los desvalidos, daba a conocer en una memoria los resultados de la obra hasta entonces emprendida. En las proximidades del cerro de San Cristóbal, en un lugar salubre y amable, se habían alzado las primeras veintisiete casas, que fueron entregadas en arriendo en julio de 1894. Otras doce se acababan de edificar gracias a un

¹ Víctor J. Arellano, *El catolicismo y el socialismo. Réplica a la pastoral del Arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova*. (Valparaíso, 1893).

legado de más de diecisiete mil pesos, y se esperaba recibir en breve una suma aproximada a los cien mil pesos de la testamentaria del prestigioso hombre público don Manuel José Yrarrázaval, para darle análogo destino.

No se limitó el activo secretario de la "Fundación León XIII" a dar en su memoria una simple cuenta de la tarea emprendida, sino que añadió largas y serias consideraciones acerca del ambiente de degradación física y moral en que vivía el obrero en los conventillos y tuvo palabras de enérgica condenación para los dueños de estos tugurios, que se enriquecían a costa de arriendos usurarios¹.

Las ideas sociales de León XIII habían comenzado también a anidar en algunos cerebros del Partido Conservador, que agrupaba en política a la mayor parte de los católicos activos. Don Ramón Sotomayor Valdés, que añadía a su galana pluma de historiador un conocimiento nada común de las ciencias económicas, acogió con entusiasmo las sugerencias del Pontífice, pero su salud quebrantada y su natural retraimiento le contuvieron en la acción. Resuelto propagandista del nuevo ideario fue, en cambio, don Francisco de Borja Echeverría, profesor de la Universidad Católica, y brillante expositor del mismo en el seno de la convención del partido, en septiembre de 1895, don Carlos Concha Subercaseaux, hijo, como don Juan Enrique, del autor de la "Fundación León XIII". En el discurso que entonces pronunció, hizo el esbozo de toda una política social, subrayando la necesidad de que el Fisco y las municipalidades proveyeran a la construcción de habitaciones higiénicas y de que la ley entrara

¹ Julio Pérez Canto, *Las habitaciones para obreros. Estudio presentado a la Sociedad de Fomento Fabril*. (Santiago, 1898).

Ernesto Aragón, *Las habitaciones para obreros*. (Santiago, 1900).

a reglamentar las condiciones del trabajo, "para poner a salvo de las exigencias o tiranías del jefe a los operarios de las fábricas, para evitar que el trabajo pueda dañar la salud de los trabajadores, para mantener entre unos y otros la debida separación por razones del sexo o de la edad, para velar por la higiene del taller y, en general, para regularizar los derechos y las obligaciones de todos".

Aunque recibidas con momentáneo interés, las palabras del señor Concha no tuvieron un próximo efecto. A igual que en las otras colectividades políticas, en el Partido Conservador dominaba la tendencia individualista y la ingerencia del Estado en el mundo económico-social se miraba con repugnancia. Además, aquí como en los otros grupos, el juego de la lucha inmediata absorbía todas las energías y preocupaciones de los dirigentes y no daba margen al estudio y planteamiento sereno de una política de largo alcance.

En un plano ni confesional ni político aparecieron también algunas iniciativas de interés para paliar los efectos del problema social. Así, la Refinería de Azúcar de Viña del Mar edificó una excelente población con capacidad para 400 obreros. Y en la Sociedad de Fomento Fabril su animoso y progresista dirigente, don Benjamín Dávila Larraín, auspició el aprovechamiento de los fondos de reserva inactivos de la Caja de Crédito Hipotecario para construir habitaciones en terrenos fiscales. La idea fue bien acogida y pasó en estudio al Consejo de la Caja, pero allí no adelantó un paso.

IV. EL RÉGIMEN POLÍTICO

Como raro contraste al desorden y a la anarquía endémicos de los demás pueblos hispanoamericanos, Chile había

exhibido desde muy temprano una rara madurez para la vida republicana. A raíz de la independencia y después de un breve lapso de infructuosos tanteos políticos, el país enfíló con paso seguro por la vía del orden y de la legalidad. El espíritu práctico del chileno, su desconfianza por las reformas precipitadas, su ánimo sobrio y curtido en el sacrificio, la homogeneidad de la raza y la solidez de una clase dirigente, generada en la disciplina y el trabajo, coadyuvaron a la formación del nuevo Estado. La Carta Política de 1833 vino a proporcionar las herramientas jurídicas necesarias para sedimentar la estabilidad institucional. Ella no se limitó a reglamentar la vida de la República en las horas de normalidad, sino que previó los momentos de conmoción y crisis, otorgando al Gobierno los poderes necesarios para salvar la autoridad y la paz social. Este enfoque realista la hizo adaptable a todas las circunstancias y aseguró su vigencia por largos años. Las reformas que experimentó por primera vez en 1874, vinieron a demostrar el grado de madurez que la conciencia cívica había ido adquiriendo al amparo de sus acertadas disposiciones.

En efecto, el uso parco e inteligente de la libertad, como asimismo el estímulo de la instrucción y la llegada al país de hombres, libros e ideas extranjeros, facilitaron el desarrollo y crecimiento de la opinión pública. El Poder Ejecutivo, que por mucho tiempo había pensado y obrado en nombre de la mayoría de los ciudadanos, al amparo de su pasiva condescendencia o de su ignorancia, vio disputada su autoridad por los grupos políticos que operaban en el Congreso. La aludida reforma constitucional fue un paso en el cercenamiento de los amplios atributos del Jefe del Estado. Pero el proceso no se detuvo y los esfuerzos de don José Manuel Balmaceda por

contener, años después, en el gobierno los avances de la fronda partidista, que él otrora estimulara desde su banca de diputado, resultaron del todo impotentes. Reprimido de improviso en su cauce, el aluvión rompió el dique y ahogó en sangre la autoridad presidencial.

La cruenta victoria alcanzada por el Congreso en 1891 instauró en el país el llamado régimen parlamentario, sin introducir ninguna reforma en la Carta Constitucional y tan sólo por mera interpretación del texto. Desde entonces se entendió que los Ministros de Estado necesitaban, para mantenerse en sus puestos, gozar de la confianza, no sólo del Presidente de la República, sino también del Congreso. Pero el modelo inglés, que pareció inspirar la nueva forma política, contaba para su adecuado funcionamiento con la clausura de los debates parlamentarios y el derecho del gobierno de disolver la Cámara joven, a fin de consultar, en caso de dudas, la voluntad popular. Asimismo, en el sistema británico simplificaba el mecanismo político y aseguraba la estabilidad de los gabinetes, la concurrencia de sólo dos partidos, el liberal y el conservador, que disponían de un ideario preciso y una fuerte cohesión y disciplina.

Ninguno de estos correctivos legales y naturales existieron, por desgracia, en Chile para asegurar la buena marcha del régimen parlamentario.

La falta de una meditada reglamentación constitucional y la excesiva multiplicidad de los partidos políticos, que hacía imposible a uno solo formar una mayoría responsable y firme en el Congreso, favoreció el juego sin altura de los personalismos e intereses de círculo e hizo de la rotativa ministerial un mal endémico que esterilizó los mejores propósitos de gobierno. Baste sólo recordar que mientras en los diez años de la presidencia de don

José Joaquín Pérez (1861-71) hubo siete ministerios, en los cinco años del gobierno de don Jorge Montt (1891-96), primero de la era parlamentaria, los gabinetes fueron ocho.

Fácil había sido en 1891 unir los más contrapuestos grupos ante el común propósito de destruir la hegemonía presidencial, pero no resultó lo mismo, después de la victoria, hacer de este conglomerado heterogéneo un núcleo apto para sobrellevar las difíciles tareas de la administración. Y es que los móviles internos de los aliados de la víspera habían sido muy diferentes y, como tales, muy distintos tendrían que ser sus pasos luego de consumado el triunfo. El romántico radical don Manuel Antonio Matta, que soñaba con la implantación en Chile de la libertad de los filósofos franceses, y el idealista jefe conservador don Manuel José Yrarrázaval, que buscaba en el trasplante del régimen comunal autónomo de Suiza y los países anglosajones un escudo contra la intervención electoral y las demasías del Ejecutivo, contaban en realidad con escasos seguidores sinceros. El hombre de cálculo frío y de bien meditada ambición había ido ganando terreno y se mostraba resuelto a capitalizar el triunfo de la guerra civil.

Un día de octubre de 1891, apenas consumada la derrota de Balmaceda, la oficina presidencial fue teatro de una escena muy significativa. El Subsecretario de Guerra, don Juan de Dios Vial había entrado a la sala a despachar con el nuevo Jefe de Gobierno, don Jorge Montt, que momentáneamente se encontraba ausente, y allí sorprendió el íntimo conciliábulo de los caudillos radical y conservador. El señor Matta, cruzadas las manos a la espalda y con el rostro y la mirada absortos, se paseaba

lentamente y, como pensando en voz alta, profería frases de indignación en contra de los que creían cumplida la tarea de la revolución con la victoria militar y no comprendían la necesidad de provocar un entendimiento de las mejores cabezas políticas para servir los altos intereses del país. Don Manuel José Yrarrázaval, desde un sillón vecino, corroboraba este juicio: "Desgraciadamente, muchos de nuestros amigos han creído que la revolución era para derribar hombres y no para levantar prácticas morales y libres instituciones, como hemos creído Ud. y yo".

Matta interrumpe de repente su paseo y acercándose a Yrarrázaval le aprieta nerviosamente un brazo, mientras le dice con voz emocionada: "Don Manuel, así, unidos del brazo los dos, mantengámonos durante tres años y salvemos a Chile".

E Yrarrázaval, con tristeza le responde: "¿Permitirán sus amigos que marchemos unidos? Usted sabe, don Manuel Antonio, que para servir al país siempre dispondrá de mí".

En ese momento se abre la puerta y penetran en el despacho diez o doce de los políticos más sobresalientes. Venían a comunicar al Jefe del Gobierno los acuerdos a que habían llegado sobre el reparto del botín de la victoria, y sus rostros denotaban seguridad y alborozo. Uno dijo: "Ahora cada uno al pie de su bandera a librar las batallas de la idea". Otro, más realista, añadió: "Cada mochuelo a su olivo". Y un tercero, acercándose a Yrarrázaval, que se había puesto de pie, le expresó protectoramente: "Reconocemos los grandes servicios que ha prestado el Partido Conservador durante la revolución y no lo echaremos en olvido"¹.

¹ Ver nota en página siguiente.

El aludido recibió el impacto con rostro frío, casi desdenoso. Cogió su sombrero y haciendo una leve inclinación de cabeza, abandonó la sala.

Matta, entretanto, se había desplomado en un sillón, la frente apoyada en una mano, como queriendo preservar la mente de todo contacto con el ambiente ingrato. Así permaneció algunos segundos en recogida soledad. El Subsecretario Vial, que le observaba, creyó sorprender la caída de una lágrima de sus ojos. Luego, reaccionando con energía, Matta salió de la sala sin dar el rostro a ninguno de los que en ella quedaban.

—¡Un soñador medievall!, comentó irónico alguien.

—¡Cuidado! que los países suelen seguir a los que sueñan, respondió otro, pensando acaso en el difunto Presidente Balmaceda.

—Eso no importa, replicó un tercero. Los haremos salir del país y quedaremos tranquilos.

Algún tiempo después, Matta e Yrarrázaval estaban lejos de Chile¹.

El advenimiento del régimen parlamentario había coincidido con la iniciación de un proceso de crisis en el alma nacional. Los grandes objetivos políticos que habían guiado al país durante medio siglo comenzaban a declinar, cediendo su sitio a los intereses de círculo. El Partido Liberal, hasta hace pocos años el más poderoso, carecía en realidad de un verdadero programa, pues sus principales puntos doctrinarios —debilitamiento del Poder Ejecutivo, abolición del fuero eclesiástico y laicización del matrimonio y de los cementerios— estaban ya alcanzados. Si bien quedaba aún pendiente la separación

¹ Juan de Dios Vial, *Matta e Yrarrázaval* (Artículo del diario "El Imparcial", de Santiago).

de la Iglesia y del Estado, su logro era anhelo fervoroso de un escaso número de militantes. La verdad es que ahora lo que movía a la mayoría era el afán político inmediato, la conquista del poder por el goce del poder mismo, y la conservación de este último a base de juegos sutiles y ventajosas transacciones. Los intereses personales germinaban con facilidad en su campo, amparados por la ausencia de una común doctrina superior y socavaban periódicamente la unidad del partido. Ya la revolución de 1891 había producido en su seno una honda separación entre los que dieron su apoyo a Balmaceda —que se denominaron liberales democráticos— y los que se alzaron contra este mandatario. Nació así un nuevo grupo personalista, similar al formado en 1857 en torno de Montt y de Varas y que con el nombre de Partido Nacional gravitaba ahora como satélite pequeño, aunque fuerte en recursos financieros, dentro de la órbita del liberalismo. El grueso de este último que debió estrechar sus filas a raíz del cisma de 1891 y preservarse de nuevas rupturas que comprometerían su influencia, estuvo lejos, sin embargo, de exhibir una estructura compacta. Las ambiciones presidenciales de algunos de sus miembros, que en su hora habían ayudado a precipitar la lucha armada contra Balmaceda, seguían conspirando sin descanso en contra de la precaria unidad del partido y producían periódicas y circunstanciales rupturas.

Colocado en el centro del campo político no había gobierno sin el liberalismo; pero, falto de cohesión interior, sus fracciones debían irremediabilmente pactar con alguno de los partidos extremos, el radical o el conservador, para mantenerse en el poder. Eran éstos, por otra parte, los que, dentro de las veleidades de la política, se mostraban más firmes en sostener una línea doctrina-

ria. En el campo institucional coincidían ambos en el mantenimiento del régimen parlamentario y de la descentralización administrativa y en la autonomía comunal. Pero tocando los temas de la educación y de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, el antagonismo entre los dos partidos se hacía insalvable. El radical propiciaba la separación de estos poderes, la docencia del Estado y la instrucción laica¹. El conservador, en cambio, defendía la unidad y concordia de los poderes espiritual y temporal, y propiciaba la libertad de enseñanza como medio de preservar y difundir la educación impartida por los colegios católicos. Nutrido fundamentalmente el radicalismo en las doctrinas del enciclopedismo francés y en las fuentes del positivismo cientista, daba público testimonio de las aspiraciones secretas de la masonería; mientras el conservantismo, enraizado en la vieja tradición católica, era el vocero de la Iglesia en el campo político.

La educación impartida por el liceo, predominantemente laica y agnóstica, fue sagazmente aprovechada por el Partido Radical para recoger adeptos en la juventud e ir atrayendo a su campo a la clase media que comenzaba a diseñarse en la vida social y aspiraba a jugar sus primeras cartas en la arena política. El fenómeno pasó inadvertido a los grupos liberales, reclutados exclusivamente en la aristocracia de la sangre y del dinero y tuvo un leve eco en el Partido Conservador que, aunque dominado por análogo elemento, recogía también la adhesión de sectores modestos, unidos a él por la común de-

¹ Nicolás Federico Torres, *El radicalismo chileno. Su origen, su historia, su programa, sus tendencias, su porvenir y sus enemigos* (Coquimbo, 1896).

fensa de los intereses religiosos. Un conservador de penetrante inteligencia y sobresalientes dotes oratorias, don Juan Agustín Barriga, captó la importancia del suceso y las repercusiones que él tendría en el curso de la política nacional, y lo hizo notar en un interesante comunicado a sus colegas del Directorio General del Partido en 1896. "El advenimiento de una clase media nueva hoy entre nosotros —decía el señor Barriga—, es un factor de grandes consecuencias, hacia el cual me permito llamar la atención de nuestros amigos. Por falta de elementos adecuados de propaganda, esta nueva clase está llena de prevenciones odiosas contra la clase aristocrática tradicional, sin que por eso haga causa común con el pueblo humilde y sencillo que trabaja, se resigna y calla. No faltan seguramente en ella individuos honorables y sanos que extraviados quizás por ignorancia o por su misma falta de contacto con la clase superior, obedecen ciegamente a las instigaciones del radicalismo que les halaga en su amor propio y les explota a maravilla en sus ingenuas preocupaciones. Aquí hay un peligro real para el porvenir que es necesario conjurar a toda costa mediante la formación de círculos sociales, políticos y aun literarios, donde puedan acercarse a nuestros amigos e ir desvaneciendo en el trato diario, las fuertes y terribles prevenciones de clase"¹.

Si la incipiente clase media buscó de preferencia el cauce del Partido Radical para expresarse en la vida pública, el mundo del trabajo, que comenzaba recién a adquirir conciencia de su poder, levantó tienda política

¹ Juan Agustín Barriga, *Del partido y de los intereses conservadores. Carta que el diputado de Concepción dirige a sus colegas del Directorio General* (Santiago, 1896).

propia. El 14 de julio de 1889, al cumplirse el primer centenario de la toma de la Bastilla, se reunía en Santiago una convención que echaba las bases del Partido Democrático. Sucesivas convenciones celebradas en el mismo aniversario en Valparaíso en 1895 y en Concepción en 1897, consolidaron el esfuerzo inicial. El nuevo partido propiciaba, entre otras reformas, la igualdad civil del hombre y la mujer, la transformación del inquilino en propietario, la asistencia por el Estado de los enfermos, ancianos e inválidos del trabajo, y la supresión de la pena de muerte. Uno de los personeros más destacados de la recién nacida agrupación, don Malaquíás Concha, se dio a la tarea de glosar cada uno de los puntos del programa de la democracia, guiándose en sus disquisiciones por la obra de Emile de Laveleye, *Le gouvernement dans la Démocratie*. La imitación francesa, que había sido el lema político y estético de la clase dirigente, era ahora seguida por el pueblo, y Francisco Bilbao, el europeizante agitador de medio siglo atrás, se transformaba en precursor del movimiento liberador de los obreros¹.

El Partido Democrático, integrado en su mayoría por artesanos acomodados, aspiraba a introducir las reformas por un proceso evolutivo en el que estuviera ausente la violencia. En el fondo respetaba las bases esenciales del mundo burgués, brotado de la gran revolución del siglo XVIII y pretendía incorporar a él la porción más descuidada de la sociedad. De ahí que no pudiera satisfacer a aquellos sectores obreros que habían recogido el llamado revolucionario de Marx o se sentían tocados por la mis-

¹ Malaquíás Concha, *El programa de la democracia* (Santiago, 1894).

tica del anarquismo. Aunque escasos en número y sin representación oficial en la vida política, ellos se hacían notar por sus impresos de violento lenguaje, en que predicaban la completa destrucción de la estructura burguesa capitalista.

Ya hemos aludido en páginas anteriores a los despuntes en Chile de la cuestión social y el eco que comenzó ella a tener en partidos de ideología firme como el radical y el conservador. Réstanos aquí añadir que no faltaron ensayos desde el ángulo católico para encauzar políticamente el movimiento obrero. Persuadidos algunos de que era ilusorio recoger a este último dentro del Partido Conservador, pero con suficiente intuición para prever el eco futuro de semejante fenómeno, quisieron resolver el problema constituyendo un partido de genuina raigambre popular y de ideario cristiano. El ensayo que en 1899 se hizo con el Partido Obrero Proteccionista, alentado por el político conservador don José Ramón Gutiérrez, murió, sin embargo, en sus inicios.

El despertar de la conciencia política de la clase trabajadora, que ya se advertía en algunos núcleos industriales, era un peligro en ciernes para la hegemonía electoral de los partidos de extracción burguesa. El sufragio universal introducido por ellos en un gesto de romántico democratismo, exhibía ahora toda la proporción de su rostro, que por cierto le iba resultando ingrato a sus propugnadores. Si aún perduraba incólume el control absoluto de la clase dirigente sobre la población campesina, no ocurría otro tanto en el mundo urbano, donde las masas mostraban la inquietud emancipadora de la adolescencia. Los partidos históricos captaron el fenómeno, pero más interesados en salvar el momento inmediato que en intentar un reajuste de sus cuadros ante las nuevas

circunstancias, se valieron del cohecho para prolongar la estructura de un sistema político-social que comenzaba a agrietarse. Pero el recurso empleado, fuera de rebajar la dignidad del obrero y dar alas a sus vicios, soslayaba el problema de fondo y resultaba apenas un dique de eficacia momentánea. La asunción a la vida pública de la clase media y de la clase obrera, era un fenómeno natural dentro del crecimiento de la nacionalidad, de la extensión de la cultura y de las nuevas condiciones económicas, que a la postre debía ocurrir, sin que las represiones artificiales sirvieran más que para acumular una mayor dosis de resentimiento en los afectados.

V. LA VIDA ECONÓMICA

En las postrimerías del siglo XIX, Chile, a igual que los demás países hispanoamericanos, poseía una economía incipiente, en estrecha dependencia del mercado mundial. Su comercio internacional se realizaba casi en su totalidad sobre la base de la exportación del salitre y del cobre, cuyos precios, por ser particularmente sensibles a las fluctuaciones, hacían imposible un régimen económico estable.

La industria del salitre, con la adquisición de las provincias del norte por la Guerra del Pacífico, se transformó en la más importante del país. Como no tenía competidores en el resto del mundo, su auge y expansión fueron vertiginosos, hasta producirse una sobreproducción que trajo consigo una baja de los precios. Para defenderse, las compañías salitreras procuraron llegar a acuerdos sobre estos últimos, como también acerca del monto de la producción y la propaganda del fertilizante.

El Estado, fiel al pensamiento económico en boga, se abstuvo de explotar los cuantiosos terrenos salitrales de su propiedad, y dejó a la iniciativa particular el dominio de la industria. La falta de capitales nacionales suficientes hizo que fueran extranjeros, principalmente ingleses, los que tomaron en breve el control de esta actividad. El Fisco se contentó con rematar periódicamente salitreras de su pertenencia y cobrar un derecho por cada quintal de nitrato exportado. Este gravamen proporcionaba a la Hacienda Pública un ingreso tan cuantioso, que hacía casi innecesaria la existencia en el país de otros impuestos.

A pesar de su larga tradición, la agricultura distaba de haber caminado con el ritmo progresista de la minería. En parte se debía esta estagnación y hasta declinar de la industria campesina chilena a la competencia ventajosa que a sus productos hacían en el mercado mundial los de países más poderosos, como Canadá, Australia, los Estados Unidos y la Argentina. Pero sin duda estaba en las propias circunstancias nacionales el mayor obstáculo a la expansión más intensa de la industria agrícola. Sólo una cuarta parte del territorio de la República era apto para esta explotación. El saldo estaba compuesto de suelos muy pobres, aprovechables para la ganadería, y de más de quinientos mil kilómetros cuadrados en desierto, cordilleras estériles, lagos y hielos continentales. Infima resultaba la potencialidad agrícola chilena si se la comparaba con la Argentina, donde el área cultivable comprendía la mitad del país, que por sí sola era el doble de la totalidad del territorio de Chile. Aunque el espíritu de progreso no constituía una característica del campesino criollo, en general, lento y rutinario, la verdad es que no habían faltado en la zona central hombres de

extraordinaria empresa que con la construcción de costosos canales de regadío pudieron fertilizar suelos hasta entonces improductivos. Pero en el norte chico, donde la falta de agua era un mal endémico, el esfuerzo resultó casi infructuoso.

Los mejores impulsos de la industria agrícola fueron a menudo el eco de la minería, cuyas utilidades vinieron a incrementar más de una vez su desarrollo. Pero la vivificación de nuevas tierras era tan gravosa que la industria campesina no podía aspirar a mucho más allá de la satisfacción del consumo interno.

En los últimos tiempos se notaba, por otra parte, un creciente desapego de los propietarios por vivir en sus haciendas. El deseo de mayor cultura y bienestar material les llevó a radicarse en las ciudades y a entregar a mayordomos o arrendatarios la explotación de las tierras. Esta ausencia del dueño, fuera de desvincularle afectivamente de sus obreros, les desinteresaba del progreso y adelanto de la industria. Las consecuencias del ausentismo se agravaban aún más con los frecuentes viajes y dilatadas permanencias en Europa, de donde los propietarios regresaban con la psicología inadaptada a la vida rústica y sobria del campo chileno.

Aunque el país poseía hierro en abundancia y fuentes generadoras de fuerza motriz, que lo hacían especialmente apto para la industria fabril, los pasos dados por esta última eran aún lentos. La falta de confianza en las posibilidades nacionales y la sobrestimación de todo lo extranjero, hacía desdeñar a muchos el empleo de las manufacturas del país y a preferir el consumo de los productos importados. La doctrina del libre cambio, enseñada y transmitida como verdad de fe desde las cátedras universitarias, reforzaba la hostilidad dominante

hacia una política de protección de la manufactura chilena, en favor de la cual luchaba con ardor la Sociedad de Fomento Fabril. Además, el carácter predominantemente humanista y cientista de la instrucción, calcada sin discriminación sobre moldes foráneos y al margen de la realidad nacional, alejaba a la juventud de las actividades de la industria y del comercio para enfocarla, casi exclusivamente, a las carreras liberales, en especial a la abogacía. El alto cuociente de fracasados, fruto lógico de las circunstancias, desembocaba en el profesionalismo político y en los empleos fiscales, restando así a la economía elementos que orientados oportunamente, habrían podido contribuir a su progreso.

La política monetaria carecía de firmeza y estabilidad. Por una ley de 1892 se quiso poner término al papel moneda, que existía desde 1878, y producir la conversión metálica, fijando como unidad el peso oro de veinticuatro peniques. A pesar de los vaticinios de los conversionistas, entre los que figuraba en primer término don Agustín Ross, el cambio no se estabilizó, sino que por el contrario aceleró su carrera de descenso. Cundió la inquietud general y se advirtieron síntomas de una próxima crisis. A fin de evitarla se dictaron en 1893 dos leyes que postergaban hasta el 1º de junio de 1896 la conversión de los billetes fiscales en pesos oro de veinticuatro peniques. Fue un paso en el aire, pues el cambio era entonces de $14\frac{1}{8}$ d y no se tomaron medidas para producir una deflación que pudiera elevarlo. Se creyó que el alza se efectuaría por el libre juego de las "leyes naturales" y el fenómeno no tuvo lugar.

Una nueva ley, de 11 de febrero de 1895, estableció la conversión metálica a partir del 1º de junio de 1895, al cambio de dieciocho peniques. Su vigencia se demos-

tró precaria desde el primer momento, pues el cambio que se fijó era aún elevado, y además, no se reglamentaron las operaciones de crédito para evitar que se siguiera éste otorgando a destajo, pues con frecuencia, en lugar de destinarse a fines productivos, venía a satisfacer caprichos puramente suntuarios.

A esta circunstancia, que conspiraba contra la fijación de la moneda, se añadía la resistencia de un núcleo fuerte de deudores hipotecarios, que había obtenido créditos en papel moneda y se beneficiaba con la desvalorización del circulante. Por otra parte, el aumento de las importaciones de artículos de lujo y confort, los viajes de placer a Europa y la adquisición de armamentos ante el peligro de un conflicto bélico con la República Argentina, significaban fuertes sangrías de oro para el país y coadyudaban a preparar una inevitable crisis económica. Esta se produjo en 1898, originando la caída del padrón oro.

VI. LA ACTIVIDAD CULTURAL

La enseñanza nacional en todas sus ramas había tomado en el último medio siglo, un desarrollo que la destacaba honrosamente en Sudamérica. Su supervigilancia y dirección estaba entregada al Consejo de Instrucción Pública, integrado por el Ministro respectivo, el Rector, Secretario general y Decanos de la Universidad de Chile, el Rector del Instituto Nacional, tres delegados del Presidente de la República y dos nombrados por el claustro pleno universitario. La orientación positivista y liberal dominaba allí sin contrapeso desde hacía varios años y encontraba en don Valentín Letelier un sobresaliente doctrinario. Su obra, *Filosofía de la Educación*, publicada en 1892, era

tenida por el evangelio de la docencia y la concreción más acabada del pensamiento científico de la época.

Desplegando un gran esfuerzo, los católicos habían inaugurado, por su parte, en 1889, una Universidad en Santiago, bajo el patrocinio del Arzobispo Casanova y la inmediata dirección de don Joaquín Larraín Gandarillas. El propósito de la nueva institución era orientar los altos estudios según la mente de la Iglesia y producir en ellos la conciliación entre la ciencia y la fe que faltaba en la enseñanza oficial.

Si la educación superior, y asimismo la secundaria y primaria, se iban ensanchando, el crecimiento de las artes y de las letras no corría parejo a esos adelantos. Aunque la inauguración en la Quinta Normal, en 1884, del nuevo local para el Museo de Bellas Artes fue un síntoma del mayor interés que estas últimas iban despertando en el medio ambiente, el ritmo de la creación era aún lento y de poca originalidad. Algunos espíritus dilectos como el escultor Virginio Arias y los pintores Pedro Lira y Alfredo Valenzuela Puelma, fueron capaces de sobresalir aun fuera de Chile, pero en su obra no se recogió sino rara vez la impronta del alma nacional y ella fue el eco de las tendencias académicas o impresionistas de la vieja Europa.

La creación literaria caminaba también con flojedad. Entre 1810 y 1890, las bellas letras habían tenido muy pocos cultivadores de valer. Un balance de la producción de esos ochenta años salvaría del olvido bien pocas obras, entre ellas los artículos de costumbres de José Joaquín Vallejo, las memorias de Vicente Pérez Rosales y las novelas de Alberto Blest Gana. Rubén Darío, que vivió en Chile en 1886 y publicó en Valparaíso su primera obra de vuelo, *Azul*, no podía menos que exasperarse ante la

falta de espíritu poético que dominaba en la tierra, y años más tarde remecía a sus amigos, diciéndoles en sus cartas: "Tomen, coman; pero piensen, tengan poetas y artistas". Sólo después de la aparición de las obras de Diego Dublé Urrutia, que empujó con talento a las musas por el camino del criollismo —luego seguido por Carlos Pezoa Véliz— pudo escribir desde Europa el vate nicaragüense, que Chile tenía al fin el poeta que le faltaba. También el gran polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo subrayaba la anemia literaria del pueblo chileno y su vocación marcada por la historiografía y la gramática, advirtiendo aún que en cuanto a la primera se hacía difícil de leer fuera del país por minuciosa hasta la saciedad y falta de buen gusto y de imaginación. Creía el célebre maestro que el triunfo del positivismo dogmático en la enseñanza oficial había contribuido de seguro a aumentar la sequedad habitual de la literatura chilena¹.

Un exponente típico de la idiosincrasia nacional en el campo de la cultura, era la *Historia general de Chile* que desde 1884 comenzó a dar a las prensas don Diego Barros Arana y que hasta 1897 llevaba ya impresos quince volúmenes. El ambicioso proyecto abarcaba desde la prehistoria hasta el año 1833, fecha de la Carta constitucional que dio organización jurídica a la República. Tras una paciente búsqueda en los archivos chilenos y españoles, el autor había logrado reunir un material informativo extraordinario, que supo exponer con claridad y método ejemplares. El estilo, severo y correcto, no daba paso a los desahogos de la imaginación ni a las

¹ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo IV.

glosas estéticas. Cualquiera concesión en tal sentido habría ido a su juicio en desdoro del valor científico de la obra. Ella se encuadraba en los moldes del más riguroso positivismo, sin pretender elaborar una teoría de las causas que presidieron los hechos históricos, ni remontarse a la menor lucubración de orden filosófico. Por otra parte, la configuración mental del señor Barros Arana, ordenada y metódica, pero carente de vuelo especulativo, habría hecho imposible ese intento. No obstante, él aspiró a probar con su obra la efectividad de la ley del progreso indefinido, entonces de moda, y la creyó ver demostrada en el tránsito por Chile de la época de dominación española, refractaria a la libertad y a la cultura, al período de la independencia y la República, abierta a los goces de la tolerancia y a las luces de la inteligencia que venían de fuera.

Semejante posición, que por cierto no era exclusiva de Barros Arana, envolvía un repudio a priori de todo el pasado y una postura de desdén frente a las genuinas esencias nacionales. Por una singular paradoja, la obra histórica más completa que hasta la fecha se había publicado en el país, y sin parangón en las demás naciones americanas, contribuía más a socavar que a robustecer las raíces de la tradición chilena. Su impulso estaba, por otra parte, en concordancia con la dirección impresa a la enseñanza, desapegada del sentido de la tierra e insaciable en el conocimiento y la admiración de lo extranjero. De espaldas a un pasado que se estimaba vergonzoso y frente a un porvenir cuya determinación provenía de salvadores influjos foráneos, el chileno quedaba así, dándose vueltas en un presente sin horizontes, herido por un sentimiento de desconfianza en sus propios valores y buscando en la negación de sí mismo el paso

más seguro para seguir adelante. El abandono de grandes objetivos nacionales, como los que otrora inspiraran la vida republicana y la desintegración oportunista y mezquina de la vida política, fueron la cosecha inevitable de la orientación impartida sin descanso a través del libro y de la cátedra. Lo que ya se ha dicho acerca del problema en otro sitio del presente trabajo, excusa de toda insistencia al efecto en este lugar.

El mismo año de 1884 en que don Diego Barros Arana daba a las prensas el primer volumen de su magna obra, un joven dotado de extraordinarias condiciones de investigador, don José Toribio Medina, emprendía en los archivos de España la más prolija de las búsquedas de materiales para la historia de Chile. De regreso al país, Medina inició la publicación de su *Colección de documentos inéditos* que aspiraba a abarcar desde el descubrimiento del territorio hasta la batalla de Chacabuco. La obra fue apareciendo con cierta regularidad. El esfuerzo realizado con esta colección era único en su género en el continente e iba a permitir a las futuras generaciones rehacer la historia de la administración española en Chile sobre seguros e incontrovertibles fundamentos.

Al lado de estas tareas historiográficas, la aptitud investigadora encontró campo de expresión en la filología y en las ciencias experimentales. En el primer género se destacaban los estudios de don Eduardo de la Barra, don Aníbal Echeverría y Reyes, don Federico Hanssen y el doctor don Rodolfo Lenz. En el segundo, los trabajos del doctor don Vicente Izquierdo sobre estructura de la retina humana y los del doctor don Federico Johow y del doctor don Carlos Reiche, acerca de la flora de Chile,

constituyeron, como los anteriores, los mejores aportes científicos entre los años de 1894 y 1896.

Durante buena parte del siglo, dos sabios extranjeros, el polaco don Ignacio Domeyko y el alemán don Rodolfo Philippi, habían dado considerable impulso en el país al estudio de las ciencias de la naturaleza. Domeyko era un químico y minerólogo notable e impulsó la introducción de los ramos científicos en la enseñanza secundaria. Su valiosa influencia se hizo sentir por mucho tiempo desde la cátedra en el Instituto Nacional de Santiago y desde el rectorado de la Universidad, que ejerció desde 1868 a 1883. El doctor Philippi, por su parte, había dedicado su larga vida al estudio de la flora y fauna chilenas y también a trabajos de paleontología y etnología. Sus abundantes publicaciones le dieron renombre en todos los centros científicos del Viejo Mundo. Aparte de su tarea docente en la Universidad de Chile y en el Instituto Nacional, Philippi había organizado y dirigido con singular acierto el Museo Nacional, cuyos *Anales*, fundados en 1899, se imprimían decorosamente en Leipzig y recogían las observaciones del sabio y sus colaboradores.

A la inversa de otros hombres de ciencia del siglo y de la dirección seguida por muchos de sus discípulos en Chile, Domeyko y Philippi se mostraron contrarios a las tendencias materialistas y evolucionistas. Domeyko hizo siempre alarde de sus convicciones católicas y Philippi no ocultó su desacuerdo con las teorías de Darwin ni su fe en los principios espirituales del cristianismo. Su postura la sintetizó en estas palabras que puso en 1895 en el álbum de una dama italiana: "He dedicado mi vida a la investigación de la naturaleza y digo, después de ochenta y siete años, con el salmista: ¡Oh, Señor, cuán admirables

y grandes son tus obras! ¡Yo en verdad no puedo comprenderlas! Sabemos ahora mucho, pero mucho más aún está oculto para nosotros”.

VII. LA CRISIS MORAL

Murió el siglo XIX sin dejar en Chile, como en Europa, un aroma de optimismo. Ciertamente que el país mejoraba en el orden material, que la instrucción iba ensanchando su órbita y la inteligencia cultivada, mostrando nuevos frutos. Pero bajo esta capa exterior de progreso, pudo ser intuida por las mentes selectas la gestación de un proceso de crisis en el alma nacional. Un político radical de nota, don Enrique Mac Iver, decía desde la tribuna del Ateneo de Santiago, el 1º de agosto de 1900: “Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez; la energía para la lucha de la vida, en laxitud; la confianza, en temor; las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio, y el porvenir aparece entre sombras que producen intranquilidad...”¹. Sin ahondar en las razones profundas de este estado, ni atreverse a ofrecer a él grandes remedios, el señor Mac Iver se limitaba a diagnosticar la existencia de una crisis moral en la República.

Y en verdad comenzaba a advertirse una rebaja de la voluntad de ser y un adormecimiento en los impulsos creadores. La fe en una misión histórica superior a los intereses de grupo iba debilitándose y los ideales que hu-

¹ Enrique Mac Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la república* (Santiago, 1900).

bieran podido hallar aliento desde la escuela, morían allí bajo el frío positivismo y la infecunda actitud escéptica. El organismo nacional se desarrollaba, la clase media comenzaba a adquirir conciencia y se advertían ya los primeros indicios de un proletariado industrial; pero todo esto ocurría en momentos en que el alma colectiva perdía densidad y en que la ruta, antes firme y segura, se iba disgregando en la bruma del desconcierto.

Con la impronta de esa crisis moral vagamente intuida por Mac Iver y sus peligrosas perspectivas, nacería para Chile el siglo XX.

CROQUIS DEL FUNDADOR

La historia de Valdivia es una línea colgada entre dos interrogantes de misterio.

¿Dónde y cuándo nació? ¿Es Castuera, o Zalamea, o Villanueva, o Campanario, el lugar que con fundamento ha de reclamar para sí sus derechos maternos?

¿Cómo murió? ¿De un mazazo en el cráneo o después de habersele dado a tomar oro líquido? ¿O devorado miembro a miembro en una alucinadora orgía canibalesca?

Y no obstante emerger y esfumarse en extremos de nada, la vida del fundador de Chile adquiere de un principio destaque vigoroso en la turbamulta de individualidades que vacía al Nuevo Mundo la aventura de España. No es un místico del agua como Colón, ni un valiente esquilmador sin palabra como el porquerizo Pizarro, ni un retrasado producto de la romántica caballerescas medioeval como Diego de Almagro. Sin lograr aún desprenderse por completo de algunos matices de la Edad anterior es, sobre todas las cosas, un hijo del Renacimiento: diplomático, político, esteta del gobierno y de la guerra.

De estatura mediana, grande la cabeza y ancho el cuerpo, de tez blanca y cabello rubio que acusaba la distante raíz visigótica, "tenía —al decir de Mariño de Lobera, su contemporáneo— un señorío en su persona y trato que parecía de linaje de príncipes". Había nacido para jefe, para cumplir una misión de poder, para llevar a su sometimiento multitud de hombres y tierras prolongadas. Claro está que el escenario de Venezuela, perdido

en el secreto de la selva, no pudo satisfacerle. Y va al Perú, donde hay ámbito de grandiosidad imperial. Pero ya están los puestos tomados y no puede caber contentamiento en el ejercicio de un destino secundario para el que ha alimentado ensueños de caudillo. Entonces, en fuerza de afiebrado hurgar, se le descubre la empresa de Chile con afirmaciones de esperanza exclusiva y avasalladora. Y sin importarle el fracaso anterior de Almagro y el consejo de los amigos prudentes, sale con siete hombres del Cuzco a mirar el planeta en el último contorno de su cara.

Este hombre de voluntad decidida, no conoce un momento el quebranto y la vacilación en medio de penurias sin límites. Sabe lo que es el azote del frío y el hambre en esa travesía dantesca del desierto de Atacama en el corazón de agosto. Sabe lo que es encontrarse con los escombros humeantes y las sementeras taladas de un Santiago apenas fundado y ya en retoño de prosperidad. Sabe lo que es toparse a cada paso, en valle y montaña, en claro y espesura, con la manada furiosa de indios pronta a exterminarlo. Sabe, en fin, lo que es llevar en la propia hueste española una conspiración siempre en germen y que busca de acabar con su vida.

Si el oro es el motivo determinante del obrar en la suma de los conquistadores, en Valdivia es sólo instrumento de sus soñadas ansias de dominio. Tenía en las Charcas una valiosa mina como premio de sus servicios a Pizarro y no vacila en dejarla a cambio de una aventura a ojos de todos obscura, pero que ya él ve iluminada con la fuerza de su fe. Y cuando en Chile traen de los lavaderos de Concepción, grandes pepas de oro a su presencia, parco, se limita a decir, pensando en voz alta: "Desde ahora, comienzo a ser señor". Es la mentalidad del Rena-

cimiento que sabe del poder de la riqueza para mover a los hombres.

Si junta oro en un navío que construye en las playas de Concón y manda, después de fracasado este intento, una embajada por tierra en busca de refuerzos al Perú, que lleva del precioso metal las guarniciones de las espadas y los frenos y estribas de las cabalgaduras, es para persuadir de inmediato a los que aún no se aventuran a venir a Chile y obtener auxiliares que le permitan afianzar su poderío.

Cuando con poco respeto del lugar dirige en el templo la palabra a los pobladores de Santiago en demanda de dinero para enviar por socorros y no vacila en amenazar a los que se resisten de quitarles "el oro y el pellejo"; y, al fin, después de un cruel ardid, logra alzarse con setenta mil pesos, fruto del ahorro de muchos de sus compañeros, y huir con esta suma al Perú, no hay en ello asomo de despotismo, ni acto de piratería, pues reconoce como empréstito esa cantidad y la reembolsa en el curso del tiempo a los obligados acreedores con el producto de su hacienda. Para un hombre como Valdivia, que ha reducido los bienes al grado de meros agentes de ambiciones superiores y que dispone de una voluntad de acero para llegar al logro de las mismas, no pasaba de ser lógico privar temporalmente de su dinero a un grupo de individuos para asegurar, a cambio de un momentáneo sacrificio, la supervivencia de una obra de gloria amenazada de muerte. Tan poco le retiene la riqueza, que la distribuye, pródigo, entre amigos y parientes, incluso la que obtiene en el juego al que es en extremo aficionado, a punto de haber repartido de inmediato catorce mil pesos de oro ganados cierta vez en la dobladilla al Capitán Machicao.

Si dar, más que prueba de amor es en Valdivia signo

de señorío, perdonar importa en él, en la mayoría de los casos, no tanto generosidad de corazón como fría y meditada conveniencia. En la conspiración de Chinchilla y Solier, habrá que hacer vista gorda sobre buen número de culpables, ya que el sistemático ataque indígena obliga a ahorrar vidas españolas capaces de servir en la defensa. En muchos intentos de motín del incurable Pero Sancho de Hoz, la vida de éste sale otras tantas veces garantida, porque trae despachos directos del rey que le autorizan a practicar exploraciones en el sur del país y cuenta con valimientos en la corte y el Perú que sería peligroso echarse encima cuando aún no está cimentada la conquista. Hay en todo esto un gran sentido previsor y un cálculo que ahoga en sus inicios los propios impulsos de venganza y que hace a las estrechas pasiones personales doblarse frente a la visión amplia del estadista.

La misma intuición política es la que guía sus hábiles maniobras en el Cabildo y pueblo de Santiago para lograr la investidura de Gobernador. Tiene un poder de sugestión tan efectivo que consigue traspasar su ambicioso proyecto a todas las mentes y dar a la masa la ilusión de que es ella quien le obliga a la fuerza a aceptar ese cargo.

Lo que así actúa y se manifiesta es la misma virtud que en el campo de la guerra hace de él un sagaz estratega. No en balde se ha formado en la escuela famosa del marqués de Pescara, el vencedor de Pavía, y bien luego esas dotes cultivadas quedarían en evidencia en las guerras civiles del Perú, donde su acción fue decisiva en los combates históricos de las Salinas y de Jaquijaguana. "Valdivia está en la tierra y rige el campo o el diablo", pudo exclamar en esta batalla Francisco de Carvajal, jefe de los pizarristas, al advertir el impecable movimiento de las tropas de La Gasca que acabarían por aniquilarle.

En Valdivia gobernante y en Valdivia soldado se hace común la destreza para mover a los hombres y rendirlos a su voluntad.

¿Conoció Pedro de Valdivia las inquietudes del amor? ¿Ejerció la mujer imperio sobre su destino? Las relaciones con la esposa legítima, doña Marina Ortiz de Gaete, breves y fugaces en el tiempo, no pasan de mero episodio. Hay, en cambio, un vínculo clandestino y de pecado que en él toma cuerpo en la época más importante de su existencia: su público y escandaloso amancebamiento con Inés Suárez. Esta mujer que le acompaña en la empresa de Chile desde la salida del Cuzco, con invariable lealtad y abnegación, que le salva más de una vez la vida y que en la hora negra del asalto indígena a Santiago exhibe contornos de admirable heroísmo y entereza, no constituye sin embargo para él un centro de atracción sentimental. Lo que lo liga a ella apenas trasciende del campo meramente fisiológico. Ciertamente es que la llena de ricas encomiendas, pero allí entra más el premio al valor indiscutible del soldado, que aun el pago a los favores de la carne. Su sentido del poder y el orgullo de conservar la plena independencia del obrar no dejan lugar a las influencias. Cierta vez que Inés Suárez aboga ante el Gobernador por los intereses de tercero, Diego García de Villalón; testigo de la escena, dice que "se enojó con ella y la echó de sí dándola al demonio, e la echara de casa e lo efectuara si no fuera por ruego de Monroy". Y en el proceso seguido ante el Presidente La Gasca, donde los enemigos de Valdivia acumulan toda suerte de acusaciones en su contra y consignan la decisiva intervención de Inés Suárez en el reparto de tierras e indígenas, los testigos coinciden en apreciar el libre discernimiento del Gobernador en la distribución de mercedes y la imposibilidad de influir en

sus determinaciones. "El dicho Pedro de Valdivia —declara Gregorio de Castañeda— es muy sacudido e muy hombre, e tanto que con ser Alonso de Monroy gran cosa con el dicho Valdivia, no era para hacelle dar cuanto un guante, porque de lo que al dicho Valdivia le parece, no es nadie parte para en aquello mudarle".

No podía Valdivia dilapidar afectos ni dejarse subyugar por el encanto de una mujer, cuando ya se tenía por entero entregado al cumplimiento de una obra gigante. En él se hace carne la idea de forjar una nación, de ir desdoblado de la nada el mapa de un nuevo reino, sin dar espacio en el corazón a otros frutos del sentimiento. Siglos más tarde y en la misma tierra, Diego Portales, fijado en la inmensa tarea de sedimentar un Estado aún de informe estructura, se dejaría coger en esta misión todas las sensibilidades de su espíritu y actuaría también frente a la mujer como simple dominador de un instrumento de deleite. En el llamado a la creación artística que traspasa al hombre del Renacimiento, Valdivia actúa como un nuevo Pigmalión enamorado de su Galatea. Su obra ha recibido la fuerza incontentida de su amor, pero al volcar en ella la médula de su ser no lo ha hecho sin que le guíe la esperanza de recobrase acrecentado. Ni por un momento esconde su propósito de que Chile sea a perpetuidad el vocero de su nombre y de su fama. Lo dice y lo repite al Emperador en esa suma de cartas que le consagran como el iniciador de la peculiar literatura chilena, historiadora, fidedigna y sobria: "Mi interés no es comprar un palmo (de tierra) en España, aunque tuviese un millón de ducados, sino servir a V. M. con ellos, y que me haga en esta tierra mercedes y para que dellas, después de mis días, gocen mis herederos y quede memoria de mí y dellos para adelante".

Valdivia va hurgando con el ojo flexible y acomodado del esteta esta faja estrangulada por el agua y la montaña, que irá a coger el ramo de sus inquietudes heroicas y de sus sacrificios. Difícil no sentirse tocado en tan afanoso buscar de la belleza ante la burla desafiante con que la primavera del Mapocho, desde el fondo de los arrayanes y maíces, mira los blancos residuos invernales de la cordillera; o ante la espesura del bosque sureño que reprime su enigma en la lonja azul y plata de ríos y de lagos. Y así, mientras Concepción e Imperial son la contribución de su genio de estrategia, las ciudades de Santiago y de Valdivia importan la denuncia de su temperamento de artista.

No hay renunciamiento posible al goce de los sentidos cuando se trata de saborear el contenido de la obra creada y acariciar la dulce suavidad de sus contornos. Y en cambio, es seguro que la imaginación vendrá en socorro y complemento de lo que los sentidos nunca podrán descubrir y que el amor, piadoso, descuidará insistencias que limiten y reduzcan la imagen sublimada. Es lo que ocurre en la descripción que envía al César del fruto de sus desvelos; recuento de cualidades sin ánimo de verlas aminoradas: "Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es inoportuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda

madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisiere sacarlo allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar, y agua y yerba para sus ganados, que parece la creó Dios a posta para poder tenerlo todo a la mano".

¿Cómo no encontrar aquí el primer asomo de patriotismo, el inicio de esa tierna canción a la tierra que refugiará la cadencia de sus balbuceos en la pluma muchas veces áspera de los cronistas coloniales? ¿Y cómo no experimentar aunque ligera conmoción ante esta confidencia de amor y rendimiento a la belleza que deja escapar el hombre de sobriedad curtida en cien combates, el nuevo Pigmalión que derrota su altivez ante la obra de sus manos y acabará gustoso por sacrificarle el hilo de su vida...?

AMERICA, META DE LA CABALLERIA

I. LOS CABALLEROS DEL VALOR

Si la cruzada de Europa contra protestantes y turcos es ante todo, para la España del siglo xvi, una empresa de la monarquía con el apoyo de todo el pueblo, la cruzada de América ha de señalarse esencialmente como una obra de este último en que a la corona sólo cupo el papel de alentarla, encauzarla y darle forma legal, mediante el régimen de las capitulaciones e instrucciones.

La iniciativa privada, pletórica de aventura y cargada de imágenes caballerescas, toma sobre sí todo el peso de esta tarea sobrehumana, que traspasa los límites de la leyenda. América se vuelve para el español de entonces un imán de atracción irresistible y todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, quieren venir a participar en la acción extraordinaria. Aquí las diferencias de castas que pudieron existir en la metrópoli, pierden toda su eficacia y es sólo el valor el timbre aristocrático que triunfa. Así se ve al conquistador Alvarado, descuidar hasta el desprecio sus insignias de caballero santiaguista traídas de España; a otros abandonar sus históricos escudos de familia para adoptar un novísimo que hablará al futuro de sus hazañas personales; y a un noble de alta alcurnia como don Alonso Enríquez de Guzmán tener a honra servir a un oscuro bastardo como el Adelantado Almagro, de quien a su vez dijo Garcilaso que "fue hijo de padres nobilísimos que fueron sus obras".

El Nuevo Mundo, campo de choque y batallar, permite el reajuste de todas las jerarquías tradicionales y

consagra, por sobre las viejas y doradas cunas, el mérito de los audaces. La empresa de conquista es una justa en la que cada uno ha de lucir como mejor pueda la más alta y digna virtud del caballero, que es el valor. Por eso habrán en ella gestos como el barrenamiento de las naves de Cortés para que nadie retroceda, o terquedades sublimes como la de Pizarro en la isla del Gallo con sus trece compañeros, empeñados en conquistar solos un imperio riquísimo. Y habrá también reminiscencias medievales del linaje de los Palmerines, Arturos y Amadices, en esas fantásticas intenciones de buscar el vellocino de oro, el agua de la vida o la ciudad de los césares.

Toda aventura de caballería comienza con la vela de armas y esto tampoco falta en las empresas de América. Será en la iglesia de Panamá donde los socios de Pizarro, Almagro y Luque, comulgarán en la misma hostia antes de iniciar la conquista del imperio de los Incas. Y Pedro de Valdivia pondrá en la catedral del Cuzco su breve fuerza expedicionaria bajo la protección de Santiago y de la Virgen María.

Y después de colocar como inicial el nombre de Dios, comenzarán a tejer con sus proezas la trama del nuevo romance de caballería que admirará el mundo. Aquí habrá siempre un objetivo supremo que dominará a todos los otros: las ansias de gloria y de poder. Y el acaparamiento de oro será sólo el instrumento para lograr esta meta y no la finalidad en sí de la aventura.

Cortés, ya lleno de riquezas después de la conquista de México, no queda satisfecho con esto, sino que emprende a gran costo otras expediciones al sur. A su padre escribe "que tiene por mejor ser rico de fama que de bienes y por conseguir este fin los ha todos pospuesto";

y al emperador dice que ha afrontado tan grandes peligros y padecimientos para dar testimonio a todo el mundo de su fidelidad de vasallo "y no por codicia de tesoros, que si éstos me hubieran movido —agrega— pues he tenido hartos, digo para un escudero como yo, no los hubiera gastado ni pospuesto para conseguir este otro fin, teniéndolos por más principal".

Alonso de Montejo, a su vez, no se contenta con el pacífico disfrute de su repartimiento en México y sigue en busca de nueva fama a la América Central. Diego de Almagro, que es un Cresco después de la cuota recibida del rescate de Atahualpa, la invierte sin tasa ni medida en preparar la expedición a los confines de su gobernación de la Nueva Toledo, donde le acompañaron doscientos cincuenta nobles en un total de quinientos españoles, "la flor de Indias", al decir del cronista Oviedo. Y como la expedición diera al traste y muchos de los participantes quedaran en extremo adeudados con su jefe —pues éste les había adelantado hasta ciento cincuenta mil pesos de oro para equiparse en la seguridad de que luego le resarcirían con las ventajas logradas en las nuevas tierras—, Almagro, prototipo del hidalgo de alma, ya que no de sangre y nacimiento, antes de regresar al Perú tomó en sus manos las muchas escrituras de obligaciones y haciéndolas mil pedazos cargó solo con la enorme pérdida económica. Sus palabras de ese momento traen al recuerdo las de Felipe II, después del fracaso de la "invencible armada" y hablan otra vez con los hechos de esa cualidad tan propia del hidalgo: el saber perder. "Demos gracias a Nuestro Señor por todo lo que hace e conformémonos con El, pues por vuestra parte ni la mía no hemos cesado de trabajar, ni nos queda que quejarnos de nosotros mismos".

Pero, ¿cómo no señalar con el destaque que merece, en medio de estas grandes figuras, la extraordinaria de Pedro de Valdivia, el iniciador verdadero de la historia de Chile, el primero que comprendió con el golpe de la intuición genial de que siempre carecieron los indígenas, el sentido unitario que encerraba esta angosta faja de tierra, cercada de aguas, cordilleras y desiertos? ¿Cómo no decir que supera en nobleza al tortuoso Francisco Pizarro; que aventaja en visión al caballeresco Almagro, y que no mengua al lado del más grande de los capitanes de la conquista americana, Hernán Cortés, pues si el escenario de éste fue más esplendoroso, más sufrido fue el suyo y no tuvo como él en su larga tarea, tiempo de descanso sino el día en que se lo dio la muerte, que le pilló firme con el arma en la mano?

II. DON QUIJOTE TRASPLANTADO

Al salir Don Quijote tras la gran aventura por la llanura manchega dio en creer gigantes a los molinos de viento y arremetió contra ellos hasta rodar muy maltrecho por los suelos. Y es que el caballero andante, de altos ideales y afiebrada imaginación, ve el mundo con otros ojos que el adocenado burgués, que no se eleva de la exacta superficie de las cosas. Para que una acción sea real empresa de caballería, es preciso que el héroe batalle con adversarios dignos, y por eso el español estuvo muy lejos de aminorar el valor del enemigo indígena que le quiso cerrar el paso. Ante sus ojos de caballero, el indio pasó a ser otro caballero; y ante su alma de hidalgo fue esencialmente un igual, porque tenía como él la sustancia eterna del hombre. Por eso la lucha entre españoles e indígenas aparece regida por los mismos principios

morales en vigor en el occidente cristiano, y con frecuencia por las mismas normas caballerescas que ya agonizaban en Europa.

¿Qué otra cosa que un cartel de desafío de sabor medioeval fue esa requisitoria redactada por el jurisculto Palacios Rubio y que Valdivia leyó a los caciques estupefactos del valle del Mapocho, por la que les instaba a someterse a los reyes de España y recibir pacíficamente a los predicadores de la verdadera fe o aceptar en caso contrario la guerra? Y nada más sorprendente como empresa ajustada a los estrictos principios del derecho internacional, aun no definidos explícitamente por Vitoria en Salamanca, que la campaña de Cortés en México. Es que las normas de la caballería y del derecho, permanecían muy arraigadas en el español de entonces, a despecho de la codicia o de la crueldad de que como obra humana no se vio libre naturalmente la acción conquistadora de América.

Este respeto por el adversario, no es una cosa rara, y en la tierra de Chile podrían repetirse los ejemplos. Bastará sólo recordar la actitud del Gobernador Alonso García Ramón, que se negó a cumplir una cédula de 1608, que constituía esclavos a los indios prisioneros de guerra, como represalia a la muerte que éstos habían dado en una emboscada al gobernador Oñez de Loyola. García Ramón llegó a decir entonces "que su conciencia no le dictaba hacer esclavo al que nació libre y al que peleaba en defensa de su patria y de su libertad".

Y el sistema de la guerra defensiva, de que hablaremos más adelante, no pasa de ser en el fondo sino un intento de ajustar a las normas de derecho la lucha que europeos y salvajes sostenían en las tierras de Arauco.

Pero sin duda el que más se sobrepasó en la postura admirativa frente al indígena chileno, fue don Alonso de Ercilla, el cantor de nuestro alumbramiento nacional. A la ilusión caballeresca juntó él las amplias licencias de la poesía y grabó para la historia la figura moral del araucano con caracteres tales que no hay etnólogo, por benévolo o ignorante que sea, capaz de descubrir la menor concomitancia entre la imagen trazada y el modelo que le sirvió de base. Es que Ercilla puso en el salvaje araucano las cualidades propias del hidalgo español, cultor de la honra y de la dignidad, y en extremo justiciero.

Recorriendo las páginas del gran poema encontramos definido a Caupolicán como

*varón de autoridad, grave y severo
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero,*

palabras que parecerían escritas para Pedro Crespo, el Alcalde de Zalamea. Y en la boca de Lautaro hay frases como éstas que bien pudo decir un habitante de "Fuenteovejuna", para incitar al municipio a alzarse contra el mal señor, que pisotea sus fueros:

*La fuerza pierde hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derecho:
de señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos.*

III. FLANDES INDIANO

¿Cuál era la real imagen de ese indio que nos da el canto de Ercilla tan engalanado a la europea? Desde

luego él carecía de toda idea de patria, y esto no sólo por su retrasada cultura sino también porque la población del Chile prehispánico no fue homogénea ni en lo político ni en lo racial, aun en los tiempos fugaces de la dominación incaica, que precedió de inmediato a la española.

En las regiones del desierto de Atacama, existió una antigua civilización mezclada alrededor del siglo XII con la peruana de los chinchas; de Copiapó al Choapa habitaron los diaguitas, de origen argentino; y del Choapa al Reloncaví una raza de agricultores de acentuadas reminiscencias matriarcales, que en un tiempo cercano al advenimiento de los españoles, vio interferida su continuidad territorial por la llegada de un pueblo extraño, procedente de las pampas argentinas, que se instaló entre el Itata y el Toltén. Este invasor de última hora era el araucano, raza de cazadores totémicos que se mezcló con el indígena agricultor autóctono y adoptó, con varias de sus costumbres, su idioma.

A pesar de estas influencias, el araucano no logró alterar su idiosincrasia, que ya advirtieron los españoles como diversa de la de los demás indios de Chile. Pues mientras éstos fueron en general dóciles y pronto se entregaron a los conquistadores, sirviéndoles en las labores mineras y agrícolas y hasta en la guerra y mezclándose fuertemente con ellos, los araucanos mantuvieron su espíritu feroz durante siglos y resistieron todo cruce con la sangre europea.

No cabía, por otra parte, congruencia entre el alma española y el alma araucana. El español, como todo occidental, y aun en grado mayor, creía en los valores del espíritu, tenía la existencia colmada de ideales y había dado con la esperanza del cielo una finalidad extratem-

poral a su vida. El araucano, en cambio, era del todo negado a la abstracción y sólo reaccionaba frente a lo tangible y sensorial. Su vida carecía en realidad de objetivo determinado, fuera de la guerra y el pillaje, que eran su habitual ocupación. Después de la muerte continuaban los espíritus peleando de igual manera. De ahí que pusiera en las tumbas alimentos, ponchos y armas, para que el finado, con buen equipo, pudiera vencer sin tropiezo en las guerras del más allá. Aquí no hay un cielo, como meta última y reposo de la larga brega existencial. El guerrero araucano sigue el mismo, antes y después de la muerte, y sólo cambia de plano, pero no de tarea. Negado del todo a la abstracción, carecen para él de sentido los ideales de patria, de honor, de gloria, de justicia y derecho. Es sólo el instinto sin freno lo que sabe apreciar. Y por eso el araucano ignora el respeto por la mujer, y exalta la sexualidad, el robo y la borrachera.

Ni aun la audacia extraordinaria que supo en todo momento desplegar este pueblo en su lucha con el conquistador, tiene semejanza con el heroísmo de estirpe occidental. En el europeo el valor es el resultado de una experiencia de la vida y de un esfuerzo de la voluntad. Es héroe el que, consciente del peligro, ha llegado a dominar el temor por un vencimiento supremo. En el araucano, como en todos los pueblos salvajes, que apenas conocen el mundo y que lo miran como el niño inexperto, el valor no es otra cosa que un impulso desatado y sin control. Aquí la conciencia y la voluntad no tienen papel alguno y es sólo el instinto el que actúa.

Se comprendió de esta manera cuán grande era la barrera que separaba a araucanos de españoles y qué difícil debía resultar entre ellos el entendimiento y la

convivencia pacífica. Los conceptos de Dios, redención, cielo, castidad, templanza, honradez, honor, etc., debían rebotar sin efecto sobre el hombre de Arauco y los misioneros, salvo raras excepciones, estaban en general condenados al mayor de los fracasos. Y por impermeable a los ideales de Occidente, resultó también el araucano reacio a la coyunda con el español. La mezcla entre ambas razas se hizo poco menos que imposible y es necesario afirmar, a despecho de una tradición tan asentada como falsa, que de los indígenas existentes al advenimiento de los conquistadores en el territorio que va del despoblado de Atacama al seno de Reloncaví, fueron precisamente los araucanos los que menos contribuyeron a la formación de la nacionalidad chilena y los que más han conservado hasta la fecha su independencia, desvinculación y hermetismo.

Arrancar, pues, el valor del pueblo chileno de su raíz gambre araucana, es escribir palabras en el aire. El mestizaje nació de la fusión del español con el indio cultivador de la tierra, sedentario y, como tal, poco habituado a la lucha. Este indio, más antiguo que el araucano, y, en consecuencia, más chileno que él, ayudó incluso a los españoles en la guerra, le sirvió como trabajador en el campo y en las minas y se sometió al régimen de la encomienda.

Pero si el araucano no trae a la composición del pueblo chileno un aporte de sangre que pueda estimarse apreciable, influye considerablemente en el desarrollo de la vida nacional y sin él ésta habría tenido de seguro una diversa orientación. Es el araucano en perpetua efervescencia, el que impide, por lo menos durante dos siglos enteros, que se normalice la vida entre los colonos; el que agota los recursos del erario y obliga al gobiern

español a respaldar con dinero del Perú el costo de una guerra sin descanso. Es también el araucano el que, con su hábito de romper la paz, torna precario el desarrollo de la industria incipiente y más difícil aún la expansión de la cultura. Es también el araucano el que obliga a mantener el hábito guerrero en el criollo de Chile y que crea en el territorio fronterizo de Concepción una tradición militar que, al través de O'Higgins, Bulnes, Freire, Prieto y otros, llegará a hacerse presente en los tiempos de la independencia.

Por eso será en Chile donde se extinguirá más tardíamente que en ningún otro lugar el espíritu caballeresco, y donde aun en pleno siglo xvii serán valederos ciertos padrones del espíritu que se han tornado ineficaces en el resto de América y, sobre todo, en Europa.

Cuando ya en España el Quijote aparece vencido por el pícaro, y un desaliento colectivo sucede a la inspirada tarea del siglo anterior; cuando comienza a dudarse de los ideales por que se ha combatido y un desgarramiento y escepticismo interiores abren las puertas a la decadencia, en Chile los postulados de Francisco de Vitoria tienen en el padre Luis de Valencia un denodado vocero y se ensaya con empeño el sistema de la guerra defensiva. Todavía en esta tierra hay quienes piensan en la posibilidad de subordinar a principios de derecho una lucha que se va haciendo centenaria. Y cuando la noble intención parece del todo derrumbada, sobrevive la sustancia en el sistema de los parlamentos de Arauco, donde españoles e indios periódicamente reajustan las leyes de la guerra y las normas de la paz. Acaso hubo margen entre lo obtenido y lo anhelado, pero no es poca cosa que un país conquistador llegue a otorgar tratamiento de igual a un pueblo de salvajes. En esos históricos parla-

mentos, los convenios se celebraron de potencia a potencia, entre el Reino de Chile y el Estado de Arauco, como regidos por el derecho internacional que supo llevar al campo público la suprema creencia de la raza en la igualdad esencial de los hombres.

España, que se había paseado sin obstáculos de mar a mar y había cogido medio globo en el puño, sólo vino a saber lo que era hallar resistencia en las llanuras de Flandes y en las selvas de Arauco. Por eso un escritor del siglo xvii, el padre Diego de Rosales, quiso hacernos pasar a la historia como tierra de detención de la más grande potencia del mundo, y llamó a nuestra patria Flandes Indiano, nombre que habla mucho de hazañas, pero también de grandes desalientos para la caballería.